

REVISTA DEL



PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

NUMERO 187 (ABRIL - JUNIO) 1985)

- * **SOMOZA, SANDINO Y ESTADOS UNIDOS:**
lo que el pasado enseña y deja de enseñar.
Mark Falcoff
- * **ENTRE POESIA Y POLITICA**
Steven F. White entrevista a P.A.C.
- * **EL PRIMER VIAJE FIGURADO DE RUBEN DARIO**
Jaime Incer
- * **¿PUEDEN SOBREVIVIR LAS DEMOCRACIAS?**
Jean-François Revel
- * **GRUPO DE CONTADORA**
Origen, características y relaciones con la política exterior de C.R.
Fernando Volio Jiménez
- * **ELENA ARELLANO, TURRIS EBURNEA DE GRANADA**
Jorge Eduardo Arellano

ISSN 0378-3340

Fundado por: CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES en cooperación con: Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica, Centro de Estudios Latinoamericanos, Tulane University (USA), University of Kansas (USA).

CONSEJO EDITORIAL

Xavier Zavala Cuadra, Director
Santiago Anitua
Oscar Herdocia
German Romero Vargas
Jaime Incer
Mario Cajina Vega

DIRECTORES ASOCIADOS

José Antonio Camacho Zamora
Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica
Ralph Lee Woodward, Jr.
Tulane University (USA)
Charles L. Stansifer
University of Kansas (USA)

CONSEJO DE ASESORES

Pablo Antonio Cuadra
Franco Cerutti
Giuseppe Bellini
Carlos Meléndez Chaverri
Chéster Zelaya Goddman
Francisco de Solano y Pérez Lila
José Rodolfo Maldonado

DISTRIBUCION

Ann McCarthy Zavala

Las opiniones expresadas en los artículos no representan necesariamente el punto de vista de esta publicación.

Aceptamos manuscritos sin comprometernos a publicarlos o devolverlos. Envíelos, por favor, al Director o al Director Asociado más cercano. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la Dirección.

Los artículos de esta Revista son resumidos y catalogados en HISTORICAL ABSTRACTS Y AMERICAN HISTORY AND LIFE.

IMPRENTA DON BOSCO

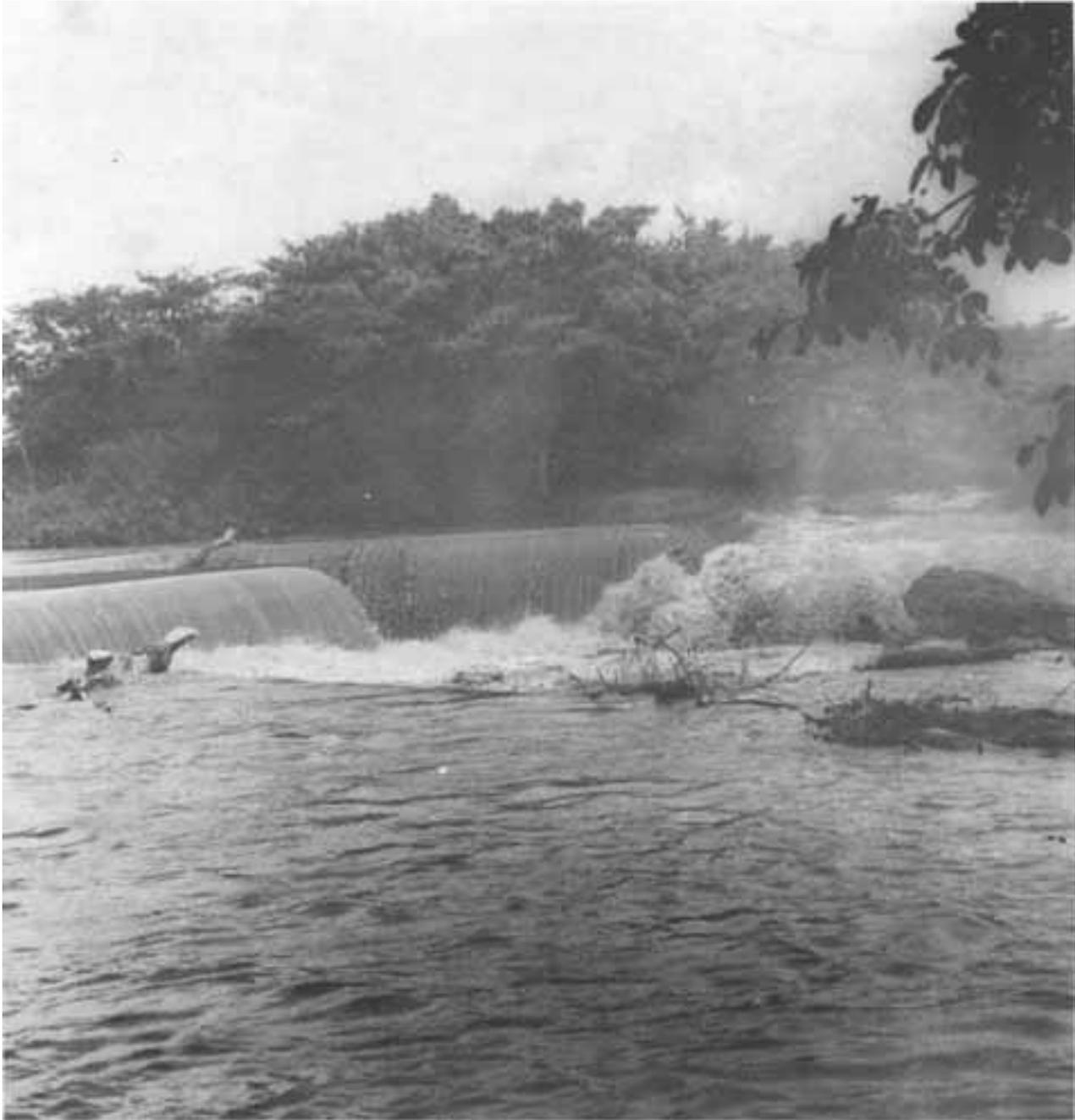
CONTENIDO

Somoza, Sandino y Estados Unidos	7	Mark Falcoff
Entre Poesía y Política	22	Steven F. White entrevista a P.A.C.
El Primer Viaje Figurado de Rubén Darío	28	Jaime Incer
¿Pueden Sobrevivir las Democracias?	34	Jean-François Revel
El Grupo de Contadora Origen, características y relaciones con la política exterior de C.R.	45	Fernando Volio
Elena Arellano, Turrís Eburnea de Granada.	51	Jorge Eduardo Arellano

Sección Archivo

Documentos		
Investidura Cardenalicia Mons. Obando		88
Saludo de Conferencia Episcopal		92
Homilía de Mons. Obando en Miami		95
Homilía de Mons. Obando en Managua		97

Cortesía de COSEP



Río Mayales – Juigalpa, Chontales

Cortesía de
Compañía Licorera de Nicaragua, S. A.



Pinares en San Rafael del Norte

Cortesía de
Shell de Nicaragua

Cortesía de
Jabón Marfil



Estero Real en Puerto Morazán

Cortesía de LA PRENSA



Manglares — Esteros del Pacífico

Cortesía de
GRACSA

Cortesía de
TOÑA



Genízaro tricentenario — Parque de Nagarote

Cortesía de TOYOTA Y CASA PELLAS



Isletas de Granada

SOMOZA, SANDINO Y ESTADOS UNIDOS: lo que el pasado enseña . . . y deja de enseñar *

Mark Falcoff**

Pocos temas de política internacional han estado tan abonados para el cultivo de las mistificaciones ideológicas y los análisis tendenciosos como el de Nicaragua. El fenómeno también entronca con los profundos sentimientos de culpa existentes en vastos sectores de opinión pública norteamericana, a raíz del curso que observaron las relaciones entre Washington y Managua durante este siglo. Probablemente tales sentimientos fueron los que condujeron a la diplomacia norteamericana a un franco inmovilismo en las últimas etapas del conflicto nicaragüense.

La instalación y conducta del gobierno sandinista deja diversas lecciones políticas y diplomáticas, pero sólo a condición de que puedan ser asimiladas en el contexto de un análisis objetivo y esclarecedor acerca de lo que efectivamente ocurrió. Tal es el intento del siguiente artículo. De otro modo, las presuntas lecciones no servirán sino para incurrir en nuevos errores. Nada garantiza que la experiencia nicaragüense no vuelva a repetirse.

El surgimiento en Nicaragua de un régimen hostil a los Estados Unidos y aliado con Cuba y la Unión Soviética obligó a muchos norteamericanos a volver sobre sus libros de historia. Dicho ejercicio, sin embargo, puede ser motivado —y de hecho lo es— por dos propósitos bien distintos. Uno podría tener la esperanza, por ejemplo, de aprender de los errores del pasado con el objetivo de prevenir el futuro surgimiento de “otras Nicaraguas”. El alcance de dicho esfuerzo es ciertamente vasto y concede un amplio espacio para todo tipo de honestas diferencias de opinión precisamente en relación a dónde la política de los Estados Unidos se salió de su curso, y lo que podría haberse hecho para volver a enriarla. En este sentido, nadie podrá dudar de que una cuidadosa y desapasionada revisión de las relaciones norteamericano-nicaragüense en el último medio siglo es tarea necesaria.

El otro “curso de estudio”, sin embargo, es bastante diferente, tanto en espíritu como en sustancia. Su efecto, acaso no su propósito, es excusar la conducta del actual régimen revolucionario de Nicaragua como una reacción plenamente justificada frente a la política norteamericana pretérita respecto de esa nación. Parte de lo que se ha escrito bajo esa rúbrica intenta pasar por historia, cuando, en realidad, no es otra cosa que la manipulación de acontecimientos (o seudoacontecimientos) del pasado en nombre de algunas agendas sumamente actuales. Fragmentos de este tipo de enfoque pueden ser hallados en las declaraciones de ciertos comités políticos académicos, en los edi-

* Traducido con la debida autorización de la revista *This World*, No.6, otoño 1983, editada por The Institute for Educational Affairs, New York City.

** Investigador del Center for Hemispheric Studies, American Enterprise Institute for Public Policy Research. Consejero de la Comisión Kissinger para Centroamérica. Ph. D. en Ciencia Política, Universidad de Princeton

ejecutor de sus órdenes, recibiendo el sostenido apoyo y la aprobación de los Estados Unidos.

La dinastía fue bienvenida en Washington desde un comienzo, por ser considerada un sólido pilar de fuerza pro-norteamericana y anticomunista en un área de otro modo sujeto a todo tipo de problemas. . . Hasta comienzos de 1970, y al alero de todas las administraciones norteamericanas, republicanas o demócratas, la alianza entre Washington y Managua parecía inamovible. . .

La identificación de los intereses de Washington con el sostenido control de los Somoza fue tan estrecha, sin embargo, que pocas cosas cambiaron realmente. . . hasta el advenimiento de la administración Carter.

Asimismo, la nueva administración también temía a cualquier alternativa a Somoza que no fuera firmemente controlada por lo más conservador de las fuerzas antisomocistas. Entretanto, los poderosos amigos que mantenía Somoza en el Congreso norteamericano y en otras fuentes de poder hicieron todo lo que estaba en sus manos —en nombre del anticomunismo y de la estabilidad hemisférica— para garantizar que continuaría la política de cuatro décadas de apoyo norteamericano a la dinastía”.

Difícil resulta concebir una acusación más inmisericorde, ya que no salva a ningún presidente norteamericano desde William Howard Taft en adelante e incluye expresamente a Jimmy Carter. Cabe reconocer que éste es el modo como muchos nicaragüenses —en absoluto todos ellos sandinistas— contemplan la historia de su país. Sin embargo, y en cuanto a los Estados Unidos concierne, resulta una visión bastante falsa. Los hechos son como sigue: la intervención de los Estados Unidos en 1912 no se vio inspirada en lo principal por los motivos señalados; Somoza no gobernó con “el

sostenido apoyo y aprobación de los Estados Unidos”; la dinastía no fue bienvenida por Washington “desde un comienzo. . . como sólido pilar de la fuerza pro-norteamericana y anticomunista”, y la administración Carter no insistió en restringir las alternativas a Somoza a “lo más conservador de las fuerzas antisomocistas”. salvo, por supuesto, que uno elija caratular a todo aquel que no es marxista como conservador, más bien un conservador extremo.

Lo que Fagen oculta a sus lectores de modo más bien solapado —y lo que muchos de aquellos que repiten en forma más o menos aguada su planteamiento simplemente desconocen— son las dinámicas altamente complejas de la política nicaragüense. Ello nos previene de llegar a la conclusión de que característicamente apabulla a todo aquel que se molesta con analizar el asunto: el que el problema de ese país no ha sido tanto el poder norteamericano como justamente la falta de ese poder; la incapacidad norteamericana de influir los acontecimientos allí de acuerdo con los valores y preferencias norteamericanos. Pues, aun si se ha pagado debido tributo al nacionalismo nicaragüense y su derecho de autodeterminación, todavía sigue siendo verdad que si Washington hubiera sido capaz de controlar plenamente su “alianza” putativa con Managua, la historia política de Nicaragua habría sido considerablemente más feliz, al menos para la inmensa mayoría de su pueblo, aun cuando no precisamente para la particular secta política que aprueba Fagen.

En el contexto actual, la historia de las relaciones norteamericano-nicaragüense es más que materia de mero interés académico. La razón es bastante simple. Muchos países son capaces de formular y ejecutar una política exterior sin excesiva referencia a su consciencia nacional. Los Estados Unidos, sin

toriales de la prensa social y religiosa e, incluso, en las declaraciones de algunos miembros del Congreso de los Estados Unidos. Esta línea de argumentación fue planteada en su forma más pura, sin embargo, por Richard Fagen en la revista *Foreign Policy*:

“En 1912, después de transcurridos tres años de intentos frustrados de Washington para estabilizar Nicaragua a través de medios políticos y diplomáticos. . . se procedió al desembarco de infantes de marina norteamericanos. Estaban en juego los voluminosos empréstitos de acreedores estadounidenses y europeos. . . y también la posibilidad de adquirir derechos de construcción de un canal en el sur de Nicaragua. . .

Sólo en 1933 fueron retiradas las tropas de ocupación, dejando en su lugar la Guardia Nacional, creada por los Estados Unidos y encabezada por el general Anastasio Somoza García. Durante los siguientes 46 años, la familia Somoza no entregó jamás el control directo de la Guardia, y en escasas oportunidades cedió la presidencia. . .

Somoza padre gobernó Nicaragua en calidad de feudo personal, con la Guardia como su ejército personal y

embargo, no son uno de ellos. Si los norteamericanos concluyen que han infligido daño a un pueblo pequeño e indefenso, invariablemente proceden a preguntarse: “¿Quiénes somos nosotros para criticar el modo como sus actuales líderes intentan arreglar las cosas?” y hasta “simplemente estamos recibiendo nuestro merecido”. La historia, de este modo usada o abusada, conduce a la culpa y la culpa engendra inmovilismo. Este es el motivo por el cual algunos comentaristas estadounidenses hacen reiteradas referencias al pasado —a lo que piensan fue el pasado— al momento de analizar la cuestión de las actuales relaciones entre el país centroamericano y Washington. Es éste también el motivo por el cual poner las cosas en su debido lugar resulta tanto un asunto de política pública como de aseo moral doméstico.

CANALES Y ACREEDORES

El interés norteamericano en Nicaragua se vio dominado en el siglo diecinueve por un particular factor geográfico —la existencia de un gran lago volcánico que cubre aproximadamente una cuarta parte de la superficie total del país— y que tornaba a Nicaragua en el sitio más lógico para la construcción de un canal a través del istmo centroamericano. Una corta incisión en el terreno que separaba el lago del Pacífico, al oeste, y otra excavación más larga y que combinara con el río San Juan al este, para desembocar en el puerto de Greytown, habrían producido una ruta interoceánica, a un costo presumiblemente mucho menor que en cualquier otra parte del istmo, dado que en todas partes las exigencias de excavación habrían regido para toda la extensión del canal. Más aún, ya mucho antes que estuvieran finalmente disponibles la tecnología y los capitales necesarios para producir el milagro, operaba a través de Nicaragua un

servicio de navegación y de pasajeros, que constaba de la combinación de vapores y diligencias y que estaba al mando del comodoro Cornelius Vanderbilt.

El experimento de Vanderbilt fue de corto aliento: iniciado en 1851, fue destruido en 1855 por una salida del río San Juan. Al año siguiente fue reemplazado por el ferrocarril de Panamá. La idea de construir un canal a través de Nicaragua persistió, sin embargo, hasta los primeros años del siglo actual. Una comisión creada por el Congreso norteamericano informó en 1897 que era técnicamente factible, y el presidente McKinley incluso recomendó su construcción en su mensaje anual al Congreso de 1898. Por motivos ajenos a este análisis, el Congreso decidió en 1902 construir el canal en Panamá. Las obras se iniciaron en 1904 y la vía entró en operaciones diez años más tarde. Así, cuando los infantes de marina desembarcaron por primera vez en Nicaragua en 1912, ya se había resuelto la cuestión de la vía interoceánica, en otra parte.

Con la nueva ruta en plena operación en Panamá,¹ la política norteamericana hacia Nicaragua se tornó virtualmente indistinguible de la practicada hacia otras naciones de la región, es decir, residió en promover la estabilidad y solvencia básicas de los gobiernos de esas naciones. Carentes de ambas, los pequeños países (y, en consecuencia, el acceso al canal mismo) podían caer

¹ Es verdad que bajo el Tratado Bryan-Chamorro (1916), Nicaragua cedió a los Estados Unidos (entre otras cosas) una opción para un canal interoceánico. Claro que nunca se construyó y Washington probablemente nunca pensó en construirlo. La estipulación formó parte de un paquete de concesiones destinadas a persuadir al Senado norteamericano para que aprobara un entonces controvertido préstamo de emergencia por valor de 3 millones de dólares, destinado a salvar al quebrado Estado nicaragüense de las presiones de sus acreedores británicos.

en manos de potencias hostiles. Se descartó la anexión abierta, pero —tal como se había demostrado recientemente en China y África— había otros modos a través de los cuales las potencias de Europa podían establecer presencias navales y estratégicas —para no mencionar las comerciales— sin todas las apariencias del colonialismo formal.

En este sentido, la vida política interna de América Central (y de Haití y la República Dominicana en el Caribe) ofrecía buenas razones para preocuparse. Los constantes estallidos revolucionarios amenazaban la vida y la propiedad de los residentes europeos, cuyas marinas de guerra estaban habitadas a recuperar monetariamente las pérdidas de un modo extraordinariamente enérgico. En cierta ocasión, cañoneras alemanas, incluso amenazaron con destruir todo un complejo de edificios gubernamentales en la capital haitiana de Port-au-Prince si no se reunían en cosa de horas treinta mil dólares. La inestabilidad política también provocaba serias interrupciones en la vida económica, haciéndole a los diversos estados imposible cumplir con el pago de sus deudas externas. El incumplimiento constituía una invitación abierta para que los acreedores europeos procedieran a

que ayudaban a mantener vivo el espíritu revolucionario.

Los archivos del Departamento de Estado, y también la correspondencia publicada que se halla en sucesivos volúmenes de *Foreign Relations of the United States* para los años 1898 hasta alrededor de 1914, dejan en claro y por sobre toda duda que los gobiernos norteamericanos estuvieron obsesionados con la búsqueda de instrumentos políticos capaces de romper este círculo vicioso que emponzoñaba América Central y el área del Caribe. Se probaron todo tipo de mecanismos: "intervención preventiva" al alero del corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, sindicaturas de aduanas, reembolso de deudas. Después de la primera guerra mundial, el énfasis se trasladó hacia el no-reconocimiento de gobiernos que habían accedido al poder por la fuerza y hacia un intento de reemplazar a los ejércitos privativos o de partidos por una policía independiente.

Innecesario resulta señalar que ninguno de estos medios podía ser del agrado de los gobiernos afectados. Tampoco fueron particularmente efectivos, al menos en el mediano y largo plazos. Pero no estuvieron únicamente inspirados en motivos sórdidos y egoístas. Los Estados Unidos no desembarcaron tropas u ocuparon aduanas con el solo fin de proteger a sus inversionistas y banqueros por el muy simple motivo de que antes de 1914 la presencia económica norteamericana en el área (a excepción de Cuba) era insignificante y porque los principales acreedores de dichas naciones seguían siendo los países europeos. Indudablemente, tales consideraciones existieron en estado embrionario, pero no alcanzaron verdadera significación, concluye Munro, "si se las compara con el deseo de aventar la amenaza de que el desorden podría invitar a la intervención europea".

LA ERA DE LA INTERVENCION: 1912-1933

Nicaragua se constituyó en un ejemplo particularmente notable del fracaso de la política estadounidense en alcanzar los objetivos anunciados, y del distanciamiento entre los medios y los fines en un grado considerablemente mayor de lo que la proporción y el sentido común parecían recomendar. Así y todo, la intervención militar norteamericana en Nicaragua debe ser dividida conceptualmente en dos períodos señaladamente distintos. El primero comenzó en 1912, cuando se procedió al desembarco de infantes de marina con el objetivo de estabilizar a un país convulsionado por los enfrentamientos civiles (procediendo, en este contexto, a fortalecer al gobernante régimen conservador, que era impopular y probablemente no-representativo, aun en el marco de los estrechos términos de aquellos días). Este período concluye en 1927, con la Paz de Tipitapa, cuando los Estados Unidos, a través de la persona de su Secretario de Guerra, Henry Stimson, negociaron una tregua entre los caudillos político-militares conservadores y liberales.

Ambas fechas representan los extremos opuestos de una curva de aprendizaje para los políticos y diplomáticos norteamericanos. En un comienzo, todo arreglo se basaba siempre en el empleo de la fuerza. Pero ya en 1927 ciertas realidades de la vida nicaragüense lograron saltar al primer plano, alentando un serio esfuerzo para encarar aquello que en la actualidad se llamaría causas "estructurales" de la inestabilidad. La primera de dichas realidades era que el Partido Liberal, supuestamente menos amistoso hacia los Estados Unidos que el Conservador, no podía permanecer constantemente alejado del poder. Segundo, dado que ningún partido derrotado podría jamás aceptar el resultado de elecciones falsificadas,

ocupar las bodegas de aduana y las instalaciones portuarias, como prólogo —temían muchos norteamericanos y también centroamericanos— de una presencia política más permanente.

Vemos, entonces, que en el corazón de los problemas internacionales de la región radicaba un atraso económico tanto como político, reforzándose mutuamente ambos factores. La vida pública en esas naciones era, en apariencia, una competencia, entre los partidos "liberal" y "conservador"; en realidad, sin embargo, era un constante conflicto entre clanes, familias y los partidarios de éstas, organizados de acuerdo a costumbres regionales o provinciales. Dado que los recursos en juego eran tan escasos, la lucha adquiría un carácter tal que no se daba ni se pedía cuartel. En verdad ningún partido gobernante podía darse el lujo de perder una elección, de modo que, inversamente, su opositor no tenía otra alternativa que la prueba terrible de la guerra civil. "Demasiadas veces se echaba mano de salvajes represalias cuando se accedía al poder", escribió el diplomático e historiador Dana C. Mauro. "Las crueldades practicadas en las personas de los oponentes políticos engendraban odios de facciones que pasaban de padres a hijos y

los infantes de marina tendrían que quedarse por varios años a fin de asegurar la integridad de las elecciones. Y, finalmente, como ningún gobierno victorioso podía liberarse de un desafío armado de parte de sus rivales derrotados, habría que desarticular y desarmar a las fuerzas militares y paramilitares privadas. En su lugar, los infantes de marina entrenarían a una fuerza policial no-partidista, destinada a preservar el orden público una vez que partiera la fuerza expedicionaria norteamericana. En efecto, los Estados Unidos propusieron otorgarle a Nicaragua el ejército nacional que nunca había poseído.

Entre 1927 y 1933 los Estados Unidos intentaron poner en práctica estas lecciones tan arduamente aprendidas. El proceso resultó ser tan irritante y desgastador que incluso si la Depresión no hubiera intervenido para obligar a Washington a proceder a una drástica reducción de sus compromisos de ultramar, ya en 1933 los Estados Unidos con toda probabilidad habrían estado aprontándose para retirar sus tropas de Nicaragua de todas maneras. Uno de los mayores problemas surgidos fue que elementos disidentes del Partido Liberal se negaron a reconocer la Paz de Tipitapa. Encabezados por el general Augusto C. Sandino, retiraron sus armas para iniciar una campaña guerrillera contra las fuerzas norteamericanas y nicaragüenses que habría de extenderse por seis años. Si bien el movimiento de Sandino se concentró mayoritariamente en los contrafuertes montañosos de Nueva Segovia, en el sector noroccidental del país, en diversas ocasiones logró asolar ciudades claves, incluyendo, hacia el final de la campaña, a la propia capital, Managua.

Sandino constituye actualmente una figura omnipresente en Nicaragua y su mirada inmutable observa el acontecer diario de ese

país desde innumerables muros mientras abundan los que pretenden hablar en nombre suyo. Pero su verdadera identidad permanece velada por los mitos y los malentendidos. La administración del presidente Coolidge reiteradamente aludió a él y a sus seguidores como "bandidos", cosa a todas luces falsa. Pero Sandino no fue ni el revolucionario social marxista pintado por el Secretario de Estado norteamericano Frank Kellogg, imagen restituida muchos años más tarde por un gobierno nicaragüense que ostenta su nombre en lo que constituye una paradójica coincidencia de necesidades. Sandino, en realidad, fue antes que nada un aventurero, un líder nato y un hábil político nicaragüense muy dado a la teatralidad en relación a su figura. Pero también fue lo que muchas veces afirmaba de sí mismo, un hombre de principios, obligado a defender a su país contra aquello que consideraba una humillación de su soberanía nacional. Desde un comienzo prometió deponer las armas en el preciso instante en que abandonara Nicaragua el último infante de marina norteamericano, y cumplió con su palabra. Más significativo todavía, Sandino se negó a ser usado por fuerzas extrañas a su causa. Así, si bien durante un tiempo hacia fines de la década de 1920 recibió apoyo retórico y algo de material de los partidos comunistas norteamericano y mexicano, rehusó consecuentemente seguir los dictados de Moscú e incluso negó la necesidad de una revolución social para Nicaragua. Esto lo condujo también a cortar sus vínculos personales y políticos con Farabundo Martí, un comunista salvadoreño que durante un tiempo sirvió como enviado del Comintern ante las fuerzas sandinistas.

Si bien Sandino sólo "ganó" algunos pocos de sus choques con los infantes de marina norteamericanos, sus constantes tácticas de "ataca y huye" lograron encarecer enormemente la política de pacifi-

cación norteamericana en Nicaragua, tanto en sangre como en fondos, y también en relación a la opinión pública latinoamericana y norteamericana interna. Esto tornó tanto más urgente la formación de una fuerza militar profesional en Nicaragua para reemplazar a los infantes de marina, aunque en esto residía el otro gran problema. Pues ninguno de los dos partidos nicaragüenses estaba particularmente interesado en tener a una guardia o policía nacional por sobre la política, en caso de que tal cosa fuera realmente posible. Washington eventualmente también admitió esa realidad, procediendo a aceptar un cuerpo de oficiales bipartidistas en la esperanza de aventar lo que temía —y que pronto llegó a ocurrir— que era la existencia de una fuerza comandada por los políticos del partido en el poder.

La Guardia Nacional de Nicaragua fue así organizada bajo la doble presión del tiempo y de las circunstancias. En un comienzo, la fuerza de infantes fue comandada por oficiales norteamericanos, aunque ya en 1931 y 1932 la mayor parte de esos oficiales había sido reemplazada por otros nicaragüenses, formados a toda prisa en la recientemente creada Academia Militar La Loma. Dado que la mayor

lutamente impresionados por el dominio de Somoza del idioma norteamericano y se vieron cautivados por su personalidad efervescente". Y en una ácida nota a modo de epílogo agregó: "La Sra. Hanna (esposa del embajador) consideraba a Somoza un seductor bailarín de tango y de rumba". Somoza era también, sin embargo, un experimentado y disciplinado funcionario público que trabajaba horas extraordinarias, mantenía escrupulosamente sus compromisos y en general impresionaba a los norteamericanos con su capacidad de trabajo y su seria atención a todos los detalles de una cuestión. La decisión de designarlo director de la Guardia Nacional no carecía en absoluto de lógica.

SANDINO, SACASA, SOMOZA

Cuando el último infante de marina norteamericano abandonó Nicaragua en 1933, pronto volvieron a aflorar las realidades ocultas de la política nicaragüense, barriendo prontamente lo que de legado positivo había dejado la presencia estadounidense. Las cosas habían comenzado bastante bien: las elecciones de 1932 (al igual de las de 1928), supervisadas por los infantes de marina, fueron las más libres y limpias de la historia de Nicaragua. A poco correr de su asunción del mando, el día de Año Nuevo en 1933, el presidente Juan Sacasa recibió a Sandino en Managua a fin de elaborar los detalles de un acuerdo de paz. Sandino aceptó "respaldar moralmente" la gestión de Sacasa, a cambio de lo cual se le permitió mantener un limitado remanente de su ejército privado, y a sus seguidores se les garantizaron empleos preferenciales en futuros proyectos de obras públicas. Enseguida se produjo el desbande del grueso de los hombres de Sandino y el propio general rebelde retornó a su hogar de Nueva Segovia.

parte de la tropa había sido reclutada en la clase baja de Nicaragua, se descartó el entrenamiento de los efectivos para ascender a las filas de la oficialidad. Los candidatos a oficiales salieron de las clases superiores de la civilidad, lo que convirtió su adoctrinamiento en el apoliticismo en un ejercicio francamente quijotesco.

La desesperada búsqueda de profesionales confiables para comandar la Guardia condujo a los norteamericanos hasta la persona de Anastasio Somoza, Político y General del Partido Liberal, Somoza se había formado en una escuela comercial en los Estados Unidos, y si bien era de origen social insignificante, se las había arreglado para desposar a la hija de una aristocrática familia nicaragüense. Durante la década de 1920 sirvió como cónsul en Costa Rica, como Viceministro de Relaciones Exteriores y, finalmente, Ministro de Asuntos Exteriores. Durante la última fase de la ocupación de los infantes de marina fue nombrado director en jefe de la Guardia Nacional. "Este último nombramiento se debió en parte al respaldo del embajador norteamericano en Nicaragua", escribió Neill Macaulay en *The Sandino Affair*. "El representante norteamericano y su esposa estaban abso-

Casi inmediatamente quedó de manifiesto que el general Somoza y la Guardia Nacional constituían un nuevo tipo de amenaza para el orden y la paz en Nicaragua. Las relaciones entre Somoza y Sandino —que nunca habían sido buenas— rápidamente se deterioraron en la medida en que unidades de la Guardia comenzaron a acosar a los ex seguidores del líder guerrillero. Y ya en noviembre de 1933 la legación norteamericana en Managua comenzó a recibir información relativa a que Somoza proyectaba un golpe de estado para deponer a Sacasa. En febrero de 1934, Sandino viajó a la capital, Managua, para discutir sus diferencias tanto con el gobierno como con la Guardia; algunos días después fue brutalmente asesinado por esbirros de Somoza, luego de retirarse de una cena con el presidente Sacasa en la residencia gubernativa. Dos años más tarde Somoza depuso a Sacasa y se designó presidente.

Nadie podría discutir que esta secuela de hechos nunca se habría suscitado en Nicaragua sin la intervención norteamericana de 1912. Por otra parte, la historia también es clara respecto de lo siguiente: no hubo relación directa entre los Estados Unidos y el asesinato de Sandino, el derrocamiento de Sacasa e incluso la creación de la dictadura de Somoza. Ninguno de estos acontecimientos figuraba en los planes o políticas norteamericanos y tampoco —lo que es aún más importante— fueron recibidos por el Departamento de Estado con beneplácito o siquiera aprobación tácita. Lo que es cierto es que comenzando con el asesinato de Sandino, Somoza (y más tarde sus hijos y herederos políticos) habitualmente presentaban sus acciones como teniendo previa aprobación norteamericana. Por diversos motivos, tanto los partidarios como los opositores del régimen creyeron conveniente aceptar esta explicación y ambas partes la propagaron incesantemente y bajo

diversas formas durante cuatro décadas.

Lo que muchos nicaragüenses dejaron de percibir —y lo que Somoza rápidamente aprendió a explotar— fue un decidido cambio en la política norteamericana exactamente en el momento en que se suscitaban estos acontecimientos. Después de transcurrido un largo período, Washington comenzó gradualmente a reconocer que la democracia constitucional del tipo anglosajón no era exportable a Nicaragua, así como tampoco a Haití, República Dominicana o México. También, que los intentos destinados a imponer la democracia constitucional en los países tropicales eran tanto costosos como contra-productivos. El despotismo y los regímenes militares parecían los frutos inevitables del entorno caribeño y, razonaron los funcionarios norteamericanos, lo mejor sería no insistir más en intentar contravenir la experiencia de la historia. Tal como confidenció a un amigo poco antes de dar término a su misión el embajador norteamericano en Nicaragua en los años 1934-1935:

“Los que crearon la G.N. (Guardia Nacional) carecían de una adecuada comprensión de la gente allí. En caso contrario, no habrían legado a Nicaragua un instrumento con el cual se podía borrar del mapa todo procedimiento constitucional. ¿Acaso los hombres prominentes que crearon la G.N. no se acordaron jamás de que la ambición personal acecha en el pecho de los hombres, incluso en Nicaragua? En mi opinión, este caso constituye uno de los más lamentables ejemplos por nuestra parte de la incapacidad norteamericana para comprender que no debemos intervenir en los asuntos de otros pueblos”.

Desde luego era mucho más fácil llegar a tales conclusiones en 1935 que en 1912 cuando se poseía el conocimiento entregado por la

experiencia y se sabía de los cambios ocurridos en materia económica y poder naval en la región. Después de la primera guerra mundial, había virtualmente desaparecido la amenaza de una intervención europea en el Caribe, y la inestabilidad política —lejos de ser, como alguna vez había sido, un problema “internacional”— podía ahora ser considerada simplemente como un asunto local. Somoza no era una mejoría en relación a aquello que los Estados Unidos habían perseguido reemplazar, pero al momento de tomar éste el poder, Washington había abandonado virtualmente sus intentos de reformar a los nicaragüenses. Habiendo luchado tan tenazmente por distanciarse de la rutina de la intervención, los Estados Unidos —asolados por los múltiples problemas acarreados por la Depresión— no estaban dispuestos a volver sobre ella.

Somoza también se benefició indirectamente de un cambio más vasto de la política norteamericana hacia los regímenes revolucionarios, o, más precisamente, hacia los gobiernos surgidos del empleo extraconstitucional de la fuerza. Hasta antes de alrededor de 1930, Washington había intentado desalentar los cambios políticos violentos en el área mediante el recurso de no otorgar reconocimiento a los regímenes de facto. En 1907, y nuevamente en 1923, incluso había auspiciado tratados —rubricados por todos los gobiernos de América Central— con dicho efecto.

Con el tiempo quedó de manifiesto que el empleo punitivo del reconocimiento diplomático colocaba a los Estados Unidos en un callejón sin salida. Tal como lo dice el historiador William Kamman, “Washington tenía algo más que hacer que simplemente averiguar cuál gobierno ejercía realmente el control; debía determinar, más bien, la legitimidad de dicho gobierno”. Ello significaba, forzosamente, que si los

únicos gobiernos dignos de reconocimiento eran aquellos salidos de las urnas, para poder mantener relaciones diplomáticas con muchas repúblicas centroamericanas había que empezar por asegurar primero la celebración de elecciones. Ello condujo a casi intermitentes intervenciones militares, con todas sus lamentables consecuencias. También provocó mucho resentimiento nacionalista en toda la América Latina, donde a los Estados Unidos no se les concedía el derecho de determinar la forma apropiada de cambio político en cada uno de sus países.

En este punto fueron los mexicanos quienes demostraron especial vehemencia, y en 1930 el Ministro de Relaciones Exteriores de dicho país, Genaro Estrada, llegó al extremo de calificar el otorgamiento del reconocimiento diplomático como una “práctica insultante”. De acuerdo a lo que fue conocido como Doctrina Estrada, sólo se podía reconocer estados; cuando accedía al poder un nuevo gobierno —por los medios que fuera— su bona fides no estaba sujeto a los juicios valorativos de terceros. Desde luego que los mexicanos tenían presente su propia revolución de 1910, muy diferente de los levantamientos en Nicaragua, dado que se proyectaba

narios del Departamento de Estado en un estado de ánimo de sobria re-evaluación y durante los siguientes cuatro o cinco años hubo una gradual reconsideración de la política norteamericana. Los hechos recibieron también el impacto acelerador de la Gran Depresión, que repentinamente tornó a los Estados Unidos más atentos a la imagen que proyectaban en la América Latina, cuyos mercados —opinaban algunos planificadores de la era del New Deal— representaban la clave para la recuperación económica norteamericana.

Sea como fuere, tanto bajo la administración Hoover como bajo la de Roosevelt se produjo un giro gradual generalmente asociado con la política del Buen Vecino. Los infantes de marina no fueron retirados sólo de Nicaragua, sino que también de Haití, y durante la conferencia de estados americanos celebrada en 1933 en Montevideo, y sobre todo, durante la Conferencia de Buenos Aires, de 1936, los Estados Unidos renunciaron definitivamente a la intervención como un instrumento de sus relaciones con otros estados americanos.

Entretanto, en 1934 las naciones centroamericanas abandonaron desaprensivamente los compromisos adquiridos bajo el acuerdo de 1923 y suscribieron la Doctrina Estrada. Entre las conferencias de Montevideo y de Buenos Aires, los Estados Unidos imitaron el ejemplo; dadas las circunstancias, no tenían otra opción. Sin embargo, en algunas oficinas del Departamento de Estado siguieron prevaleciendo serias dudas. Un funcionario señaló, por ejemplo, que aun si el no-reconocimiento no había tenido éxito en cuanto a prevenir revoluciones, el reconocimiento incondicional indudablemente las alentaría. También reforzaría la tentación de respaldar a “cualquier hombre fuerte que surgiera”, con el consiguiente riesgo de identificar demasiado es-

trechamente a los Estados Unidos con un tirano susceptible de ser derrotado. Hacia 1935 ó 1936 tales aprensiones fueron barridas por otras consideraciones. Los Estados Unidos firmaron los acuerdos de Buenos Aires, aceptaron tácitamente la Doctrina Estrada, lograron la aprobación de periodistas y estadistas “liberales” latinoamericanos y fortalecieron indirectamente a los regimenes encabezados por hombres-fuertes, como aquel que surgía en Nicaragua.

MONOPOLIZANDO LA CORRUPCION

Somoza tomó la presidencia de Nicaragua en 1936 y permaneció en el cargo a través de sucesivas “elecciones” en 1939 y 1947. Acababa de aceptar la nominación de su partido para todavía otro período presidencial cuando cayó abatido por una bala asesina, en 1956. Su ejercicio del cargo, de lejos el más dilatado en la historia de Nicaragua, fue posible, en primera instancia, por la Guardia Nacional. A diferencia de los ejércitos liberal y conservador que reemplazó, la Guardia estaba más o menos equipada y profesionalmente organizada, y dado que mantenía el monopolio de la posesión de armas no había en el país fuerza capaz de desafiarla. Tan sólo en este sentido Somoza ya fue el primer presidente “moderno” de Nicaragua. Lo sorprendente y único, sin embargo, fue el modo cómo adaptó las instituciones modernas —creando no sólo una policía profesional, sino que también una administración pública racionalizada, un banco central, obras públicas y desarrollo económico en general— a las particulares necesidades de su dinastía.

El régimen de Somoza podría así clasificarse como estado policial patrimonial, aunque también fue otra cosa: una forma muy peculiar

mucho más allá de un cambio periódico en las fortunas de élites en competencia. Esa revolución había barrido todo un contingente de instituciones sociales y económicas y en su transcurso infligió serio perjuicio —tanto físico como legal— a la propiedad e inversiones extranjeras, en su mayor parte posesión de ciudadanos norteamericanos. Durante casi una década Washington intentó influir sobre los acontecimientos mexicanos concediendo o negando el reconocimiento oficial a los diversos gobiernos que sucedieron al dictador Porfirio Díaz. Extrapolando de su propia (y más bien exclusiva) experiencia, los mexicanos declararon el empleo condicionado del reconocimiento diplomático una ofensa a la soberanía y al derecho de los pueblos más débiles de autodeterminarse.

Otras naciones latinoamericanas recogieron el asunto y éste pronto se convirtió en parte de un paquete de demandas de “no-intervención” planteadas a los Estados Unidos durante la Conferencia Pan Americana de La Habana, celebrada en 1928, y que constituyó la primera ocasión en que los delegados estadounidenses se vieron obligados a enfrentar una oposición seria y unida. Lo ocurrido durante dicha conferencia precipitó a los altos funcio-

de revolución social. Antes de 1936, los políticos nicaragüenses solían ser caballeros que ostentaban propiedades y refinamientos, reclutados en la clase terrateniente y profesional de las dos principales ciudades provinciales del país, León (para los liberales) y Granada (para los conservadores). Su apreciación de los asuntos políticos y sociales probablemente no fuera más amplia o responsable que la de Somoza, aunque su enfoque de las tareas de gobierno debió ser necesariamente más impersonal. Así, también, y precisamente porque Nicaragua había sido tan inestable antes de 1936 los cargos públicos y diplomáticos habían sido ofrecidos de modo más bien generoso, aunque esporádico. Pero ahora todas las líneas del ascenso político pasaban directamente por una sola mano, las de los familiares de Somoza y las de algunos de sus partidarios. En la medida en que el régimen se consolidó con el paso de las generaciones absorbió una creciente porción de las gratificaciones del poder, como sobornos, comisiones confidenciales y concesiones. La corrupción se tornó menos democrática y, por lo tanto, más odiosa.

Eso marcó un cambio; también era muy diferente el hombre con que debían tratar los caudillos de León y de Granada. Grosero y brutal, Somoza poseía una especie de pícaro encanto que cautivaba a ciertos admiradores extranjeros, aunque para la clase política más tradicional de Nicaragua representaba el triunfo de lo que llamaban "mala educación". Las personas que trajo consigo al gobierno eran —salvo contadas excepciones— de antecedentes y cualidades personales igualmente faltos de distinción que los de su jefe. Si la legación norteamericana en Managua tenía una visión de algún modo avinagrada de la oposición durante los primeros años de Somoza, ello se debió en parte a que los recuerdos del antiguo sistema estaban todavía

muy frescos, y en parte también porque era demasiado difícil evaluar los reclamos de los aristócratas desplazados en debida forma. Esos hombres no aspiraban a restaurar la democracia en Nicaragua, sino meramente a volver a tomar las riendas del poder (que es lo que ellos entendían por democracia). Los Estados Unidos jamás aceptaron las acusaciones de Somoza de que sus opositores eran agentes del nazismo (antes y durante la segunda guerra mundial) o del comunismo (posteriormente). Pero tampoco cabía desembarcar infantes de marina para retornar las cosas al statu quo previo a 1927.

DISTANCIAMIENTOS Y HECHOS AFORTUNADOS

Durante los veinte años de la dictadura de Somoza padre, las relaciones entre los Estados Unidos y Nicaragua fueron muchos menos cordiales —o incluso consistentes— de lo que podría sugerir el término "Alianza Washington-Managua". Durante el período 1936-1939, por ejemplo, los diplomáticos norteamericanos mantuvieron una discreta distancia del régimen y reiteradamente desecharon su solicitud más frecuente, la de asistencia militar. Lo que cambió sorpresivamente la actitud de Washington fue la segunda guerra mundial. El propio Somoza fue repentinamente invitado a Washington y recibió 1.3 millón de dólares en armamento en calidad de préstamo concesionario. (A cambio los Estados Unidos obtuvieron derechos temporales para construir una base naval en Corinto). Sin embargo, una vez finalizado el conflicto, los Estados Unidos significativamente rechazaron la solicitud de Somoza de nuevas asignaciones sobre una base más continuada. Un funcionario del Pentágono manifestó sarcásticamente que la decisión del Departamento de Guerra era no "echar sobre los hombros del país

la pesada carga del armamento", agregando gratuitamente que debían "evitarse a toda costa las misiones militares en naciones extranjeras como Nicaragua". Un nuevo intento de Somoza de adquirir armas con dinero en efectivo fue bloqueado por el Departamento de Estado. "Cualquier tipo de armas que podamos enviarle en este momento", rezaba el memo relevante, "sólo será interpretado por él, el pueblo de Nicaragua y otras repúblicas centroamericanas, como una demostración de total apoyo a sus planes". Esa impresión, agregaba el documento, "no sólo sería errónea, sino que extremadamente embarazosa".

En 1947, cuando Somoza se preparaba para su "relección", el Secretario de Estado Adjunto, Nelson Rockefeller, llamó al embajador nicaragüense en Washington para informarle del agudo desagrado de la administración Truman, y le advirtió que dicha eventualidad "podría crear dificultades. . . que afectarían seriamente las relaciones entre los dos países". Para demostrar que se hablaba en serio, el Departamento de Estado una vez más bloqueó la venta de armas al régimen e incluso se las arregló para presionar sobre Canadá y Gran Bretaña para que se sumaran al embargo.

bién facilitaba el acceso norteamericano al establecimiento de bases militares en Nicaragua) no conmovió al Departamento de Estado. Pero Washington alteró su curso algunos meses más tarde, cuando otras naciones del área reconocieron a Somoza o se preparaban para hacerlo y cuando quedó en claro que cualquier sanción que no llegara al extremo de la intervención militar iba a resultar inefectiva. (Por ejemplo, habiéndose negado a venderle aviones de guerra al dictador, los Estados Unidos no pudieron impedir que comprase bombarderos B-24 a Brasil.)

Este fue un procedimiento sagaz, pero Somoza fue todavía más sagaz. Se retiró de la carrera presidencial en favor de un candidato títere, el Dr. Leopoldo Argüello, quien fue "elegido" del modo habitual. Somoza, desde luego, mantuvo el control de la Guardia. La oposición de Nicaragua intentó persuadir a los Estados Unidos de que rehusaran reconocer al nuevo gobierno, pero Washington optó por un curso distinto, en parte debido a, que el nuevo presidente había asegurado al embajador norteamericano que pensaba correr con colores propios. Una vez en el cargo, Argüello efectivamente realizó un intento concreto de mermar el poder de Somoza. Ambos hombres comenzaron a discutir quién estaba a cargo del país. . . y de la Guardia. El presidente Argüello procedió a exigir la renuncia de Somoza y (en lo que constituyó un acto de increíble atrevimiento) también su salida del país. La respuesta de Somoza fue derrocar a su títere.

Los Estados Unidos, distanciándose abruptamente de su propia reciente adhesión a la Doctrina Estrada, negaron reconocimiento al gobierno somocista. Incluso un burdo intento de Somoza de explotar el anticomunismo (a través de una nueva "constitución" que tam-

mento pesado en los Estados Unidos; finalmente soslayó el sostenido embargo norteamericano recurriendo a Suecia para la compra de cazas P-51. Cuando comenzó a amenazar a Costa Rica con sus nuevas armas, Washington prontamente despachó aviones navales de la Zona del Canal para convencer a Somoza de que no toleraría su conducta agresiva hacia un vecino democrático, aun si se había mostrado dispuesto a colaborar en lo de Guatemala.

LA GENERACION SIGUIENTE

Después del asesinato de Somoza en 1956, el régimen entró en una fase cualitativamente diferente. Siguió siendo no-democrático y dinástico, pero se tornó más complejo y hasta más popular, por lo menos en el período previo a 1972. Los dos hijos del dictador abatido, Luis y Anastasio hijo (apodado "Tachito"), se vieron obligados a compartir el poder. Luis fue elegido por el Congreso de Nicaragua para cumplir lo que restaba del período presidencial de su padre, y "reelegido" en 1957. Tachito, que había concurrido a escuelas militares norteamericanas y a la Academia de West Point, asumió el control de la Guardia Nacional.

Dado que los Somoza tenían un concepto muy diferente de cómo desempeñar las tareas que habían heredado, estuvieron continuamente enfrentados hasta la muerte de Luis en 1967. A partir de ese año, Tachito ejerció el control absoluto sobre el país. A diferencia de su hermano, Luis Somoza fue un hombre con cierta imaginación política, que deseaba para Nicaragua una solución "mexicana" modificada. Los Somoza retendrían y tal vez hasta aumentarían su poder y su riqueza, pero el liderazgo formal del país pasaría a manos de una secuela de presidentes títeres. En 1959, Luis incluso res-

Cooperando con la CIA en el problema guatemalteco —al menos en el sentido de servir como conducto de armas para las fuerzas exiliadas— Somoza logró neutralizar en parte la oposición con que contaba al interior del Departamento de Estado. Pero, por otra parte, todavía no lograba obtener la aprobación a sus planes de adquirir arma-

tauró en la Constitución de Nicaragua un antiguo artículo que prohibía el ejercicio consecutivo de períodos presidenciales y también la sucesión del presidente saliente por un pariente del mismo. En 1963 escogió al Dr. Rene Schick para ser el primero de una nueva serie de ejecutivos en jefe.

Luis también creía en la necesidad de gobernar con una mano menos pesada que la de su padre (o, como mostraría el transcurso del tiempo, su hermano). Se aflojaron las restricciones a la prensa y a la actividad política de la oposición; se disminuyó la importancia atribuida a los militares nicaragüenses y su presupuesto fue efectivamente reducido. Algunos nuevos programas de desarrollo económico —financiados, ciertamente, con préstamos extranjeros y destinados muchas veces a subsidiar industrias familiares de los Somoza que eran ineficientes— generaron miles de nuevos empleos y en consecuencia ampliaron la base de apoyo del régimen. Esos años también coincidieron con el advenimiento de Castro en Cuba, Bahía de Cochinos y la crisis de los misiles, de modo que además de algunas mejoras marginales dentro de Nicaragua, la administración Kennedy tuvo otras razones más apremiantes para tratar con los Somoza. Fue alrededor de esa fecha que los Estados Unidos iniciaron un vasto programa de asistencia militar a Nicaragua.

Incluso antes del término del período de Schick, sin embargo, quedó totalmente en claro que una forma más impersonal del Somocismo estaba destinada sólo al fracaso. Schick intentó controlar a Tachito y a la Guardia mientras pudo; pero a poco correr, se hundió en la impotencia y el alcohol. En 1966 Tachito finalmente arregló su propia elección para la presidencia y pocos observadores dudaron de que pensaba mantenerse en el poder de por vida. Fue precisamente esa decisión

de echar atrás las modestas concesiones de su hermano al pluralismo lo que suscitó tanto resentimiento en la oposición, e incluso en el Partido Liberal, al cual Somoza pertenecía nominalmente. Al mismo tiempo había mucho resentimiento respecto de la tendencia a incrementar los consorcios financieros de la familia a expensas del Estado y de otros empresarios menos favorecidos.

Durante el primer período de Tachito se produjo un “boom” de los precios internacionales de las materias primas y también hubo gran disponibilidad de créditos extranjeros, todo lo cual redundó en que parte de la oposición pasó a apoyarlo, incluyendo su fraudulenta “reelección” en 1971. El verdadero punto de ruptura se produjo en 1972, como resultado de un terremoto que devastó la ciudad de Managua. Durante los críticos primeros días de la catástrofe virtualmente se desintegró la disciplina de la Guardia Nacional y las tropas saquearon abiertamente las tiendas y comercios de la ciudad. (Muchos de los bienes sustraídos aparecieron más tarde en el mercado negro, regido por la misma Guardia.) El propio Somoza embolsó millones de dólares enviados por instituciones de ayuda y caridad extranjeras; la asignación de lo que quedó favoreció preferentemente a las familias de los miembros de la Guardia y a los empleados del gobierno. El manejo que hizo el gobierno de la crisis generó nuevos centros de oposición en la Iglesia y en la comunidad empresarial, y en 1974 ó 1975 el régimen había entrado en un período de decadencia del que no volvería a recuperarse.

CONSECUENCIAS

Fue durante esta primera mitad de la presidencia de Tachito que los Estados Unidos parecieron apo-

yar al régimen con mayor vigor, debido especialmente a la zalamera conducta del embajador Turner Shelton, cuya excesiva identificación con el dictador generó un escándalo en Nicaragua y escarceos de oposición en el Departamento de Estado y dentro de su propia embajada. Desde luego que ya no se podía culpar a muchos nicaragüenses por pensar que Somoza tenía ahora en sus manos un cheque en blanco de los Estados Unidos para hacer lo que deseara, dado que esa fue la inevitable impresión transmitida por el embajador y que el propio Somoza retransmitía a viva voz. Asimismo, los nicaragüenses tampoco fueron informados de la correspondencia diplomática relevante, que contaba otro cuento.² Sin embargo, tras el retiro de Shelton en 1975 y su reemplazo por James Theberge, Tachito comenzó a percibir un cambio decidido en los vientos políticos que soplaban desde Washington.

² Uno de los funcionarios políticos de Shelton, James Cheek, efectivamente utilizó el “canal disidente” del Departamento de Estado para contradecir los laudatorios informes sobre el régimen de su jefe. Con el tiempo, Cheek fue condecorado con la Medalla Rivkin de la Asociación del American Foreign Service por su coraje e integridad.

cuerpo diplomático acreditado en Washington— jamás logró aprender inglés. En cuanto al propio dictador, salvo contadas excepciones, sus visitas a Washington fueron fugaces y generalmente de incógnito. De tal modo nunca fue capaz de apreciar el grado en que se había beneficiado de la benigna negligencia de los norteamericanos así como de su absoluta ignorancia en relación a su país, lo que también explica el pasajero éxito del pequeño “Somoza lobby” en la Cámara de Representantes del Congreso.

Después de su caída, Somoza intentó atribuir el cambio en la política estadounidense a fuerzas siniestras en Washington. En efecto, las instrucciones del presidente Ford al embajador Theberge para que se distanciara deliberadamente del dictador no reflejaban otra cosa que una sobria consciencia de que, desde el terremoto de 1972, había acaecido un vuelco espectacular en la política nicaragüense. La oposición contra el régimen era más amplia que nunca y crecía de modo incesante y en su mayoría no guardaba relación alguna con el entonces diminuto Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN o “Sandinistas”). Más bien incluía a todo elemento respetable que estuviera al margen de la maquinaria somocista, incluyendo a hombres de negocio como Adolfo Calero y clérigos como el Arzobispo de Managua, Monseñor Miguel Obando y Bravo. Lo que Somoza nunca comprendió fue el grado hasta el cual tales personas (cuyo dominio del inglés era en ocasiones mejor que el suyo y cuyo conocimiento de la democracia norteamericana era más profundo) eran capaces de llegar por su cuenta hasta el Departamento de Estado y el Congreso norteamericanos.

A partir de 1975, la política de los Estados Unidos apuntó a lograr que Somoza restaurara en alguna medida a las instituciones políti-

cas nicaragüenses a través del diálogo con la oposición y elecciones libres. Cuando se hizo obvio que el dictador no pensaba hacerlo, Washington, en conjunción con otros países de la región, comenzó a presionarlo para que renunciara. Todo esto condensa, desde luego, un proceso muy dilatado y muy complejo. Por espacio de tres años, Somoza jugó al gato y al ratón con la oposición y con los Estados Unidos, alentando y enseguida frustrando las esperanzas de una solución pacífica y negociada.

Durante aquellos tensos y difíciles meses, las relaciones entre los Estados Unidos y la oposición de Nicaragua se desgastaron notablemente. La oposición deseaba la salida inmediata de Somoza y al menos en un comienzo no podía comprender cómo los Estados Unidos no lograban esto con mayor celeridad, dado que, en su perspectiva, el régimen dependía absolutamente de Washington para su sola existencia. El Departamento de Estado y la embajada norteamericana en Managua estaban igualmente ansiosos de ver partir a Somoza, al menos después de 1978, aunque también deseaban evitar un vacío que permitiera la toma del poder por los elementos más radicales de la revolución, es decir, por los sandinistas. Este es el motivo por el cual, por ejemplo, todas las proposiciones preliminares de Washington proponían la mantención de la Guardia Nacional bajo una forma u otra. En un comienzo, la oposición compartió en gran medida dichas aprensiones; pero con el transcurso del tiempo, decidió que incluso saltar al vacío era preferible a seguir gobernados por Somoza.

El Departamento de Estado y la Casa Blanca, entretanto, discutían en qué grado era posible o incluso adecuado intervenir en los sucesos nicaragüenses. Esto condujo, en palabras de un ex funcionario de la administración Carter, a una “parálisis política”. Finalmente, las

No caben dudas de que Somoza se vio confundido hacia fines de su período por este cambio, especialmente debido a que su conocimiento de los Estados Unidos era distante y atrasado. Si bien se había formado en la nación del norte, su dominio del inglés nunca llegó a ser tan bueno como él creía y tampoco mejoró con el curso del tiempo. Su imagen de los Estados Unidos era, en verdad, tan atrasada como fueron poco representativos del grueso de la corriente de opinión norteamericana los contactos que mantenía allí; verdadero “collage” de los años cuarenta de prelados católicos conservadores, oficiales militares y hombres de negocio ultraderechistas de Texas y Florida, además de un puñado de congresistas, cuyo representante más activo y vociferante fue John Murphy, quien había sido compañero de Somoza en una escuela militar privada de Nueva York y quien está actualmente en prisión, convicto en uno de los bullados casos “Abscam”.

A esto se sumaba que los propios diplomáticos y asesores de Somoza en los Estados Unidos eran faltos de realismo y estaban pobremente informados. Su embajador en Washington, Guillermo Sevilla Sacasa, ocupaba el cargo desde 1943, y —a pesar de ser decano del

modestas proposiciones políticas de Washington fueron rechazadas por la oposición y también por el Consejo de la OEA, que se había involucrado en el proceso de mediación. Mientras la oposición sucumbía a las rencillas internas y también con Washington, el FSLN cerró filas y proyectó una imagen de coherencia y unidad de propósitos. Después del último intento de mediación, a comienzos de 1979, se hizo obvio que en el caso de la partida de Somoza, los sandinistas pasarían a jugar un papel en el futuro de Nicaragua muy por sobre la representación que en realidad tenían. El propio Fidel Castro reconoció este hecho, y después de haber mantenido una relación en cierto modo platónica con el FSLN durante sus primeros años, comenzó ahora a remitirles embarques masivos de armas.

Irónicamente, era éste justamente el desenvolvimiento de la situación que favorecía el propio Somoza. Al rehusar negociar efectivamente con el grueso de la oposición, con el tiempo la forzó a aliarse con los sandinistas. Esto lo hizo de un modo totalmente deliberado, a fin de confrontar a los Estados Unidos con sólo dos opciones: su mantención en el poder o el advenimiento en Nicaragua de un gobierno dominado por los marxistas. Hacia el final, por supuesto, Somoza estaba convencido de que si ambas opciones quedaban planteadas de un modo tajante, los Estados Unidos se verían forzados a colocarse a su lado. Obviamente, al dictador nunca se le ocurrió que Washington podría optar por interpretar sus propios intereses nacionales de un modo diferente, o que hasta sería incapaz de adoptar siquiera una decisión en uno u otro sentido, perdiendo así lo que le restaba de control sobre los acontecimientos. Vemos, de tal modo, que la fe del propio Somoza en su cuidadosamente cultivada imagen de aliado de Washington puede haber sido el elemento más decisivo en su caída.

LAS LECCIONES

Si de algo da prueba la relación de los Estados Unidos con Nicaragua durante el periodo 1912 a 1979, es que aun cuando Washington lo intentara, fue incapaz de lograr que ese país se condujera como una democracia, incluso en el limitado sentido latinoamericano de la palabra. La intervención podía eliminar los ejércitos privados, pero no la influencia de los militares en la política; podía garantizar elecciones limpias a punta de bayonetas de los infantes de marina, pero ni un instante ir más allá. Más aún, incluso después de renunciar a su política de intervención, los Estados Unidos fueron responsabilizados de todo acontecimiento adverso que subsecuentemente ocurría en la historia de Nicaragua, simplemente porque en cierto momento el país del norte había estado presente en calidad de árbitro de los acontecimientos.

Ambas políticas —la de intervención y la de no-intervención— fueron igualmente frustrantes. La no-intervención terminó predominando por el simple hecho de que era menos onerosa y, en el comienzo, más popular, si no entre la oposición nicaragüense, al menos entre los países latinoamericanos. En años posteriores, los Estados Unidos periódicamente ventilarían su resentimiento hacia los Somoza echando mano a formas más tenues de intervención, aunque sin lograr efectos. Por ejemplo, los embargos a las ventas de armas tendieron en su mayoría a enriquecer a otros proveedores e incluso el voto de la administración Carter contra el otorgamiento de créditos a Nicaragua por el Banco Interamericano de Desarrollo —si bien constituyó un golpe psicológico de proporciones mayores— no fue suficiente para lograr que Managua enmendara su rumbo.

El experimento de Nicaragua

también demuestra el modo cómo operan enormes asimetrías de poder en el plano político internacional. Debido a que las solas dimensiones físicas y económicas del poder norteamericano eran tan arrolladoras para los nicaragüenses, ellos simplemente no pudieron aceptar la noción de que Washington no poseyera una capacidad igualmente vasta para arreglarles su vida política, y ello a la vista de fracasos probados. Más bien tendieron a considerar todos los eventos de la historia política de Nicaragua como parte de una política consciente, en la que el país del norte siempre obtenía lo que buscaba. Comprensible, aunque desafortunadamente, los nicaragüenses casi siempre dejaron de entender el papel jugado por la inercia y la corriente lenta en la política exterior de las grandes potencias y, mucho menos todavía, el fracaso de la voluntad política, fracaso que se suscitó en más de una oportunidad con el correr de los años, aunque de modo más devastador en las horas finales del régimen somocista.

Fue precisamente en los intersticios de la política norteamericana donde los Somoza hallaron un vital espacio para respirar. Nicaragua era, después de todo, una parcela muy pequeña en el panorama internacional de los Estados Unidos

y, en el mejor de los casos, sólo una porción modesta de la energía de política internacional podía ser dedicada a ella. Para los Somoza, por supuesto, fue literalmente el ciento por ciento de sus energías y no veían motivos para colaborar con Washington de modo que considerasen perjudicial para sus propios intereses. Cuando surgían conflictos, simplemente contenían la respiración a la espera de un cambio en el tiempo. En esto tuvieron una fortuna poco habitual. La segunda guerra mundial, el asunto de Guatemala, la revolución cubana, cada uno de estos acontecimientos se suscitó en algún momento crítico de su relación con Washington y, a su vez, cada uno de esos acontecimientos obligó a los Estados Unidos a ceder ante los Somoza. Los motivos norteamericanos no fueron en modo alguno deshonestos. Hitler, después de todo, indudablemente constituía amenaza mayor para la humanidad que Somoza, aunque ello no pudo prevenir que el impacto de la política total norteamericana hacia Nicaragua fuera percibido como algo negativo por su pueblo.

La suerte de Somoza se agotó finalmente cuando los eventos acaecidos en una pequeña nación asiática a más de diez mil millas de Nicaragua derribaron los puntales mora-

les en que se sostenía la política exterior de los Estados Unidos. Alrededor de 1976 ó 1977 comenzó a imponerse en Washington y en los consejos de su "establishment" de política exterior una moral que ponía sus acentos en "la ética de las manos limpias", llegando, casi, a la exclusión de la "ética de las consecuencias". Se había perdido el pragmatismo gélido que tantas veces había beneficiado a los Somoza en el pasado. Ello no quiere decir que Washington terminara simpatizando con los sandinistas, sino, más bien, que concluyó que la amenaza marxista en Nicaragua no era ya suficiente para contrabalancear la brutalidad, la corrupción y, por sobre todo, la absoluta impopularidad del régimen somocista. La administración Carter cifró hasta últimas horas su esperanza en que a fin de cuentas el FSLN sería empantanado por los elementos moderados una vez que hubiera caído el dictador. Esos elementos eran, después de todo, más numerosos y más ampliamente representativos de las fuerzas políticas efectivas de la sociedad nicaragüense. Fue una esperanza ingenua y, si bien sinceramente sostenida, pobremente fundamentada: Nicaragua se hallaba en medio de una revolución, no de una carrera presidencial. En ausencia de la aplicación concreta de su poder, los propósitos de Washington siguieron siendo etéreos e irrelevantes en última instancia.

No pueden haber dudas de que todavía hay otras lecciones que aprender a partir de lo ocurrido en Nicaragua y otros historiadores dispondrán del tiempo suficiente para ofrecerlas. Pero cabe anticipar un punto: la historia no nos dice —y no puede decirnos— cuál fue exactamente el momento en que los Estados Unidos debieran haber cambiado su rumbo político en Nicaragua, aparte de no haber jamás desembarcado a sus infantes de marina, en primer lugar. La intervención de los años veinte generó compren-

sible resentimiento entre los editorialistas latinoamericanos y también entre los liberales norteamericanos, aunque lo mismo hizo la no-intervención una vez encumbrado Somoza. Washington debiera haber percibido que después de 1936 el régimen de Somoza desplazó a Nicaragua hacia un sistema político cualitativamente diferente, pernicioso incluso si se medía con las normas locales, pero el proceso de consolidación fue lento y a la hora que se hizo totalmente evidente ya arreciaba la segunda guerra mundial.

El Departamento de Estado intentó refrenar a Somoza en la década de los cuarenta, aunque para entonces la dictadura estaba plenamente arraigada y contaba con contactos periodísticos, financieros y políticos en los Estados Unidos. En las décadas de 1950 y 1960 hubo otras prioridades en la región que moderaron el interés de Washington en un cambio político en Nicaragua, a lo que se sumó que un aislado caso diplomático tornó las cosas todavía peores. Puede argumentarse que el momento más importante para cambiar las cosas desperdiciado por los Estados Unidos fue el asesinato de Somoza padre en 1956. Si Washington hubiese intervenido en ese momento, el régimen no habría logrado extenderse hasta la siguiente generación. Esto habría requerido, no obstante, de bastante más que un embargo de armas o, incluso, de la imposición de un bloqueo económico, y tampoco hay seguridad de que tales medidas hubieran operado. También presupone que tendría que haberse descartado definitivamente el compromiso norteamericano con la no-intervención, por una causa —sea lo que fuese se pensara de Somoza— que ciertamente no era un asunto apremiante para la seguridad norteamericana.

Irónicamente, el tiempo ha dado pruebas de que el espantajo al que tantas veces apuntó Somoza era real. Los hechos han probado que el

marxismo, acaso no el comunismo, fue la consecuencia final de su caída. Tal vez no hubiera sido necesario que las cosas se diesen de ese modo y será tarea de los liberales norteamericanos serios, así como de los conservadores sobrios, retrasar el camino que debiera —y más importante todavía, pudiera— haberse tomado. Esto será un ejercicio, sin embargo, en el cual no necesitarán participar los simpatizantes de la nueva dictadura sandinista; ellos lograron lo que anhelaban. Una comprensión acertada del pasado no puede esperarse ni de los apologistas de la actual dictadura ni de los de Somoza. Confiemos, más bien, en aquellos que no han perdido la fe en las capacidades democráticas del pueblo de Nicaragua.

UNA NOTA SOBRE LAS FUENTES

Hallaremos un recuento autorizado sobre la política norteamericana hacia América Central y el Caribe entre la guerra norteamericano-española y la primera guerra mundial en Dana C. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1964). El asunto del reconocimiento de gobiernos revolucionarios y su impacto sobre la política estadounidense es tratado en términos generales por L. Thomas Galloway, *Recognizing Foreign Governments: The Practice of the United States* (Washington D.C.: American Enterprise Institute, 1978). Para América Latina en particular Bryce Wood, *The Making of a Good Neighbor Policy* (Nueva York: Columbia University Press, 1961). Las relaciones entre los Estados Unidos y Nicaragua en el período entre 1912 y el advenimiento de Somoza son cuidadosa y detalladamente tratadas por William Kamman, *A Search for Stability: U.S. Diplomacy toward Nicaragua, 1925-33* (Notre Dame, In-

diana: University of Notre Dame Press, 1968), por Marvin Goldwert, *The Constabulary in the Dominican Republic and Nicaragua: Progeny and Legacy of U.S. Intervention* (Gainesville, Florida: University of Florida Press, 1962). También por Neill Macaulay, *The Sandino Affair* (Chicago: Quadrangle Books, 1967)

El mejor análisis del régimen de Somoza es de Richard Millett, *Guardians of the Dynasty: A History of the U.S. Created National Guard and the Somoza Family* (Mariknoll, N.Y.: Orbis Books, 1977). El lector podrá hallar que las conclusio-

Tomado de *Estudios Públicos* No.17
Summer 1985, Santiago de Chile.

nes de Millett no calzan en absoluto con sus pruebas, que son autorizadas y exhaustivas. Somoza ofrece una interesante visión de su personalidad en su autobiografía póstuma, *Nicaragua Betrayed* (Belmont, Mass.: Western Islands, 1980), libro que convencerá a pocos. Casi tan malo, aunque desde otro punto de vista, es el libro *Somoza*, de Bernard Diedrich (Nueva York: Viking Press, 1980). El artículo de Richard Fagen citado al comienzo se titula "Dateline Nicaragua: The End of the Affair", y fue publicado en el número 36 (otoño 1979) de *Foreign Policy*.

ENTRE POESIA Y POLITICA

Pablo Antonio Cuadra

entrevistado por *Steven F. White* *

Steven F. White: La generación de Vanguardia a la que usted pertenece, nació con un culto por lo "nuevo". Usted ha escrito recientemente que ese culto era excesivo. ¿En qué sentido lo era?

Pablo Antonio Cuadra: Había en nosotros un rechazo exagerado por lo que no era nuevo. Queríamos marcar una novedad a como diera lugar. Me dí cuenta de mi extremismo juvenil por comparación, cuando ví crecer a la generación siguiente, la de Carlos Martínez y Ernesto Cardenal. Ellos no tuvieron ese desasosiego, esa quisquillosidad que nos marcó a nosotros. Yo recuerdo haber comulgado en ese sentimiento con José Coronel, con Joaquín Pasos, con Octavio Rocha, con todos los que iniciamos el movimiento de Vanguardia. Los de la siguiente generación entraron sin hostilidad a su tiempo; más bien recibieron y siguieron la corriente. Nosotros no. En nosotros hubo una ruptura y una búsqueda de lo nuevo. Y fue entonces que influyó mucho en mí la poesía francesa, primero porque era una lengua que más o menos dominaba y segundo porque con Apollinaire y compañía me abría puertas insospechadas a lo inaudito. Yo nunca aprendí inglés, desgraciadamente. Comencé a buscar libros y a conocer a través de referencias a los escritores franceses nuevos. Me ayudó mucho la amistad de José Coronel y de Luis Alberto Cabrales que acababa de llegar de Francia. Y empezamos en grupo a leer y a traducir. Así, en mí la influencia más marcada fue la francesa. En Coronel fue mucho más fuerte la norteamericana. En Joaquín Pasos también influyó bastante la poesía en lengua inglesa. Yo la recibí por las lecturas en grupo que nosotros hacíamos. Al que no sabía una lengua el compañero se la daba. De esa manera conocí bastante de la poesía norteamericana. Mucho más de lo que yo mismo creía. El francés y el inglés también nos permitieron conocer, por traducciones, otras literaturas. Estábamos bien informados.

* El poeta norteamericano Steven F. White (Pennsylvania, 1955) recibió el premio de la Academy of American Poets en 1975; ha sido uno de los traductores de la poesía de Cuadra al inglés. En 1982 publicó la antología *Poets of Nicaragua* en Unicorn Press.

Creo que en la percepción de nuestro tiempo fue muy rico nuestro movimiento de vanguardia: y también en el acopio de maestros que nos iban a guiar en la invención de nuestra propia literatura. Y eso indudablemente —aunque no lo reconocimos al comienzo— se lo debemos a Rubén Darío: él nos inyectó ese instinto universalista desde el comienzo. No nos sumergimos en una jugarrera de provincianos; nos negamos a jugar una poesía de campanario, queríamos hacer mundial lo nativo, ver lo que estaba sucediendo en el mundo y asimilarlo. Y crear nuestra propia poesía. Eso lo hicimos instintivamente desde muy jóvenes. Conocí muchos movimientos paralelos al de nosotros. Nos relacionamos con grupos de toda hispanoamérica, argentinos, colombianos, chilenos, uruguayos, etc. Yo viajé desde muy joven y a través de mi primer viaje por América del Sur hice algunos contactos con quienes después fueron escritores notables. Me dí cuenta de que algunos grupos caían en un cerrado provincianismo, en una especie de encierro vernáculo empobrecedor. Encontré en algunos sectores un nativismo demasiado regionalista. Y a nosotros eso nos parecía asfixiante. En el fondo éramos Rubenianos. Era su herencia en el subconciente. Queríamos unir lo cosmopolita y lo nacional.

S.F.W. — Entonces el movimiento de la vanguardia no estaba en contra de Darío sino de sus falsificadores.

P.A.C. — Sí, pero al comienzo nosotros atacamos a Rubén. Fue una actitud momentánea. Atacábamos su poesía demasiado preciosista y demasiado exótica. Aquello que nosotros considerábamos evanescente y peligroso. Queríamos una cosa más directa y además creíamos que esa orfebrería ya estaba superada y que podíamos buscar otras rutas para la poesía. Después nos dimos cuenta que el mismo Rubén nos lanzaba. Porque Rubén es una *sambka*: esa clase de genio que tiene una variedad insondable de edades interiores y de estilos germinales que uno muy lentamente va descubriendo. Los Modernistas descubrieron un Darío. Lorca descubrió otro y otro descubrió Vallejo, y después todos se declararon hi-

jos de Rubén. Y lo fueron como también fueron en algún aspecto antidarianos.

S.F.W. — Los miembros de la vanguardia nunca estaban muy lejos del terreno político, ¿no es cierto?

P.A.C. — Al comienzo del movimiento no. Luego, la dialéctica de nuestro nacionalismo, la influencia de los movimientos nacionalistas del mundo y, sobre todo, el magisterio belicoso de los dos mayores de nuestro grupo: José Coronel Urtecho y Luis Alberto Cabrales, nos llevó, insensiblemente, a inventarnos una ideología o una doctrina política que nosotros creíamos original nuestra y ultranicaragüense a pesar de que andábamos mucho más cerca del fascismo que de Nicaragua. Eramos amigos, canjeábamos nuestras publicaciones con todos los movimientos nacionalistas de América, con Albizú Campos de Puerto Rico, con los bolivianos, los argentinos, con Primo de Rivera de la Falange Española, con Ramiro de Maeztu de los monarquistas de España. Coronel Urtecho nos daba a leer a Charles Maurrás. Cabrales a Mussolini y a Ledesma. Eramos “antiyanquistas” —así se decía entonces— y éramos hispanistas, con el sueño de Bolívar y el aliento de Sandino. Cabrales se inclinaba hacia el socialismo, Coronel quería un dictador monarca. No me simpatizaba mucho la utopía reaccionaria de Coronel que él nos adornaba con una pirotecnia verbal e ideológica fantástica. Coronel Urtecho, como padrino literario, fue excepcional para mí. Pero como padrino y consejero político. . . Nunca dio en el clavo. Fue una influencia tan nociva en ese aspecto como fue estupendo su magisterio cultural. Cuando el movimiento de Vanguardia, nosotros íbamos poco a poco descubriendo nuestras propias raíces literarias, nuestra lengua y estudiando e investigando las expresiones y formas populares, descubríamos nuestro folklore, buscando las características propiamente nicaragüenses para conocer a fondo y afirmar nuestra identidad. Entonces Coronel empezó a estudiar historia. Quería escribir una historia de Nicaragua. Como vivíamos en tertulias y trabajábamos en equipo él nos decía: “Estudieemos historia. Les conviene a Uds. Léete este libro y me vas a subrayar tales y tales cosas”. Entonces nos metimos a la historia en forma polémica y beligerante. Contra esto y aquello. De ahí le nació a él la idea de crear una nueva política. Claro, vivíamos en un ambiente muy politizado y contra o dentro de ese ambiente reaccionamos. Así en nuestro culto a lo nuevo también quisimos una política nueva. Queríamos hacer una política que fuera contra todo lo anterior. Queríamos inventar una forma nueva. En unos influyó más el fascismo, en otros influyó más, como en Coronel, la doctrina de Charles Maurrás de la Acción Francesa. Nos alucinó el nacionalismo, que nosotros queríamos ultraoriginal. Y, naturalmente, repelíamos el comunismo, porque nuestro movimiento quería afirmar lo nacional. Eramos un movimiento paralelo a Sandino y los comunistas en ese momento eran profundamente internacionalistas. En Nicaragua, en las primeras manifestaciones comunistas, quemaban la bandera nacional y cantaban “La Internacional”. A Sandino también lo atacaron e injuriaron. Y eso a nosotros nos repelía. Tuvimos una especie de asco

inicial por la Rusia de Stalin. Y eso nos lanzó a simpatizar con los movimientos anticomunistas aunque no dejaba de atraernos la receta socialista y el comunismo cristiano. No sé a qué fórmula hubiéramos llegado, pero pienso que esos años en que estuve con Coronel en esta aventura política fueron años perdidos para la poesía pero, por otra parte, provechosos porque los pecados y errores de juventud, como los fracasos son la mejor base de experiencia para madurar y equilibrar la inteligencia.

Era difícil, te repito, que en el ambiente nicaragüense tan politizado no nos metiéramos en política. Rubén, mientras vivió en Centroamérica, también nadó en las corrientes de su tiempo y sufrió no pocas contradicciones. Pero en el caso nuestro, lo malo no fue el habernos metido a inventar una nueva política y a querer formular una ideología con un cocktail de influencias —algunas muy malas— y de concepciones originales —algunas muy buenas— sino en que, en un momento dado, Coronel Urtecho nos convenció que firmáramos un manifiesto apoyando al entonces joven jefe del ejército Anastasio Somoza para coger el poder con él y realizar nuestras ideas políticas. La tesis maquiavélica de Coronel era que resultaba más fácil conquistar a un hombre que conquistar a un pueblo. Somoza dijo que haría suyas nuestras ideas. En realidad lo que hizo fue deformarlas y aprovecharse de nuestro idealismo. Muy pronto sacó las uñas. A los pocos meses me mandó echar preso acusándome de pegar papeletas en honor de Sandino. Fue una dicha para mí porque aprendí la lección y desde entonces me coloqué frente y contra él. Coronel consideró que en la táctica política no debían influir los sentimientos y se quedó por mucho tiempo adscrito al somocismo. Toda esa aventura, como te digo, me costó un largo período de esterilidad poética.

Desde *Poemas nicaragüenses* (que corregí mucho el año 35) hasta *Canto temporal* casi no tengo producción literaria. Apenas tengo un librito, que nunca he publicado, de poemas del primer viaje que hice a América del Sur. Me pareció que esos poemas estaban muy influenciados por la poesía francesa viajera de entonces. Se llama *Cuadreno del sur*.

S.F.W. — ¿Desde 1934 hasta 1944?

P.A.C. — No, el viaje fue de finales de 1933 a principios de 34. El libro reúne unos cuantos poemas que hice navegando. Nunca los publiqué. Siempre dejé aparte ese poemario; tal vez también por respeto a Joaquín Pasos que era nuestro gran poeta viajero que no viajó nunca.

S.F.W. — ¿Cómo era Joaquín Pasos y por qué murió tan joven?

P.A.C. — Joaquín era, yo creo, el cerebro más lleno de poesía que hemos tenido después de Rubén Darío. Era de una frescura, de una capacidad creadora extraordinarias. Quizás el que más se le parece en esa capacidad, en ese don, es Carlos Martínez Rivas. Pero Joaquín

tiene mucha más frescura y jovialidad. Incluso su carácter era muy extrovertido, muy alegre. Carlos es un poco metido en sí mismo; Joaquín no. Tampoco tenía una valorización de sí mismo que impusiera distancias. Era muy campechano, abierto, imaginativo, simpático y lleno de humor. Conmigo fue el más compañero, de tal modo que fue la única persona con quien yo he podido trabajar poemas en colaboración. Y además, como éramos parientes (mi padre era Cuadra Pasos y él, Joaquín Pasos, hijo de un primo hermano de mi papá) nos veíamos muy de cerca. Llegaba a mi casa constantemente. Yo tenía un cuartito en alto —ese cuarto donde estoy retratado en esta foto, en la etapa de vanguardia. Lo habíamos decorado con un gran muñeco: un Muso enorme con ojos de huacal y por boca la ventana.

S.F.W. — Una gran máscara.

P.A.C. — Sí. Allí, a ese cuartito, llegaba él constantemente. El movimiento de Vanguardia lo hicimos los dos con el papá de Luis Rocha, Octavio. Y con otras personas que se agregaron. Ellos nos llevaban poemas, prosas, artículos, pero los que nos manteníamos con el movimiento a cuestras —porque Coronel se iba— éramos Rocha, Joaquín y yo. Coronel se iba al río y de allá nos mandaba cartas pastorales y manifiestos y colaboraciones. De vez en cuando volvía a Granada. A Joaquín, muy muchacho, le dio una tifoidea que le lesionó un poco el corazón. Parece que quedó con ese malestar. Solapado, ¿no? y Joaquín, joven, fue muy parrandero. Un bohemio chispeante e imaginativo. Irrefrenable. Era bebedor de los que no para, que andaba inquieto y de arriba abajo. ¡Dios guarde una parranda con Joaquín Pasos, era cosa serial! Había que correrse o arañar el amanecer. Derrochó vida, se sobregiró. Cuando yo me iba a México en 1945 acabábamos de estar haciendo la selección de su obra, *Breve suma*. Yo se la prologué. Esa obra quedó en la editorial *Nuevos Horizontes* a medio editar cuando yo me fui. En esos días en que él estuvo trabajando conmigo ya lo veía bastante afectado por su enfermedad. Se le inflamaban los tobillos y se cansaba con facilidad. Parece que después de que me fui él viajó a Costa Rica a ver a un médico especialista. Joaquín le preguntó: “Doctor, ¿y puedo tomar mis traguitos?” “Sí”, le dijo, sin saber que él nunca tomaba solamente “un traguito”. Entonces rompió en serio con sus largos meses de abstinencia y eso le precipitó la muerte. Murió con una gran serenidad. Incluso con humor. Yo estaba en México cuando murió. Entonces me escribieron allá para que terminara el prólogo, pues habían perdido las últimas páginas. Así se publicó *Breve suma*.

S.F.W. — Usted dijo en el período del *Canto temporal*: “Yo tenía fe en la fe pero este encuentro decisivo con Cristo me reveló la fe en el Amor”. ¿Cómo es diferente este encuentro con Cristo y el encuentro con Cristo de Ernesto Cardenal?

P.A.C. — El encuentro de Cardenal fue más generoso que el mío. El se entregó, lo dejó todo, incluso su poesía, por Cristo y se metió en la trapa, que es cosa se-

ria. Lo que se puede llamar “el problema Cardenal” es muy posterior. Cuando va a Cuba, se entusiasma con el comunismo y entra a un proceso acelerado de marxistización que lo lleva —según mi opinión— a una peligrosa politización de su fe religiosa. Y la califico de “peligrosa” porque politizar la religión produce, inmediatamente, el fanatismo. Sin embargo, volviendo a tu pregunta y reflexionando sobre ella, creo que no soy yo quien puede hacer comparaciones y valoraciones sobre los dos encuentros. Dejémosle ese juicio a Cristo. Pero sí puedo darte mi opinión sobre el Ernesto humano. Lo que yo he sufrido de él es su deshumanización. Del dulce hombre de la trapa se ha desplazado al duro dogmatismo de un Ayatollah: ¡otra vez la cruz con la espada! Yo cometí ese pecado joven. Por lo mismo no lo quiero comer viejo. Cardenal puso su mano y está cogido por esa corriente de alta tensión (con la que hay que tener mucho cuidado) que es la profecía. Se sintió profeta y lo hizo bien en un primer momento de ingenua sinceridad, pero luego se “creyó” profeta y cayó en una seguridad en sí mismo que lo ha llevado a alzarse como juez de los demás. Ernesto ya no es mi amigo sino mi juez. Mi inquisidor.

Hace poco tiempo, conversando en Alemania con un escritor que me demostraba su desconcierto por el proceso de Ernesto, yo le decía que en estos momentos habían dos grandes escritores que han sido arrebatados fuera de sí por la profecía. Solyenitzin y Cardenal. El nicaragüense está obsesionado por el comunismo (“el comunismo es el reino de los cielos”, escribió en un poema). Ve en él la solución de todo, el reino milenar de la justicia en la tierra, el paraíso al alcance de la mano. Solyenitzin, se sale de la experiencia comunista para anunciarle al mundo el Apocalipsis. El ruso viene de regreso de la Utopía a donde Cardenal se encamina y “ve” lo contrario: una Rusia y un Occidente locos y suicidas que se encaminan a la misma destrucción: tecnología esclavizante, despersonalización, Estados monstruos, tortura y homicidio, polución, destrucción de la naturaleza y de las últimas libertades humanas. Cardenal es la esperanza con los ojos cerrados. Solyenitzin el Desengaño con los ojos abiertos. Pero lo interesante es que los dos son producto del mismo fenómeno. El Paraíso y el Infierno están en el mismo lugar.

S.F.W. — Me gustaría oírlo hablar un poco sobre esa etapa tan distinta en su obra, la poesía de *Canto temporal*. ¿A qué se debe ese lenguaje tan distinto?

P.A.C. — Hubo dos poemas más o menos contemporáneos: “El hijo del hombre” y el “Canto temporal”. Se puede decir que uno nació del otro. Pero qué autor, qué gran poema o qué libro me abrió el camino para cantar en esa forma, o si fue la suma de varias lecturas lo que me llevó a esa forma, no sé. Realmente, no te puedo contestar. En primer lugar, nunca me habían hecho esa pregunta y nunca me la había hecho yo a mí mismo. Pero, sí, indudablemente tiene una lengua completamente distinta a la de mi poesía anterior y distinta también a las posteriores. Posiblemente influye que es un poema

de introspección, autobiográfico, como la llegada a la playa de la poesía después de un naufragio.

S.F.W. — Saltando a otro tema, ¿hay algo chocante entre las dos profesiones de usted —una como periodista y otra como poeta? ¿Cuál ha sido la influencia del periodismo en su poesía?

P.A.C. — En realidad (lo he dicho algunas veces y te lo puedo decir con mayor libertad ahora que ya estoy viejo), influencia positiva del periodismo en mi poesía no existe sino que más bien me ha servido para colocar al poeta a la defensiva. Yo no quería ser periodista. Tenía aptitudes, gusto, destreza de editor, no de periodista; en el sentido que hacía revistas, que hacía suplementos literarios, que me gustaba el arte tipográfico. Siempre estaba fundando o corrigiendo órganos de publicación. Desde niño, desde que estaba en el colegio. Me gustaba. Además era buen dibujante. Pero yo sabía que eso era muy distinto a ser periodista. A mí me llamaron varias veces para que me fuera a *La Prensa* y me ofrecieron también la dirección de *La Estrella de Nicaragua* pero no quise. Yo era agricultor y en el año en que me decidí a aceptar la oferta de *La Prensa*, 1953, había sembrado algodón. Me metí en esa aventura y me fue mal. Me llamó el papá de Pedro Joaquín Chamorro para que acompañara a Pedro y fuéramos directores juntos. Yo había estado con Pedro en México porque él estaba estudiando abogacía cuando yo vivía allí medio exilado. Y Pedro una vez me dijo: “Quiero que me ayudes. Vamos a estudiar los periódicos de México en relación con los de Nicaragua. Qué tienen de nuevo, que no tengamos nosotros, qué cosas puedo llevar del periodismo de México a Nicaragua. Y nos trazamos un curso de periodismo inventado por nosotros mismos: reuníamos los periódicos de México, los estudiábamos, analizábamos su contenido textual y gráfico, etc., y luego lo comparábamos con los diarios de Nicaragua. Nunca pensé que esto me iba a servir a mí. Yo escribía como columnista en el diario *Novedades* y en otros periódicos y revistas de México. Con eso me ganaba la vida, mientras montaba una empresa editorial.

Entonces llevé a Pedro Joaquín Chamorro a *Novedades*, al periódico donde yo trabajaba y al *Excelsior* y allí estuvimos viendo en la práctica el funcionamiento de un gran diario, la parte física, administrativa, etc. Cuando me llamó *La Prensa* (años después) los primeros meses fueron terribles porque yo veía que me devoraba el trabajo y que no me dejaba realizar mi otro trabajo, el literario, que era el único que me importaba. Empezó una especie de defensa consciente y subconsciente para terminar con el periodista, para desdoblarme y al llegar a mi casa liberarme del periódico para trabajar en mis libros. Me costó bastante. Desde entonces estoy siempre a la defensiva del periodista. Siempre. Lo cual no significa que siempre haya salido victorioso. Hay, más que una contradicción, una hostilidad entre el tiempo poético y el tiempo periodístico.

S.F.W. — En 1956 usted cayó preso después de la

muerte de Somoza García por el solo hecho de trabajar en el diario opositor. Y sin duda *La Prensa* ejerció una influencia muy grande como una fuerza de la oposición durante la dictadura de Somoza Debayle. ¿Cuál ha sido el papel de *La Prensa* a partir de 1979?

P.A.C. — Nosotros colaboramos con la revolución. Participamos en ella. Hicimos toda la propaganda que se podía hacer en las formas sutiles pero constantes al movimiento revolucionario para acabar con Somoza. Y por lo tanto fuimos aliados del Frente Sandinista. Casi todos los comandantes eran conocidos nuestros. Con algunos, incluso, yo tuve relaciones en la clandestinidad como con Tomás Borge. Esta fue una revolución nuestra; hecha por todos, en la cual nosotros pusimos lo que pusimos, hasta el final: la zozobra, la vida bajo amenaza de muerte, la destrucción de *La Prensa* y la muerte de Pedro. Cuando llegamos al triunfo de la revolución, todas esas fuerzas pluralistas convinieron en un compromiso constitucional, en un “Estatuto Fundamental” que sentó las bases para la creación de la nueva vida económica, social, política, etc., que realizaría la revolución en Nicaragua. Nuestra labor en *La Prensa* ha sido ser fieles a esas bases y defenderlas contra los desvíos posteriores. Debo decirte que desde el principio, ellos, los comandantes del Frente Sandinista, empezaron a ver la crítica con desagrado. No querían que se hiciera ninguna crítica. Es decir, les estorbaba la libertad; les estorba. ¿No derrotamos, al derrotar a Somoza, el tipo de gobierno que “manda”, que dicta, para dar lugar a un gobierno que dialoga? Es una mentalidad que contradice la raíz y esencia de la revolución que ellos mismos realizaron y que fue contra la dictadura y por la libertad. Otro tema de choque de *La Prensa* con los Comandantes es nuestro reclamo del compromiso de promover un proceso de democratización, de autodeterminación. Si hay un sistema que sólo puede funcionar democráticamente es el socialista. Nosotros estamos completamente abiertos a un proceso no demagógico sino técnico y gradual de socialización. Y a la reforma agraria nunca nos opusimos. A lo que nos oponemos es a un estatismo que nos crezca como un monstruo. No queremos otra vez gigantes, así se llamen Stalin, Mao o Fidel. Hemos luchado por el “hombre”: por la dimensión humana. La historia del siglo XX es demasiado aleccionadora para que volvamos a edificar esos poderes absolutos que acaban aplastando todas las libertades del hombre. Y para impedir el crecimiento monstruoso del Estado o del Poder sólo conocemos un antídoto: la democracia. Y luchamos por ella no sólo porque es la única forma de gobierno y de organización sociopolítica que le da al hombre poderes contra el Poder; sino también porque es el único sistema por el cual una Revolución —es decir, un proceso de cambio— puede establecer una relación de paridad entre Gobierno y Pueblo (una relación de participación real, libre, vigilante y crítica del pueblo en las decisiones que atañen a su destino). Sólo dentro de una democracia, que elige a sus autoridades, que las fiscaliza y critica y que respeta el pluralismo y la libertad de expresión, puede el gobierno conocer, sin engaño, sus realidades, saber las reacciones de su pueblo y crear, así, respuestas originales. Que-

remos que nuestra revolución responda al reto de nuestra historia con una respuesta nicaragüense, sacada de nuestra originalidad nicaragüense e hispanoamericana. Por eso también hemos divergido del F.S.L.N. en su política exterior. Tanto Pedro como yo en toda mi obra exaltamos el pensamiento y la actitud de Sandino en defensa de nuestra soberanía, contra la injerencia extranjera y contra el imperialismo. Al formarse la Junta de Gobierno se comprometió con todas las fuerzas revolucionarias a “una política exterior independiente y de no alineamiento”. Esa fue la decisión nacional. No *alineamiento*. Pero pronto la influencia cubana “banderizó” esta posición. *La Prensa* comenzó a ser hostilizada porque condenaba, aplicando por igual el pensamiento antiimperialista de Sandino, tanto a una superpotencia como a otra, y apoyaba a Panamá en sus demandas a Estados Unidos sobre el canal, como a Afganistán y a Polonia contra la intervención soviética rusa. Nos hostilizaron y censuraron también porque señalábamos el peligro de entregarnos al juego de un imperialismo para defendernos del otro. La independencia de un país pequeño —advertí en *La Prensa*— consiste en no dejarse convertir en pieza del ajedrez de otras potencias. Esa ha sido mi posición en *La Prensa*. ¿Es discutible en algunos puntos? ¡Muy bien! Hagamos posible la discusión. Si por algo luchó es por una revolución dialogante y no dogmática.

S.F.W. — Ha sido positivo el papel que está jugando el Ministerio de Cultura en Nicaragua?

P.A.C. — En unos aspectos sí, en otros no. Sí, porque ha ampliado las posibilidades culturales del pueblo. Ha impulsado, con resultados no muy brillantes, la democratización de la cultura. Pero al mismo tiempo que hace eso ha desarrollado con prepotencia una especie de imposición, de “dirigismo” cultural que exige a las artes y letras ponerse al servicio de la revolución. ¿De cuál? De la que los comandantes definan. Y allí está el problema. Han hecho, por ejemplo, talleres populares de poesía. Hace poco dieron una película en la televisión sobre ellos. Y allí ves tú y oyes —no estoy imaginando cosas— lo que dice un muchacho poeta de esos talleres. “Yo no sabía, dice, pero ahora lo sé, que mis poemas no servían porque no tenían mensaje”. ¿Qué significa “no tener mensaje” en el lenguaje de los adoctrinadores de los talleres? No estar politizados. Si esto se le está metiendo como *art poética* a una serie de muchachos juveniles, ¿qué aberraciones se producirán?

Tal vez las capacidades y la facultad poética de ese muchacho es la de escribir una gran poesía metafísica como la de Alfonso Cortés. Y si le pides que tenga mensaje político a un poeta metafísico lo arruinas. Creará que es falso o errado todo lo que realmente viene de sus entrañas, con autenticidad. Si cae en la trampa, el pequeño poeta tratará de decir lo revolucionario que no siente en una forma que no es suya, y apelará a las recetas o a imitar a otros. Otro, tal vez, es un gran poeta del amor: un primer Neruda de los *Veinte poemas de amor*. Y si le decís que eso no sirve porque no tiene mensaje político, impediste que se produjeran los *Veinte poemas de amor*

y una canción desesperada. Ese tipo de dirigismo es muy peligroso. Además, después de la experiencia rusa y cubana, resulta infantil y anacrónica. Por otra parte, un pueblo como el nicaragüense, con una literatura en proceso de una gran creación original, nueva, americana, ¿no es ridículo que caiga, por obra de sus dirigentes culturales, en un complejo de inferioridad imitativo de lo ruso o de lo cubano?

Me inquieta y me duele que constantemente se me acerquen muchachos poetas que me dicen “Me gustaría traerle mis cosas pero nos han prohibido publicar en *La Prensa Literaria*”. “Me gustaría que me publicara, pero pierdo mi chamba”. Crear ese ambiente es fatal. Es la inquisición. La cultura negativa de la prohibición. Luchó contra eso. Recién pasado el triunfo, como a los tres meses, se hizo aquí una mesa redonda de intelectuales. Estaba Julio Cortázar. Lo invitamos y fuimos a la mesa redonda un representante de cada generación: Yo, Mario Cajina Vega, Lizandro Chávez Alfaro, Luis Rocha, Xavier Argüello y Ernesto Cardenal presidiendo, pues era el Ministro de Cultura. Y fue estupenda la mesa redonda. Todos, incluso el mismo Ernesto, concordamos en proclamar como base cultural de nuestra revolución la libertad creadora. Los mismos cubanos esperaban eso de nosotros. Yo quedé contentísimo. Estoy claro que una persona que no es creadora, que no es poeta, que no es artista, no le importa este problema fundamental. El que es un escribiente, escribe lo que le dicen. O usa la receta, y ya está. Saliste de tu cosa. Te la publican, te la alaban. Pero el que lleva el fuego sagrado como un tormento adentro, sabe el daño que le hacen. El único lector (el único crítico) válido para el poeta es su mismo “yo” creador. Toda interferencia, más si es política; toda crítica ajena a la demanda de la propia obra es castradora. Desgraciadamente, a pesar de ese simposio inicial, la libertad creadora fue sustituida por el interés político. E inmediatamente la baja del nivel literario se ha hecho sentir.

S.F.W. — ¿Podría describir la cara de Nicaragua actualmente?

P.A.C. — Es difícil porque lo que ahora veo yo, más bien, es, como el de Jano, un doble rostro. Un doble rostro de fuerzas que quieren llevarnos hacia una tendencia y de fuerzas que quieren llevarnos hacia otra. Me parece que se ha producido una lucha entre una ideología y una cultura. Pero, incluso, dentro de la fisonomía de los que quieren llevarnos hacia un rumbo de copia de esquemas ideológicos, que no arrancan de la autenticidad nicaragüense ni de su historia, tengo la casi seguridad (desgraciadamente tal vez no voy a estar vivo para verificarlo) de que se impondrá la originalidad del nicaragüense. Una vez que pase este sarampión falsamente revolucionario creo que vencerá el nicaragüense. Creo que vencerá la creación sobre el plagio. Ya nos hemos visto en nuestra historia en situaciones muy graves. Ojalá que mi optimismo no sea insensato; porque sería imperdonable que un pueblo que iba manifestándose con tantas capacidades de crear, tal vez no una cultura completa pero sí

elementos culturales cada vez más poderosos y personales, sea obligado por la fuerza a encasillarse dentro de un sistema totalitario importado que impone desde el pensamiento hasta el traje: uniforme; desde el grito que se debe gritar hasta el mensaje que el poema debe tener. Nosotros dimos un Sandino, por ejemplo, y en la guerrilla Sandino fue un creador. Por algo tuvo una atracción mundial su figura. Dimos un Rubén Darío, y hemos dado otras figuras menores, poderosas y originales también y una poesía valiosa por su originalidad. No creo que esa veta ya esté gastada y que vayamos a entrar a una decadente imitación de lo realizado por otros países, culturalmente grises y cuyos resultados socioeconómicos están muy lejos de ser un modelo de éxito. Pero por el mo-

mento todavía estamos en el ojo del huracán. Es difícil toda predicción. Piensa lo que va del principio al hoy de la Revolución Mexicana. Piensa qué será de Cuba cuando desaparezca Fidel Castro. (viendo lo que sucedió con Mao en China el interrogante sobre Castro es inmenso). Una Revolución no es lo que predicán desde los micrófonos nueve comandantes, sino el largo proceso de cambio de un pueblo entero que tiene historia, personalidad y libertad humanas. Mi compromiso con esta revolución es estar siempre al lado del Hombre nicaragüense, de su constante liberación, de sus derechos fundamentales, de sus esperanzas. No al lado del Poder, no al lado de las fórmulas ni de las "grandes palabras", sino del Hombre. Creo que esa es mi obligación de poeta y de cristiano.

Tomado de *Vuelta 102*, Mayo 1985

EL PRIMER VIAJE FIGURADO DE RUBEN DARIO

Antigua geografía sobre el camino de Metapa

Jaime Incer

El Belén de Nicaragua

A la salida del Nistayolero se picaron las espuelas en aquella fresca alborada de febrero.

La caravana estaba compuesta por Doña Josefa; su sobrina Rosa, recién alumbrada hacía justamente cuarenta días; el infante Félix Rubén, no cristianizado aún; el indio Goyo y dos sirvientes más que habían llegado de León para acompañar a las mujeres en su regreso. Los hombres tenían a su cargo una recua de mulas, con ciertas mercancías que el coronel Ramírez enviaba consignadas a Sébaco. Realizada la entrega bajaron a Metapa para recoger a las mujeres y al recién nacido.

El pueblo de San Pedro de Metapa gozaba de un clima algo seco pero templado, "con cielo alegre y aguas suaves y provechosas", según una crónica antigua del obispo-misionero Morel de Santa Cruz. Se proveía del mismo Río Grande (que en dialecto matagalpa se llamaba Ucumulalí, o "río de los guapotes dorados"). Tendría en aquel año de 1867 unos 900 habitantes, estando sus ejidos en la jurisdicción de León y no en la provincia de Matagalpa.

La población se componía de unas pocas casas encaladas y entejudas; de muchos ranchos pajizos, en torno a una iglesia de adobe, inconclusa y desvencijada por la pátima de los años pasados. Al pueblo le apodaban "Chocoyos", los vecinos de Sébaco, porque en una ocasión, habiéndose incendiado los ranchos, sus habitantes improvisaron unas champas a las que cubrieron con hojas verdes de chagüite. La gente se dedicaba a varios cultivos; existían también numerosas haciendas de ganado, algunos trapiches y obrajes. En estos últimos se maceraba el jiquelite para sacar añil. La tradición tintórea del pueblo se remontaba a la época colonial, cuando se extraía el pigmento rojo de la cochinilla aprovechando una cactácea muy abundante en los llanos que circundan a la población.

Entre Metapa y León mediaban unas 28 leguas, las que serían cubiertas cabalgando hasta el paso de Puscauyapa y luego en carreta entoldada hasta la metrópoli. La situación de los caminos era muy mala en ese entonces, al extremo de arrancar un cáustico comentario del Almirante Bedford Pim, un inglés que en aquellos años trata-

ba de obtener la concesión de construir un ferrocarril entre el lago de Nicaragua y la Costa Atlántica: "Resulta absurdo que un país como Nicaragua tenga congreso, ejército, ministros de Estado y hasta representación diplomática, cuando no posee ni media milla de buen camino".

En zurriones y alforjas de cuero iban: tres quesos, cinco atados de dulce, diez libras de carne asada, un par de gallinas en pluma, el infaltable pinolillo, varios panecillos de cacao, una calabaza de atol agrio para hacer el chilate segoviano y diversos moños de rosquillas, quesadillas, rosquetes, viscotelas y perrerreques. En el camino se compraría leche, tortilla caliente con cuajada, tamales y otras vituallas para mitigar el hambre durante los próximos tres días que exigía la jornada. Vivaquearían bajo la sombra de frondosos guanacastes, que en esa época todavía no habían comenzado a botar las chorejas, o al amparo de los genízaros cuyas yemas explotaban en rojizas flores hirsutas. Doña Josefa, además, cargaba con una inseparable botica de juanislamas, ciguapates, salvias, bitamos y orozus, como parte de su propia impedimenta.

Se inicia el viaje

Al rayar el alba la caravana estaba en marcha. Las bestias chapotearon en el vado de Río Grande para luego golpear con los cascos húmedos las blancas planchas tobáceas que revisten la ribera. El niño acurrucado en el regazo de la madre, sentada en precario equilibrio sobre la montura de pomo, dormía insensible a las inconveniencias del camino; su cuerpo arropado amorosamente entre una muelle colcha de lana. Los tayacanes se turnaban para jalar la rienda y acuñar las almohadillas de pelusa de ceiba para comodidad de la viajera.

La mañana estaba fresca y aromática: "Ningún otro paisaje natural que yo conozca —decía el viajero alemán Julius Froebel— puede compararse a la belleza que tiene una hermosa mañanita en Nicaragua".

El camino continúa por cierto trecho, a la banda derecha del río. La corriente arrastra las florecencias caducas de los maderos negros, los tecomajoques y otras flores desprendidas de los árboles que crecen junto a la

corriente. La lluvia florida es provocada por los orioles y los verdines migratorios. Entre las aves nativas se escuchaba el trino melodioso del chichiltote de bolsa, intercalado con el suplicante bubú de las palomas pataconas, mientras el “alma de perro” —especie de cuclillo segoviano— se escabullía entre los matorrales a orillas del camino.

El sol de levante ilumina los blancos riscos de Totumbla. Estratos de tobas semicaolinizadas y lajas de ignimbritas parecen formar contrafuertes que se alzan sobre el valle de Sébaco, como testigos mudos de antiquísimas erupciones que en nubes ardientes fueron emitidas por el viejo volcán de Güisisil. El vocablo Totumbla, del lenca-matagalpa *tutú umbé*, significa literalmente “hombre de las tinajas”, los alfareros. Suponemos que en tiempos precolombinos los habitantes de Metapa se dedicaban a la alfarería; aprovechaban las buenas arcillas del fondo del valle; o quizás eran picapedreros, sacando ópalos, jaspes y obsidias entre las vetas que cuartejan las mesas de Totumbla. La misma toponimia del pueblo, Metlalpan, “lugar de metates”, o piedras de moles, parece confirmar la hipótesis

Los montados van cruzando por el llano de Tecuanapa, donde el suelo ha perdido su solidez. Es mas bien un terreno crujiente de sonsocuite gris, rajado por la sequía del verano. Entre las grietas se refugian las Migalas o arañas pica-caballos. Hormigas ponzoñosas se esconden en los cachitos de aramo, dando protección al espinoso arbusto contra los hervíboros. La planta retribuye el servicio permitiendo a las huéspedes morder ciertas yemas alimenticias que crecen entre los pecíolos. Dicho sea de paso que esta curiosa simbiosis fue primera vez observada por Thomas Belt y descrita en su clásico libro *El Naturalista en Nicaragua*. Desde entonces los botánicos han llamado “cuerpos beltianos” a estas diminutas botijas biológicas.

Jícaros sabaneros, caraños, malacagüistes, jocomicos y varias matas sarmentosas enmarañan el llano; bejucos punzantes y espinosos arbustos lo vuelven intransitable, salvo donde el machete hace destellar su hoja. Desnudos jiñocuabos, plateados talalates y escobillos chirizos están entre los pocos árboles que sobresalen del matorral achaparrado. La única florecencia a la vista son unos chirrioncitos de muérdago, planta parásita que crece encima de ciertos arbustos, haciendo penetrar sus raíces en las ramas del árbol anfitrión para chuparle la savia. Las flores rojizas despiden un delicioso néctar, atracción para un sinnúmero de mariposas que acuden a libar entre las corolas.

A las ocho hay paradas en Metapita, un villorio de chozas desperdigadas, donde se junta el camino real que viene de Sébaco. Se improvisa un desayuno y Rosa da de mamar al bebé.

Vieja historia en el Valle de Sébaco.

Reanudada la marcha alcanzaron al poco rato el Vado de El horno en la cruzada del Río Viejo o Santa Bárbara. Debido a lo avanzado de la estación seca el caudal estaba menguo; las bestias abrevaron en la corriente, pasándola sin dificultad. Las aguas en este lugar han sajado el llano y dejado al descubierto huesos “antediluvianos”. Todo el llano de Sébaco era una antigua ciénaga en época pleistocénica. Fue testigo de las grandes cacerías de mamíferos primitivos, verificadas por las primeras hordas del *Homo Sapiens americanus*. Basta retroceder la imaginación unos 150 siglos atrás para figurarnos el siguiente escenario: un grupo de hombres seminudos provocando la estampida de mastodontes, megaterios y toxodontes entre el fuego de la sabana. Ahuyentaban las manadas con gritos y cachiporras, empujándolas desde los altos riscos hacia el llano pantanoso donde, atrapadas las pesadas bestias entre la ciénaga, perecían alanceadas, en uno de los episodios poco sospechados de la prehistoria nicaragüense.

En la actualidad el llano luce seco, polvoriento; su antiguo lecho reducido a los charcos de Moyuá y Las Playitas. Entre sus matorrales apenas sobreviven unos tantos cusucos, conejos y lagartijas corredoras que se escabullen al paso del caminante. El moderno lago artificial de La Virgen ha inundado el viejo camino de mulas y extensos plantíos de arroz al riego han cambiado la antigua fisonomía del valle.

Hubo necesidad de espuelear la panza de las bestias para acelerar el paso por el valle de Los Ramírez, tratando de salvarlo antes que el sol meridiano lo tornase muy caliente. Abundaban por doquier los jicarales con su cargamento de verdes calabazos. Un poco más adelante el sendero se torna pedregoso y frente a los cerros de Tatascame, en el filo de las mesetas, se perfilan las primeras riestras del pino segoviano. El hombre, el fuego y el ocote han vivido en íntima armonía desde la prehistoria de Nicaragua.

Una serie de cerritos puntiagudos lo comprimen por la banda izquierda, mientras los lomeríos de enfrente dejan entrever estratos de margas cortados por venas de cuarzo. Entre los pedernales, sin que nadie lo sospechase en ése entonces, cintilaban gránulos de oro.

A la puesta del sol de aquel azaroso día de verano las viajeras divisaron las chozas de Carrizal (hoy La Cruz de la India), acunadas entre dos altas mesetas. La vida ahí parecía precaria, el suelo pedregoso, el clima desabrido, pero la cacería era buena, especialmente aguas abajo de la quebradita que surte a la comunidad. Después de todo, era la posibilidad postrera de encontrar albergue por varias leguas a la redonda.

Fue la primera noche que Rubén durmió casi a descampado, lejos del belén de Metapa. La comadre sacudió el tabanco, puso sábana limpia sobre el tapesco, suavizando las cañas con un colchón de tule. La “niña” Josefa tuvo que conformarse haciendo descansar su obesa humanidad sobre el cuero curtido de una cama de cuje.

Antes de las ocho se apagaron los candiles. A lo lejos se escuchaban los aullidos de los coyotes en celo. En silencio y en lo oscuro los negros ojos de Rosa, timoratos pero alertas, se nublaron de lágrimas, no sabemos si en memoria de un triste pasado, recordando el frustrado matrimonio con Don Manuel, o por temor a un futuro incierto.

En el llano del Guapinol, junto a unos guanacastes blancos, se ordena otro alto para descansar, merendar y cambiar los pañales a Rubén.

Prosigue el sendero serpenteando entre unas lomas bajas, secas y pedregosas. La roca más común es la ignimbrita, expulsada hace varios millones de años por los volcanes de Totumbla. Simulan planchas cascajosas, con fina estratificación, a veces cortadas por venitas de cuarzo. La geología en esta área haría las delicias de los petrólogos; los suelos sepultan muchos milenios de convulsiones terráqueas, hoy sometidas bajo la inexorable presencia de la erosión a la destemplanza de los tiempos.

Tradiciones viajeras

Las primeras horas de la tarde sorprenden a los ya fatigados viajeros por el valle de El Carrizal, que da salida a las planuras de Sébaco por el occidente. La caravana se detiene una vez más en Jesús María de Tatascame para tomar aliento y rellenar las calabazas de agua. Doña Josefa, muy devota del Jesús de Tatascame (quien la ha favorecido y protegido en sus andanzas y comercios), desmonta para pagar una promesa. Enciende una candela de sebo junto al pequeño crucifijo que se guarda en un nicho de piedra. En las Segovias era frecuente encontrar cruces y ermitas a lo largo de los caminos reales para que los viajeros implorasen las bendiciones de los santos, en especial de San Cristóbal, San Roque y San Rafael. Cerdos y gallinas desambulaban alegremente entre las chozas y alguno que otro asno consolaba con su rebuzno la monotonía del lugar.

A eso de las tres se reanuda la cabalgata con el propósito de alcanzar Carrizal Viejo antes de la puesta del sol. Uno de los sirvientes ha sido destacado por doña Josefa hasta el caserío para anticipar su llegada a una tal comadre en cuya casa esperaban pernoctar.

El valle se torna cada vez más angosto, casi cañada.

Al encuentro del río

Temprano, en la siguiente mañana, todos estaban en pie, desayunados y listos para emprender la nueva jornada, con la intención de alcanzar cuanto antes la vega del río Sinecapa. Ahí dejarían las incómodas cabalgaduras y continuaría el viaje en carreta. A eso de las ocho llegaron al Bordo de las Tinajas, donde da comienzo una empinada cuesta que conduce a la hondonada del río. Bordo llaman en Las Segovias al canto de una meseta, sitio para tomar aliento y esperar a los que quedaron rezagados en el camino cuesta arriba. Desde ahí se domina sin obstáculos la inmensa planicie de Occidente, semiboscosa-semicultivada, claveteada por varios volcanes en fila. El altivo Momotombo, en primer término, destaca su cono perfecto contra un cielo azul matinal; el Cerro Grande de Las Pilas, en cuya base se proyectan camellones dejado por las lavas de pretéritas erupciones. Más allá, el cono achatado de Orota entre amarillentos zacatales; el Telica, con su cumbre todavía humeante de una recién pasada erupción; el truncado cerro de Chichigalpa casi entre brumas y en lontananza la mole del volcán Viejo, que hoy llaman San Cristóbal.

Años más tarde Rubén aprendería a identificar estos picos volcánicos como si fueran “dioses de piedra y fuego” y recogería la leyenda de Squier, repetida por

Víctor Hugo sobre el Momotombo, que una vez retumbó cuando los frailes de la conquista intentaron escalarlo para plantar una cruz en su cumbre y bautizarlo con un nombre más cristiano, ceremonia que felizmente no se llevó a cabo en beneficio de la toponimia aborigen del volcán.

Las acémilas son conducidas cuidadosamente y en fila por el despeñadero hasta alcanzar el seguro regazo de una boscosa cañada que yace al fondo. Las aguas claras y vocingleras de una quebrada se escurren entre las piedras de basalto buscando la confluencia del Sinecapa. Al riachuelo le llaman Las Tres Ceibas porque en uno de sus recodos, compitiendo en altura y frondosidad, se levantan tres enormes cobanos cuyas fornidas ramas sustentaban a una regular población de feísimas iguanas. Pájaros de variados colores avivaban la cañada: viudas, sensontles, cierto-güises, dichosos-fuí y salicolchones entre los más visibles, incluyendo un guás agorero que alzaba vuelo con una solcuata en el pico. En resúmen, un pequeño paraíso perdido en el trópico.

Vadeando el río de los murciélagos

A eso de las diez la cañada se abrió casi frente a la casa-hacienda de San Buenaventura (donde es hoy El Jicaral) y el hermoso río Sinecapa quedó a plena vista. Una jauría de perros famélicos recibió con mal intencionados ladridos a los montados, al extremo que tuvieron que ser tajoneados por el mandador. El corral, tras la puerta del golpe, rezumaba boñiga fresca. Era el tiempo entre el ordeño y el mamanto y en una canoa de ñámbar cuajaban las primeras boronas de queso.

El Sinecapa, o río de los murciélagos en el lenguaje indígena, baja de las montañas de Santa Rosa. En una pequeña poza, detrás de las piedras y fuera de las miradas inoportunas, doña Josefa y su sobrina realizaron las abluciones matinales y enjuagaron algunos pañales de Rubén. El bebé dormía tranquilamente en una hamaquita suspendida entre los horcones de la vieja casona, fuera del alcance del hocico de los perros

Una vez restaurados vigor y ánimo las viajeras siguieron su camino; vadearon dos o tres veces el Sinecapa, cruzándolo en El Alcaraván, Piedra Amarilla y La Majada, despidiéndose de sus aguas en el Paso de Puscauyapa. Aquí, en medio de la corriente, se destacan unas piedras blancas sosteniendo una cruz de palo, que recordaba la desventurada osadía de un viajero que en el tapayagüc de octubre pasado fue arrastrado por la corriente con todo y bestia.

Al otro lado, bajo un gran genízaro en flor, esperaban dos carretas. El paso de las bestias se acelera hincando cascos entre las arenas de la ribera y espantando a una bandada de tigüises que picoteaban insectos en la vega húmeda. Más allá, un azacuán extrae con su pico gan-

chudo un succulento caracol del fondo de una concha.

La barbada figura del coronel Félix Ramírez se aproxima para recibir y saludar a las viajeras. Hay abrazos, sonrisas y lloriqueos. El futuro padre putativo de Rubén escurca con sus dedos entre los pañales hasta descubrir la soñolienta carita de la criatura que duerme inocente a los arrumacos del viejo Goyo y sus compañeros realizan el traslado de bártulos y mercancías a las carretas. Un sol en añicos se cuele entre las copas de los árboles.

Por el camino carretero

Quedan todavía unas quince leguas por delante, pero ahora el camino es llano y el terreno suave. Se desenvuelve entre bosques, plantíos y potreros. Las carretas entoldadas con cueros de res ofrecen más protección y comodidad a las cansadas viajeras, aunque su marcha es lenta y reposada entre el monótono chirrido de las grandes ruedas de guachipilín girando en torno al eje engrasado.

El llano de Los Zarzales muestra los estragos del verano; sus árboles están desnudos, especialmente los jino-cuabos de cobriza corteza y los talalates de tronco plateado. Abundan las piñuelas, bejucales y jicarales. Los matorrales se sucedían hasta llegar a Tolapa, donde el suelo es más húmedo, terminando los teonostes y comenzando los güiscoyoles. Es ésta una depresión donde el drenaje de las aguas se muestra indeciso; el suelo se torna fangoso y en invierno la arcilla es tan tenaz que un par de yuntas no basta para desatascar a una carreta cargada de quesos. Los pobres animales tienen que soportar, además de una lluvia de chuzazos, la consabida verborrea de los impacientes boyeros.

Hacia el sur se extienden los pantanos de Tecuaname, que nunca se secan. Pocas semanas antes se vieron invadidos por bandadas de zarcetas y otros patos migra-

mocerío entretenido con las anécdotas de “El Bocón”, como apodaban al coronel, mientras celebraban sus ocurrencias.

La Planicie de León

El desayuno en la mañana siguiente no se quedó atrás: leche caliente en jícara, al pie de la vaca; tortilla con cuajada y revoltillo de huevos de amor con chicharrones. Así confortados, los viajeros estaban en mejor forma para soportar las últimas nueve leguas que faltaban para alcanzar León.

El camino real avanza hacia la sierra volcánica de los Maribios buscando el portillo de Orota, donde la pendiente es más suave, para luego descender por la ladera opuesta hasta la llanura de Lechecuagos. En algunas partes del sendero parece perderse entre hondonadas boscosas, entoldadas por frondosos chilamates. Urracas, güises, sensontles y chachalacas seestean entre las ramas, mientras los guardabarrancos excavan túneles en los paredones de cenizas volcánicas, preparándose para la época de la anidación. En invierno, por estas sombrías cañadas, bajan torrentes desde las cumbres de los volcanes, profundizando los cauces, dejando aflorar mantos negros de basalto y ensanchando cárcavas y caminos. Un poco más allá, el viajero vuelve a la luz del sol para encontrarse con tacotales de tigüilote, o en medio de una sabana chamuscada por la quema de la que sobreviven algunos nancitales y coyoles espinosos. Entre la humazón revolotean golondrinas veloces, picoteando los insectos espancados por las llamas.

Desde el portillo de Orota se puede observar el pequeño cono llamado Cerro Negro, que se levanta entre un piélagos de oscuras lavas. Entonces era el benjamín entre los volcanes de este continente. “Hace pocos años —explicaba el coronel— sus cenizas llegaron hasta León y los retumbos mantenían afligida a la gente”. Lejos estaba Don Félix de sospechar que aquél hijo de Plutón venía acumulando furia en sus entrañas y que pocos meses después destaparía nuevamente su cráter para soltar una andanada de candentes pirotecnias.

El piemonte sur de la serranía volcánica se encontraba densamente cubierto por extenso bosque, aún no codiciado por el hacha, no obstante contener especies maderables muy valiosas como cedros, pochotes, madroños, ojoches, nãambarres y guayacanes. Por la misma razón su fauna se mantenía incólume; abundaban los venados malacates, chanchos de monte, pericos reales, pizotes, mapachines, culumucos y monos carablanca. Por la noche merodeaba el puma y los jaguares se atrevían muy cerca de los corrales.

A medida que progresaba la tarde y la jornada, el bosque comenzó a ralearse para dar espacio a un extenso tablero de huertos y pasturas en muchos ranchos interca-

torios que buscaron su alimento entre los tulares y gamalotales. Ahora los ánades se han marchado y su lugar está ocupado por varias palmípedas y zancudas indígenas. Entre ellas figura, como la más común, la que llaman gallinita de playa, que camina sin hundirse entre los flotantes lirios acuáticos. También suele observarse la garza real, con su hermosa librea de plumas nìveas y el veterano garzón que con su pico tosco mira fijamente al agua buscando como embucharse alguna confiada rana.

La todavía llamada Calle Real de Tolapa fue uno de los primeros caminos carreteros de Nicaragua, mandado a construir por el maestro Dionisio Herrera, cuando era Jefe de Estado, para comunicar León con los pueblos de Matagalpa y Segovias. Eso fue antes del Año del Polvo. El camino es recto por casi cinco leguas y corre hasta el aburrimiento por la gran sabana arbolada.

La tarde transcurría lánguidamente, pausando las horas al vaivén de las carretas. Algunas chozas dispersas asomaban entre chagüites, mangos y naranjales, junto al camino polvoriento. Hatos de ganado, en potreros sin cercos rumiaban indiferentes entre los matorrales y terrenos.

Antes del anochecer los viajeros arribaron a la finca de Las Cuevas, cerca de donde es hoy Malpaisillo, que en aquél entonces no era sino una gran planada. Junto a la hacienda se observan varias lomas formadas enteramente de piedra pómez granulada y tan blanca que parece cal. Los campistas excavan con su machete un nicho de emergencia entre las desmoronables parcdes cuando necesitan guarecerse de los chubascos que se avecinan.

El coronel Ramírez había arreglado ciertas facilidades para pasar la noche en la casa-hacienda, especie de mesón rural con paredes de tablas encaladas y corredor exterior terraplenado y de varandas. En esa ocasión cenaron gallo pinto con crema, costillas de cerdo y un buen huacal de chocolate caliente con polvorones. Hasta Rubén se benefició con una cunita de balancín bien mu-llida. En la noche hubo luna, guitarras y carcajadas. El

lados. De repente, desde una loma y en medio de la planicie, se divisan las torres de las iglesias de León, sus sombras proyectadas a contraluz por la reverberación de la tarde caliginosa. En aquel tiempo la campiña leonesa no se encontraba tan devastada como ahora. No se conocían las tolvaneras, los "picudos" ni los toxafenos. Todo lo contrario: su visión era agradablemente familiar, a tal extremo que impresionó graciosamente al viajero Efraím Squier, quien nos dejó en su libro la siguiente descripción: "Sobre el paisaje ardía un sol violento y la dilatada extensión de la planicie parecía palpitante bajo sus rayos de fuego. Nunca antes había contemplado yo un panorama de tan grande y espléndida belleza, tanto que el viajero que la cruce sueña que deambula por el Paraíso".

Al caer la tarde el sol regalaba sus últimas pinceladas al celaje. Una bandada de bulliciosos chocoyos cancanes revoloteaba sobre el toldo, como escoltando las carretas. Atrás quedaban la montaña oscura, el viento seco y el clamor de las bestias salvajes.

A las seis las carretas rechinaban sobre el empedrado de la Calle Real para detenerse, finalmente, frente al portal de la casa de la tía Bernarda. El primer viaje de Rubén Darío había concluido. Las campanas de la catedral tocaban El Angeluz y por todos los techos de León parecía filtrarse un murmullo: "El Angel del Señor anunció a María . . ."

¡Desde entonces el verso se hizo canto y habitó entre nosotros!

¿PUEDEN SOBREVIVIR LAS DEMOCRACIAS?

Jean-Francois Revel

La democracia, después de todo, es posible que resulte haber sido un accidente histórico, un breve paréntesis que se está cerrando delante de nuestros ojos.

Si así resulta, la democracia, en su sentido moderno de una forma de sociedad que reconcilia la eficiencia gubernamental con la legitimidad, y la autoridad con la libertad individual, habrá durado un poco más de dos siglos, a juzgar por la rapidez con que están aumentando las fuerzas que pretenden destruirla. Y en realidad sólo una porción muy pequeña de la raza humana la habrá experimentado. Tanto en espacio como en tiempo, la democracia sólo llena un rincón muy pequeño. El lapso de más o menos doscientos años se aplica sólo a los pocos países en donde primero apareció, todavía muy incompleta, a finales del siglo XVIII. La mayoría de los otros países en que la democracia existe, la adoptaron hace menos de un siglo, y en algunos casos menos de una década.

La democracia probablemente podría subsistir si ella fuera el único tipo de organización política del mundo. Pero no está estructurada fundamentalmente para defenderse contra los enemigos externos que pretenden su aniquilación, especialmente desde que el más reciente y más peligroso de esos enemigos externos, el comunismo, blasona de ser la democracia perfeccionada, cuando en realidad es la negación absoluta de la democracia, el modelo actual y completo del totalitarismo.

Por su naturaleza misma, la democracia es introvertida. Su vocación es el mejoramiento paciente y realista de la vida en una comunidad. En cambio, el comunismo necesariamente mira hacia afuera porque domina sobre una sociedad fracasada, incapaz de engendrar una sociedad viable. La nomenklatura, el cuerpo de dictadores burócratas que gobiernan el sistema, no tiene, pues, más alternativa que dirigir sus capacidades hacia la expansión en el exterior. También es más hábil, más perseverante que la democracia en defenderse a sí mismo. La democracia tiende a ignorar, y aun a negar, las amenazas a su existencia, porque ella aborrece hacer lo que se necesi-

ta para contrarrestarlas. Sólo se despierta cuando el peligro se vuelve mortal, inminente, evidente. Para entonces, o ya le queda muy poco tiempo para salvarse a sí misma, o el precio de la supervivencia se ha vuelto terriblemente elevado.

Además de su enemigo externo (otrota el nazismo, ahora el comunismo) cuya energía intelectual y poder económico son primariamente destructivos, la democracia encara a un enemigo interno cuyo derecho de existencia está escrito en la ley misma.

El totalitarismo liquida a sus enemigos internos o aplasta a la oposición tan pronto como surge; emplea métodos que son simples e infalibles porque son indemo-cráticos. Pero la democracia puede defenderse sólo muy débilmente desde dentro; su enemigo interno se aprovecha de ello, porque explota el derecho, inherente a la democracia, de estar en desacuerdo. Su meta de destruir a la democracia, de buscar activamente el monopolio del poder absoluto, se esconde astutamente detrás del derecho legítimo del ciudadano de oponerse al sistema y criticarlo. Paradójicamente, la democracia ofrece a los que buscan como abolirla una oportunidad única de trabajar contra ella legalmente. Hasta puede que reciban apoyo abierto del enemigo externo, sin que ello sea visto como una violación verdaderamente seria del contrato social. La frontera es vaga, la transición fácil entre la situación de un opositor leal que esgrime un privilegio invívito en las instituticones democráticas, y la de un adversario que subvierte esas instituciones. Para el totalitarismo, el opositor es por definición subversivo; la democracia, temiendo traicionar sus principios, trata a los subversivos como meros opositores.

Con lo que terminamos en lo que convencionalmente se llama sociedad occidental, es una situación patas arriba en la cual aquellos que buscan cómo destruir a la democracia parecen estar luchando por metas legítimas, mientras que los defensores de la democracia son descritos como reaccionarios represivos. La identificación de los adversarios internos y externos de la demo-

cracia con las fuerzas del progreso, la legitimidad y hasta la paz, desacredita y paraliza los esfuerzos de pueblos que sólo están tratando de conservar sus instituciones.

Asediadas por esta combinación de fuerzas hostiles y lógica negativa, las democracias también son acosadas con intimidación y acusaciones productoras de culpa, tales como ningún otro sistema político ha tenido jamás que tolerar. Como la "industria del vicio" que los grupos reformistas solían mencionar, hay ahora una "industria de la inculpación", la cual pregona el concepto ahora universalmente aceptado de que todo lo malo que sucede en el Tercer Mundo es culpa de fuerzas necesaria y exclusivamente ubicadas en los países "más adelantados" o "ricos", aludiendo, en casi todos los casos —y por buenas razones— a las democracias.

Los mayores accionistas de esta industria de la inculpación son, primero, los déspotas que oprimen impunemente a los pueblos de ese infortunado Tercer Mundo. A continuación vienen los países comunistas, que explotan el subdesarrollo exterior que ellos no pueden remediar en su interior y convierten a las naciones pobres en fortalezas militares totalitarias.

Aquí también, en lo que se llaman relaciones Norte-Sur, convergen los enemigos extranjeros y locales de la democracia; sus maniobras no ayudan para nada a mejorar a los países pobres, pero son maravillosamente eficaces para socavar la confianza de las democracias en su propia legitimidad, en su propio derecho a existir. El apoyo "progresista" que algunos occidentales dan a los peores entre los regímenes del Tercer Mundo, es simplemente una reubicación geográfica de lo que por sesenta años fue el apoyo "progresista" de la Unión Soviética y, posteriormente, de la China de Mao Tse Tung: complicidad por una parte de la Izquierda Occidental contra los pueblos de los países menos desarrollados y con los tiranos que los esclavizan, los embrutecen, los matan de hambre y los exterminan.

Parece, pues, que la combinación de fuerzas psicológicas y físicas, políticas y morales, económicas e ideológicas, dedicadas a la extinción de la democracia, es más poderosa que la combinación de las que propenden a conservarle la vida. A la democracia no se le acreditan sus logros y beneficios, pero ella paga por sus fallas, sus inadecuaciones y sus errores, un precio infinitamente más elevado que el que pagan sus adversarios.

La civilización democrática es, ciertamente, la primera en la historia que se inculpa a sí misma porque otra potencia está trabajando por destruirla. La señal de nuestro siglo no es tanto la determinación del comunismo de borrar la democracia de nuestro planeta, ni su

éxito frecuente en la persecución de ese fin, como lo es la humildad con que la democracia no sólo consiente en su propia destrucción, sino urde la legitimación de la victoria de su enemigo más encarnizado.

Para el comunismo es natural el tratar con todo su empeño de eliminar a la democracia, pues los dos sistemas son incompatibles y la supervivencia del comunismo depende de la aniquilación de la democracia. Que la ofensiva comunista tiene más éxito y es más hábil que la resistencia de la democracia, será visto por la historia como un ejemplo más de una potencia que supera en sus maquinaciones a otra. Pero es menos natural y más novedoso el que la civilización abatida tenga no sólo que estar profundamente convencida de que merece la derrota, sino que deba regalar a amigos y enemigos, razones de por qué el defenderse sería inmoral y, en todo caso, superfluo, inútil y aun peligroso.

Civilizaciones que pierden la confianza en ellas mismas: una vieja historia. Cesan de creer que pueden sobrevivir, debido a una crisis interna que es a la vez insoluble e intolerable, o a la amenaza de un enemigo externo, tan fuerte, que la única alternativa está entre la esclavitud o el suicidio. Yo no creo que la democracia esté en uno u otro predicamento, pero ella actúa como si estuviera en ambos. Parece casi ansiosa de creer en su propia culpa y en el inevitable resultado de ella. Las predecesoras de la democracia ocultaban esas creencias como vergonzosas aun cuando creyeran, o supieran, que estaban condenadas. Pero la democracia es celosa de planear argumentos para probar la justicia de sus adversarios y de alargar la ya abrumadora lista de sus propias insuficiencias.

¿Son reales o imaginarias estas insuficiencias? Algunas son reales, claro está, así como hay una causa real para culpar a democracias específicas o a las democracias en general de algunas injusticias y desventuras del mundo. Pero muchas de esas pretendidas insuficiencias y mucha de la responsabilidad de la democracia por los males del mundo son exageradas, conjeturales, o puramente imaginarias. Y además, ¿son esas faltas verdaderas lo bastante serias para proveer la justificación moral para que el totalitarismo extermine a las democracias? ¿y por qué reciben un crédito tan amplio en las democracias mismas esas fallas imaginarias, y las democracias consienten con ello ser calumniadas?

Si la democracia sucumbe, no será a la especie de crisis interna, una carencia esencial de viabilidad, que casi la hizo zozobrar en el período entre las dos guerras mundiales. De 1919 a 1939, las democracias parecían devoradas desde dentro por una enfermedad irresistible que hizo brotar una peste de dictaduras de derecha. Una

tras otra ellas capitularon ante los gobiernos totalitarios o autoritarios nacidos de su propia incapacidad para gobernarse a sí mismas. En la Europa Central, casi ninguno de los regímenes parlamentarios establecidos después de la Segunda Guerra Mundial estaban funcionando todavía diez años después. En Europa Occidental, Italia fue la primera en volverse fascista, y después Portugal, Alemania y España. De las grandes potencias europeas, sólo Gran Bretaña y Francia siguieron fieles a la democracia, y en esta última nación la democracia era tan endeble, tan incoherente y estaba tan acosada, que se temía por su supervivencia.

La situación ahora, cuando este siglo se acerca a su fin, es muy diferente. Por primera vez desde el año 1922, cuando Mussolini tomó el poder en Roma, toda Europa Occidental es democrática. La dictadura de siete años de los coroneles griegos (1967-74) terminó con su caída y se produjo un reforzamiento de la democracia en ese país. En España, el Putsch que desde 1975 se venía temiendo, fue intentado y fracasó. Los ataques más peligrosos y más implacables contra la democracia han provenidos de la izquierda revolucionaria: terrorismo rojo en Italia, España y Alemania Occidental y un intento minoritario en 1975 de gravar a Portugal con una dictadura militar comunista.

A pesar de estos ensayos, las viejas democracias se han mantenido firmes y las nuevas han sobrevivido y hasta se han desarrollado. El esfuerzo laborioso que la Izquierda periódicamente realiza por meter en miedo a la gente con el espectro de un peligro neo-nazi en Europa, siempre choca con el hecho brutal de que ninguno de los movimientos fascistas europeos hoy en día ha logrado la calidad de partido, ni ha logrado elegir un solo miembro de algún Parlamento. En cuanto al concepto estúpidamente inflado de una "izquierda extra-parlamentaria" que floreció en Italia y Alemania alrededor de 1970, sólo expresaba la incapacidad de la Izquierda revolucionaria para seducir a suficientes votantes a que la hicieran parlamentaria.

Sin embargo, aunque las instituciones democráticas ya no son acosadas políticamente desde dentro, las sociedades, la civilización y los valores que ha creado la democracia están siendo cada vez más cuestionados. El auto-criticismo es, por supuesto, una de las fuentes vitales de la civilización democrática y una de las razones de su superioridad sobre todos los otros sistemas. Pero la auto-condenación constante, a menudo con poco o ningún fundamento, es una fuente de debilidad e inferioridad al tratar con una potencia imperial que ha prescindido de tales escrúpulos. Creer que uno siempre tiene la razón, aun cuando los hechos digan lo contrario, es tan cegador y debilitante para una sociedad como para un in-

dividuo; pero suponer que uno siempre está errado, sea cual sea la verdad, es desalentador y paralizante.

Las democracias de hoy día no sólo se culpan de pecados que no han cometido, sino que han creado el hábito de autojuzgarse por ideales tan inaccesibles que los acusados resultan automáticamente culpables. Claramente una civilización que se siente culpable por todo lo que es y hace y piensa, carecerá de energía y convicción para defenderse cuando su existencia esté amenazada. Inculcarle a una civilización la idea de que ella sólo merece defenderse si puede encarnar la justicia absoluta, equivale a instarla a que se abandone a la muerte o a la esclavitud.

El mismo problema ha plagado invariablemente la política exterior de las democracias en la lucha contra el imperialismo comunista. Desde el día en que el Presidente Truman declaró que "debe ser política de los Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que están resistiendo a la subyugación que se pretende hacerles por minorías armadas o por presión externa", las democracias quedaron atadas por voluntad propia con un vínculo casi invencible. Porque ellas establecieron la condición de que para tener derecho a resistir la absorción en el imperio comunista, un país debe ser irreprochablemente democrático. Al hacerlo así, el Oeste se condenó a sí mismo al fracaso o al oprobio. Se convirtió en el prisionero de un dilema insoluble y auto-impuesto: o permitió que la mayor parte del mundo se hundiera en la dominación comunista, o, con demasiada frecuencia, sería llamado a proteger a países que no tenían gobiernos democráticos.

La trampa fue un obsequio para la propaganda comunista, que en este punto fue ampliamente apoyada por la izquierda liberal en las democracias. La honradez exige que todo demócrata con ideas firmes deplora la hipocresía de defender derechos humanos y libertad individual mientras se apoya a gobiernos autoritarios. Los mejores de estos pueden que sean tan sólo restos o renacimientos de estructuras arcaicas de poder; los peores son regímenes violentos, fascistas, policíacos, o pseudo-democracias en donde las elecciones se celebran sólo esporádicamente; en raras ocasiones, si es que en alguna, son genuinamente fieles al ideal del gobierno de derecho en que Occidente proclama basar la legitimidad de su diplomacia y su defensa.

Así pues, desde el inicio el juego ha sido sucio. La necesidad estratégica es mirada como suficiente justificación de la presencia soviética en otro país, o una alianza soviética, o la ayuda soviética a ese país. Cualquiera que reclame otras excusas, recibe la réplica, aun en Occidente mismo, de no meterse en lo que no le importa. En cambio, a la democracia no se le concede el derecho de de-

fender las barricadas vitales de su propia seguridad, a menos que sea obedecido el imperativo democrático. Si no es obedecido, el deber de Occidente es, por supuesto, el de ceder el territorio en cuestión a los comunistas que no están atados por esta obligación democrática.

Así, defender la independencia del Vietnam del Sur en los años sesenta y setenta fue tildado de infamia porque el régimen sud-vietnamita era difícilmente uno de pureza ejemplar. Pero el régimen de Hanoi no tuvo necesidad de aportar garantías de su pureza para ganar el derecho a defenderse o de atacar a sus vecinos. La opinión progresista y aun centrista de todo el mundo concedió a Vietnam del Norte legitimidad "popular" de buena fe, que su historia posterior al año 1975 no apoyó, pero que su conducta totalitaria y agresiva aun antes de 1975 nunca pareció disminuir.

Más todavía: si los intereses estratégicos mundiales de Moscú así lo requieren, le está permitido a la Unión Soviética aliarse con regímenes fascistas de estilo tradicional que prescinden aun de la apariencia de progresismo, y los soviéticos pueden hacerlo así sin atraer sobre sus cabezas la crítica vehemente que la opinión mundial dirige contra cualquier nación democrática que intente el mismo expediente. Por ejemplo, la Unión Soviética y Cuba apoyaron ruidosamente a la Argentina contra Gran Bretaña en la guerra de 1982 de las Islas Malvinas, sencillamente porque interesa obviamente al Kremlin oponerse a las democracias occidentales; repentinamente, a nadie del mundo comunista le importó la pésima reputación internacional de la "odiosa y sanguinaria dictadura fascista" de la junta de Buenos Aires.

A la Unión Soviética, pues, la mayoría de la gente le permite salvaguardar sus intereses económicos y capitalizar sus ventajas estratégicas mediante vínculos realistas con cualquier gobierno notorio por su menosprecio a los derechos humanos. Pero sólo escuchamos clamores y vituperios cuando un país occidental se ve forzado a colaborar con Africa del Sur, o con el Shah de Irán, o con Turquía.

Esta doble vara de medir confiere al imperio soviético una ventaja automática sobre el Occidente: no sólo puede defenderse a sí mismo y expandirse sin tener que preocuparse de reglas que rigen la política exterior de las democracias, sino que sus satélites y paniaguados también están exentos. Esta es, realmente, una ventaja de doble filo: aunque el imperio soviético no necesita respetar los derechos humanos en casa, es libre de condenar violaciones, reales o ficticias, en cualquier otro sitio; explotarlas e instalar agentes suyos al explotarlas. Aun puede provocar violaciones, usando el terrorismo para provocar la represión en los países occidentales o en los

asociados con estos.

La Unión Soviética, pues, goza del privilegio de tener derecho no sólo de defender su imperio, sino de acrecentarlo sin ser juzgada sobre la base de los niveles de vida, justicia social, libertades políticas o respeto a los derechos humanos en los estados sometidos. Cuando los pueblos subyugados se alzan contra el comunismo, Occidente por lo general se abstiene de ayudarlos, reconociendo así la legitimidad del dominio comunista en todas las circunstancias. En cambio, los comunistas no reconocen la legitimidad de ningún gobierno fuera de su imperio, y menos aún en los países democráticos.

Recíprocamente, las democracias sufren la desventaja teórica en su lucha con la Unión Soviética de ser responsables en todos los sentidos arriba mencionados, no sólo de su propio comportamiento, sino también del de sus aliados. Por ejemplo, cuando en Grecia en 1967 y en Turquía diez años después tomaron el poder gobiernos militares, en las democracias surgió inmediatamente la cuestión de si esos países, que habían roto su compromiso con la democracia, merecían continuar dentro del sistema occidental de defensa. Pero cuando Polonia decretó un estado de ley marcial para permitir que su ejército apuntalara a la vacilante dictadura del partido comunista, los occidentales inmediatamente arguyeron que ninguna liberalización verdadera es posible en un país como Polonia porque *ella es una zona estratégica vital para la Unión Soviética*. Y sin embargo Turquía es igualmente esencial para Occidente como Polonia lo es para los soviéticos. Expulsarla de la OTAN, o aun suspender los embarques de armas para el ejército turco (lo cual se hizo debido al conflicto greco-turco respecto a Chipre en 1974), significa abrir una brecha fatal en el flanco sur de la alianza del Atlántico.

Los detractores de los Estados Unidos y el "mundo libre" —esta expresión se emplea generalmente en sentido de burla, como si no hubiera realmente un mundo libre y un mundo esclavo— han sostenido siempre que no podemos luchar en nombre de la democracia casándonos con países no democráticos. Por supuesto, sería ideal que las democracias pudieran sobrevivir mediante la defensa sólo a otras democracias. Sin embargo, en la mayoría de los casos el ideal moral se opone a la tradición local de gobierno o hay situaciones de facto que el Occidente no puede tolerar fácilmente. La política de derechos humanos del Presidente Carter, dentro de la cual él suspendió la ayuda norteamericana a las dictaduras de Argentina, Chile y Bolivia, no produjo ningún mejoramiento político en esos países, pero la Unión Soviética saltó la brecha para aumentar su comercio con ellos. En Irán, Carter apresuró la caída del que era ciertamente un régimen detestablemente tiránico, el cual fue sucedi-

do por otro mucho peor.

Se requiere una profunda ignorancia de la historia para culpar sólo al imperialismo norteamericano de la larga tradición latino americana de golpes de estado, dictaduras militares, guerras civiles, corrupción, revolución, terror sanguinario y represión: todo esto se remonta a la fundación misma de los estados independientes hace cerca de dos siglos. En el Continente Africano llama la atención que el gobierno de un solo hombre o de un solo partido haya triunfado casi en todas partes, en Africa del Norte y en Africa Negra, en las ex-colonias francesas y en las ex-colonias belgas y británicas, en regímenes "progresistas" y "moderados" igualmente. Aun líderes tales como el presidente vitalicio Kenneth Kaunda en Zambia y el Primer Ministro de Zimbabwe, Robert Mugabe, después de optar por el pluripartidismo cuando sus países obtuvieron la independencia, pronto cambiaron de parecer alegando que los sistemas de un solo partido "están más a tono con el modo de ser africano". Algunos de los ejemplos más bárbaros de genocidio interno, como la matanza de Burundi, no tuvieron nada que ver con el "imperialismo" occidental; ni tampoco algunos de los tiranos más monstruosos de Africa, tales como Idi Amin, de Uganda. En cuanto al pueblo de esa nación, su "liberación" de Amín por tropas de la "progresista" Tanzania, inició una era de sufrimientos y martirio que ha sido igual de abominable que la precedente.

En todo caso, la torpeza moral y la inconsistencia política del mundo libre son reconocidas, proclamadas y condenadas cuantas veces éste colabora con gobiernos grande o totalmente indemocráticos que violan los derechos humanos, ya sea que simplemente los acepte pasivamente o que los ayude activamente. Para escapar a esta contradicción y evitar la condena ante el tribunal de la opinión pública del mundo libre, el Occidente debe privarse a sí mismo del apoyo, en su lucha contra el expansionismo soviético, de cualquier país que sea indemocrático y que no respete los derechos humanos. Este principio significa que el derecho de las democracias a defenderse tiene que estar subordinado a la conversión de todo el mundo a la democracia. Es evidente que esto sólo puede conducir a la desaparición de lo que subsiste de la democracia en el mundo de hoy.

En pocas palabras, sin llegar nunca tan lejos como para aprobarlo, consideramos, no obstante, natural que la Unión Soviética defienda sus intereses, aumente su potencia e instale sus sicarios por medio de una serie habilidosamente espaciada de golpes de estado y purgas. Nadie le pide a estos imperialistas que hagan felices a los pueblos que capturan; nadie piensa que a los comunistas se les puede forzar a retirarse por medio de un regaño. Ni nadie en el campo democrático reconoce su propio dere-

cho —al menos no abiertamente— de luchar contra el imperialismo soviético con sus propias armas. En vez de eso, el mundo, libre de nuevo, se arriesga a que le acusen de complicidad impura con un régimen "feudal" reaccionario cuando, por ejemplo, defiende a la Arabia Saudita contra las actividades clandestinas y la subversión que la Unión Soviética y sus agentes, inclusive los libios, han estado acarreado allá por años. La moral es que a la Unión Soviética se le debe permitir que coja toda la península arábiga, a no ser que todos los países de ella se amolden a los ideales democráticos occidentales, una eventualidad que yo desearía pero que espero muy poco, por lo menos en el futuro inmediato, que es lo que cuenta.

También en la estacada en un futuro inmediato o muy cercano, está el destino de Africa meridional, especialmente el de la República de Sur Africa, que se ha merecido la correcta hostilidad de todos los defensores de los derechos humanos por su política oficial de segregación racial. Que deba ser excluída de todos los eventos deportivos internacionales no es para sorprendernos. . . hasta que recordamos que la Unión Soviética, la República Popular China, Corea del Norte y Rumania, que tienen otros tantos lunares en su record de derechos humanos, toman parte en tales eventos.

Este es otro ejemplo de la doble vara de medir. Pero el atletismo es solamente un tema colateral aquí. Lo que realmente importa es determinar si Occidente, según lo recomiendan voces muy respetables e ilustres de la opinión pública occidental, debe rehusar toda cooperación política y estratégica a Sur Africa hasta que se haya eliminado el apartheid. Considerando que, a lo mejor, tomaría largo tiempo acabar con la segregación en Sur Africa, que la Unión Soviética ya está fuertemente atrincherada en la región, y que el lento proceso de reforma podría acelerarse radicalmente mediante un alzamiento de los negros de Sur Africa, el Occidente podría ganar poco con abandonar a Sur Africa y ciertamente se debilitaría mucho. Porque, como ya lo sabemos, la ruta marítima alrededor del Cabo de Buena Esperanza es el canal principal de nuestros suministros de petróleo del Golfo Pérsico. Además, el subsuelo de Sur Africa atesora los depósitos del mundo de minerales raros fuera de la Unión Soviética, y suministra la mayoría de los metales que se necesitan en los países industrializados.

En otras palabras, si Sur Africa cayera bajo influencia soviética, Moscú controlaría además de sus inmensos recursos minerales, los de Sur Africa y Namibia, donde la pro-comunista SWAPO (Southwest African People's Organization, Organización del Pueblo del Sudoeste Africano) probablemente tomaría el poder. En tal caso la Unión Soviética tendría control sobre la mayoría,

y en algunos casos sobre todos los minerales vitales para nuestra industrias. Podría bloquear los embarques de petróleo para nosotros. . . si es que no los había bloqueado ya en la fuente a lo largo del Golfo Pérsico. Esa especie de poder económico haría a la Unión Soviética el amo de Occidente sin recurrir a la guerra, nuclear o convencional, en Europa.

La gran fuerza de la Unión Soviética consiste en su libertad para invadir áreas en donde la historia ha dejado restos de regímenes arcaicos importantes para la seguridad de Occidente o fuente de materias vitales. No importa que esos regímenes sean reemplazados, como siempre lo son, por estados policías comunistas más represivos y más sanguinarios, ni que el cambio deje a los pobres del área más hambrientos de lo que estaban antes: los soviéticos todavía salen avantes, porque la opinión local y la opinión mundial sólo perciben las ventajas relativas del antiguo régimen y los horrores de la podredumbre comunista, después que el nuevo régimen está en el poder y es irreversible.

Cuando Occidente trata de proteger de la desintegración regímenes arcaicos o aquellos de "autoritarios modernistas" como el del Shah de Irán, o procura refrenar sus abusos, no puede impedir que parezca que defiende a la Derecha contra la Izquierda, el pasado contra el futuro, los multimillonarios contra las masas misérrimas. El hecho de que cuando la izquierda comunista derrota a la derecha trae consigo la hambruna, los campos de concentración y las fugas por mar, nunca opera como preventivo. Si Occidente trata de presionar a un régimen arcaico a que se vuelva más liberal, ora es acusado de "interferencia" por nacionalistas encolerizados, o su proselitismo bien intencionado empuja al país a un caos impredecible, como lo ejemplariza la revolución islámica de Irán. Y aunque el terror sangriento del Ayatollah puede ahora ser en parte anti-comunista por razones esencialmente religiosas, el Kremlin sabe muy bien que a la larga, cuando se llegue al borde de la anarquía, Irán puede volcarse al campo soviético, pero es improbable que alguna vez apunte el retorno al mundo libre.

La ventaja de la Unión Soviética sobre el mundo libre está en que ni la opinión mundial ni, por supuesto, su propio público amordazado esperan que ella les predique a sus aliados antes de asociarse con ellos, o de aferrar a sus satélites por algún método diferente de la fuerza bruta; ni siquiera se requiere que suministre comida suficiente para los pueblos que absorbe en sus sistema imperial.

Pero la "opinión internacional" —esta expresión describe una parte de la opinión pública del mundo libre más la propaganda soviética— no aceptará una vio-

lación de las reglas de la democracia cometida por los amigos del Occidente. Aun cuando países tales como Taiwán, Corea del Sur, Malasia y Singapur han desarrollado economías florecientes que la mayoría de las otras naciones del Tercer Mundo envidian y que atraerían clamores de admiración de la Izquierda Occidental se medraran bajo estandartes soviéticos, no son apreciados. Los regímenes socialistas, por supuesto, han hecho añicos la libertad sin alcanzar una prosperidad siquiera comparable.

Esta desigualdad de obligaciones que tanto favorece a los comunistas no impide, sin embargo, igualar ambos bandos cuando la argumentación así lo requiere. La técnica para hacer esto parece justa, pero en realidad es discriminatoria: simplemente consiste en hacer de las democracias y los soviéticos un solo grupo de iniquidad.

Esta técnica representa un cambio de táctica. A lo largo de casi todo el siglo XX, la Izquierda en las democracias, bizca políticamente, ha desencadenado su furia contra los crímenes del mundo capitalista. Alrededor del año 1970, la amnesia, que rechazaba periódicamente revelaciones desagradables acerca del mundo comunista, comenzó a mostrar grietas. Reveladoras cicatrices quedaban después de cada nueva absolución purificadora. Pronto la masa de hechos se volvió demasiado densa para poder ocultarse y entonces se diseñó un nuevo artificio.

Consistió en reconocer la existencia de crímenes y fallas comunistas con tal que estos pudieran instantáneamente equipararse a sus equivalentes en el mundo capitalista. El comunismo era absuelto ahora, no porque no peca nunca, sino porque las democracias pecan con igual gravedad. En este nuevo juego dialéctico todos somos libres, sin necesariamente ser deshonestos, para contar en detalle los delitos y errores del comunismo totalitario, pero a condición de que nos apresuremos a presentar sus gemelos capitalistas. Cualquier desviación de la regla es tildada inmediatamente de "indignación selectiva" y merece la más severa de las censuras de parte de los espectadores imparciales.

Por ejemplo, un socialista francés de pureza doctrinaria, Louis Mermaz, presidente de la Asamblea Nacional desde 1981, le replicó a un reportero que le interrogó acerca de los gulags: "Estoy horrorizado como Ud. por los gulags, que son una perversión del comunismo. Pero yo le pido a Ud. que también condene esa mostruosidad del sistema capitalista: el hambre en todo el mundo, que mata a 50 millones de personas cada año, de las cuales 30 millones son niños". La respuesta, notable por su rapidez, es menos digna de nota por su objetividad. Porque el paralelo es sólo aparente: los gulags son una "perversión" del comunismo, pero el hambre, según el líder so-

cialista, es producto básico del capitalismo. Y mientras la magia del paralelismo vuelve el pecado comunista casi venial, el del capitalismo sigue siendo mortal. En realidad la absolución es por lo general una concesión en una sola dirección: para perdonar los horrores del comunismo. Parece muy poco probable que si a Mermaz le preguntaran sobre el hambre en el mundo, respondiera con una diatriba contra los gulags; hubiera protestado violentamente contra la desnutrición pavorosa de algunos de nuestros semejantes, y hubiera tenido razón. Que los gulags existan no vuelve la pobreza del Tercer Mundo menos intolerable moralmente. Pero, ¿mediante qué brujería se vuelve verdad la viceversa?

Además, el mago estaba empleando estadísticas espúreas. Tal como lo saben los demógrafos, cada año mueren en el mundo unos 50 millones de personas. No todas pueden morir de inanición, y los tres quintos de ellos no pueden ser niños. La lucha contra la mortalidad infantil en los países pobres ha reducido su incidencia, lo cual es la razón de que su población esté aumentando. Los nutricionistas estiman que el número de defunciones debidas anualmente a desnutrición es un 10 por ciento del total, y esto incluye a los países comunistas, lo cual debilita ligeramente la acusación al capitalismo. La muerte por inanición en el mundo comunista puede ser mejor ocultada, pero las víctimas están tan muertas como las otras. Los sucesores de Mao han confirmado lo que los demógrafos habían ya determinado en su estudio de los esquemas de la población china: que decenas de millones de chinos murieron de inanición entre 1960 y 1970.

Una última objeción a la comparación de Mermaz: los gulags aparecieron por decisiones políticas deliberadas de los gobiernos comunistas, mientras que, históricamente, el capitalismo en verdad ha librado a Europa de las hambrunas periódicas que la plagaron hasta mediados del siglo XVIII, como lo hacen ahora en los países menos desarrollados. El capitalismo hasta ha comenzado a aliviar el hambre en algunos de los países más pobres, India y Brasil por ejemplo, que ahora exportan alimentos. Mucho, muchísimo queda por hacer en todas partes, antes que toda la humanidad pueda disfrutar del alto nivel nutricional que ni aun el Occidente capitalista alcanzó antes del siglo XIX. Pero este problema no tiene nada que ver con la cuestión que se discute: la creación deliberada por un régimen político organizado, de un sistema represivo de campos de concentración que se dobla como sistema de gobierno.

No trataré aquí de por qué el capitalismo industrial, primero y único sistema de producción que ha arrebatado al hombre de la penuria y que puede realizar el mismo servicio para aquellos que todavía están experi-

mentando penuria, es el más vituperado. Ni perderé el tiempo argumentando largamente que desde el siglo XVIII, las naciones en donde se ha desarrollado el capitalismo industrial también suelen ser aquellas en donde la democracia moderna echó raíces. Esto no significa que esos países hayan guardado una fe consistente a la democracia, ni que se encuentre la democracia doquiera penetre el capitalismo. Pero sí quiere decir que dos países en la historia son testimonios de una concomitancia general entre el capitalismo y la democracia. Solamente notaré que este archivo monumental de evidencia ha sido escamoteado y que las democracias mismas han adoptado la imagen comunista del mundo y su perspectiva de la historia.

La característica más falsa y perniciosa de esta imagen y esta perspectiva consiste probablemente en la antítesis entre el socialismo y el capitalismo, entre el totalitarismo y la democracia. Esto funciona en la mayoría de las mentes como una rejilla interpretativa, aun para los que se oponen al socialismo. Su imposición no es la menor de las victorias de la desinformación, porque esta última ya no se aplica a acontecimientos, sino a ideas; es una desinformación filosófica, una especie de lunar ideológico que se ha levantado en la comprensión que la mayoría de nosotros tenemos de estas fuerzas.

Adoptar esa rejilla significa aceptar el principio de que cualquier régimen que sea menos que perfectamente democrático se puede asimilar a totalitario y por lo tanto pierde su derecho a defenderse contra el comunismo. Puesto que el mundo está lleno de gobiernos que no son ni totalitarios ni democráticos, sus futuros están decididos. Primero, porque ninguna de las democracias, aun de las reconocidas como tales, es perfecta; y ya que en cualquier sociedad hay características de opresión, ¿qué régimen puede pretender un derecho genuino a defenderse contra el comunismo? Ninguno. Y en esta misma línea de razonamiento, si lo único que se requiere hacer para legitimar al comunismo es demostrar que el capitalismo tiene defectos, vicios y crisis, dejemos entonces que el poder mundial pase al comunismo de una vez, usando el principio de que la mejor manera de corregir una cojera es amputar ambas piernas.

La antítesis real no es entre el totalitarismo y la democracia, o entre el comunismo y el capitalismo, sino entre el comunismo totalitario y todo lo demás. El comunismo es una necrosis de la economía, el totalitarismo es una necrosis de la política, del cuerpo cívico y de la cultura. Como sociedad muerta, el totalitarismo puede ser contrastado con innumerables formas sociales ahora y en el pasado, que no pueden ser llamadas democráticas en la forma en que ese vocablo se entiende en unas pocas sociedades actuales, pero que no estaban, ni están muer-

tas tampoco. La Europa medieval, la China Ming, las sociedades africanas, polinesias y americanas antes de su contacto con los europeos, la Francia de Luis XV y Napoleón III, la Inglaterra Elizabethana, la España de Felipe IV, la India bajo la dinastía Gupta y la Alemania del tiempo de Kant, no eran democráticas ni totalitarias, pero todas eran sociedades vivientes que, cada una a su manera, crearon civilizaciones valiosas.

La existencia de injusticias, persecuciones y opresión en un grupo es una cosa, y que un grupo sea la negación de la naturaleza humana en todos los aspectos de su estructura e ideología es algo muy diferente. Este es el grupo a que pertenece el totalitarismo. Es cierto que hoy en día creemos que para colmarse a sí mismas todas las sociedades deben aspirar a la democracia, avanzar hacia ella y finalmente alcanzarla. Yo ciertamente así creo.

No obstante, miles de organizaciones sociales en la historia, aunque no se pueden comparar a las democracias modernas, no fueron negaciones de la humanidad y contribuyeron con elementos de civilización a nuestra cultura actual abigarrada.

A diferencia del capitalismo, el comunismo no es un sistema económico, sino un sistema político que tiene necesariamente que asfixiar a la economía. Debemos pues negarnos a agrupar al comunismo con otros sistemas autoritarios o a ellos con él. El totalitarismo pone en peligro no sólo a la democracia, sino la vida misma. El comunismo no es simplemente un sistema político despótico entre muchos, ni un sistema económico ineficiente e injusto entre otros semejantes a él. En la vida normal, el despotismo y la ineficiencia están entre las raras cualidades que pueden ser corregidas, como lo demuestra toda la historia, excepto la historia del comunismo. Para sobrevivir, el comunismo busca cómo destruir no sólo la democracia existente, sino toda posibilidad de democracia.

Cualquier sociedad de cualquier especie en el mundo de hoy día puede acceder a la democracia, con una sola excepción: la sociedad comunista, que no puede volverse democrática sin destruirse a sí misma. Es comprensible entonces, que los estrategas totalitarios traten de revertir o bloquear esta tendencia en el mundo todavía maleable que los rodea. Lo que es menos fácil de entender es que puedan reclutar a algunos de sus asíduos discípulos de entre los guías y pensadores democráticos.

Y de que los reclutan, los reclutan. Amplios sectores de la opinión Pública y de la élite política y cultural de Occidente ven a las democracias como más reaccionarias, más dañinas para el Tercer Mundo, más agresivas en lo militar, especialmente en el arte de la guerra nu-

clear, que la Unión Soviética y sus satélites. Los occidentales que están en favor de una disuasión nuclear efectiva y un equilibrio verificable de fuerzas, todavía son mirados como "conservadores", "derechistas", "guerreristas", o, al menos, como "partidarios de la guerra fría". Los "liberales" que abogan por un desarme unilateral o, en todo caso, concesiones previas y cada vez más jugosas a la Unión Soviética sin garantías recíprocas, son considerados espíritus generosos que aman la paz.

En la práctica, lo que estos "liberales" están promoviendo realmente, es un desequilibrio que permitiría a la Unión Soviética imponer su voluntad económica y política sobre un creciente número de países sin acudir a la guerra, ensanchando así su ya espaciosa órbita. Pues la historia nos enseña que nunca, en ninguna parte, las concesiones han llevado a que la Unión Soviética haga otro tanto. De esta amarga verdad, de la cual en ninguna forma son responsables las democracias, estas no sacan la conclusión de que deben modificar su enfoque diplomático, sino de que deben conceder más todavía.

De hecho, cualquiera que preste oídos a lo que se dice en el campo político podría pensar que el único peligro para Occidente son los armamentos occidentales y la diplomacia occidental. Por ejemplo, el New York Times del 2 de Abril de 1983 anunció que "Se Teme un Impacto Adverso Entre Los Aliados Después De La Observación De Reagan Sobre La Superioridad Soviética". Es decir, que el verdadero peligro para los aliados europeos de los Estados Unidos no se ve en la posible superioridad militar soviética, sino en el plan norteamericano para contrarrestarla reforzando las defensas europeas occidentales. Cada Presidente de los Estados Unidos, al visitar Europa Occidental ha sido tratado con manifestaciones tan hostiles, que un espectador desprevenido pensaría que se trataba del peor enemigo que había tenido Europa.

Es cierto que a menudo el pueblo muestra mejor juicio que las elites y los activistas. En 1982, una encuesta reveló que todos los pueblos del occidente de Europa, excepto el español, creían que el crecimiento del potencial militar soviético era más importante para explicar la tensión internacional que el crecimiento del potencial militar de los Estados Unidos. (Esto también tuvo, sin embargo, su aspecto cómico: por un margen de 45 a 21 por ciento, el pueblo francés creía que las tasas de interés norteamericanas y el papel del dólar en las finanzas internacionales son causas mucho más serias de tensión que el creciente arsenal de la URSS).

A pesar de que la percepción del poder soviético ha mejorado y de que, a partir de 1981, ha quedado más clara, o quizás debido al realismo de esa percepción, la

mayoría de los europeos, y no sólo los pacifistas militantes, dijeron que si sus países eran invadidos, preferían someterse que resistir. En otra encuesta, a la pregunta de "Si el ejército soviético invade Francia, ¿cree Ud. que el Presidente de la República debe iniciar inmediatamente conversaciones de paz con la Unión Soviética?", el 63 por ciento de los franceses respondieron: "Sí", el 7 por ciento se mostraron partidarios del uso de armas nucleares, y el 31 por ciento opinaron que Francia debía luchar, pero sin emplear sus misiles nucleares.

Ahora bien, uno puede preferir la esclavitud a la muerte. Pero también podemos evitar el ponernos en una situación en la que esa escogencia siniestra sea lo único que nos quede. Sin embargo, la voluntad de evitar tal situación es precisamente lo que parece faltarle a Occidente. La implacable "ofensiva de paz" de los soviéticos tiene, por consiguiente, todas las probabilidades de triunfar, esto es, de persuadir a Occidente y al resto del mundo de que acepten la inferioridad militar permanente, configurando esa inferioridad como una garantía absoluta contra la guerra.

Cualquier persona normal, naturalmente aborrece la idea de la guerra y, por supuesto, este sentimiento interfiere en la información pública más apropiada acerca de la estrategia, como si la información misma fuera peligrosa. Pero la "paz" soviética es sinónima de subyugación, para la cual Occidente ya está siendo condicionado psicológicamente, y su prosecución continuada conducirá por etapas imperceptible a un estado de satelización no declarada pero total. Aun las armas económicas, para no mencionar la disuasión militar, han sido prohibidas para Occidente, o más bien Occidente se ha prohibido a sí mismo el usarlas. Esta negativa a aplicar sanciones económicas enérgicas a la Unión Soviética debe haber infundido inmensa seguridad a los hombres del Kremlin. Y si Occidente ya no puede acudir a una disuasión estratégica creíble, o a las armas económicas, ¿qué queda para impedir a la Unión Soviética el continuar pisoteando la soberanía de otros países, otros continentes, el mundo entero?

La conclusión práctica que los líderes comunistas sacan de la pasividad militar y económica de Occidente es que pueden muy bien continuar haciendo lo que han estado haciendo hasta ahora. Jean-François Deniau, ex-ministro del gabinete de Giscard d'Estaing, refiere haber escuchado a un funcionario soviético decir:

Tomamos Angola y ustedes no protestaron. Hasta vimos que podían habernos batido en Angola —el gobierno estaba de parte nuestra, pero estaba a punto de rendirse— y ustedes no hicieron nada por ganar; todo lo contrario. Y cuando, para salvarnos enviamos 30,000

soldados cubanos, el Embajador Andrew Young, miembro del gabinete norteamericano, dijo que ese era un paso positivo y un elemento de estabilidad. Muy bien, observamos el hecho y lo incluimos en nuestros análisis. Entonces tomamos Mozambique. Olvídense, ustedes ni siquiera saben dónde está. Luego tomamos Etiopía, una jugada clave. Abí observamos nuevamente que ustedes podrían haber replicado a través de Somalia o Eritrea, o de ambas. Cero respuesta. Notamos eso y lo pusimos en nuestros análisis. Luego tomamos Aden y establecimos abí una poderosa base soviética. ¡Aden, en la Península Arábiga! ¡En el propio corazón de los suministros de ustedes! Cero respuesta. Por lo tanto, notamos que podíamos tomar Aden.

En el curso de las relaciones entre el mundo comunista y el democrático, la pregunta de cuál destruirá al otro siempre ha sido oscurecida en el campo democrático por temas colaterales adventicios. Los líderes comunistas nunca han disimulado su creencia de que esta es la única pregunta que cuenta y que ellos están decididos a responderla con una victoria comunista total. Piensan que ningún compromiso temporal puede alterar el fallo final de la historia.

Si el pueblo de Occidente encuentra duro pensar en una lucha implacable entre las dos formas de sociedad, si a veces no piensa siquiera en eso, es en parte porque la causa socialista fue forjada dentro de las mismas democracias en el siglo XIX, como progenie propia que después se volvió componente independiente de la vida política. Tenemos dificultad en entender que el heredero presunto de esta progenie, el comunismo del siglo XX, ha asumido la misión histórica de destruir a la democracia de la cual provino. Persistimos en mirarlo solo como otra persuasión política que puede haberse degenerado, pero que puede enmendar su camino, calmarse, participar algún día en un concierto global. Pensar otra cosa, creemos nosotros, peca de intolerancia. Desgraciadamente, las democracias no están dictando las reglas de este juego. Los comunistas en manera alguna comparten la preocupación por la tolerancia y la coexistencia de los sistemas.

El comunismo se considera a sí mismo en guerra permanente con el resto del mundo, aunque de vez en cuando tiene que aceptar un armisticio. Esto no es nada de qué indignarse. Simplemente tenemos que reconocerlo; porque si no lo hacemos, obviamente no podemos comenzar a tomar medidas políticas contrarias adecuadas. La guerra de los comunistas la libran de varias maneras. Si es necesario, esto incluye la acción militar, pero para los líderes comunistas todas las formas de acción forman parte de esta guerra, comenzando con las negociaciones, o por lo menos con su concepto particularísimo

de las negociaciones.

En su mentalidad, el objetivo de las negociaciones no ha sido nunca llegar a un acuerdo duradero, sino debilitar al adversario y prepararlo para hacer ulteriores concesiones alimentándole la ilusión de que las nuevas concesiones serán las últimas, las que acarrearán estabilidad, seguridad, tranquilidad. La propaganda de "paz" de los soviéticos, que para ellos significa convencer a otros de no defenderse, siempre lleva por debajo una amenaza de guerra, de intimidación implícita que explota nuestro temor muy justificado de un cataclismo atómico. Esta demanda beligerante de paz tan sólo incita a las democracias a comprar su seguridad con esclavitud; es una manera muy sutil de decir "ríndete o desaparece". Se le ha llamado "ataque por medio del pacifismo".

Debido a que en su sistema político, como en su política exterior, el comunismo está encontrando cada vez mayor desaprobación, los líderes comunistas ya no confían mucho en la miel para atraer a sus futuras víctimas (excepto, quizás, en algunos países mal informados del Tercer Mundo). Habiendo cesado de tratar de seducir incautos con la simulación de representar ideales izquierdistas, se están quitando la máscara y están usando la pura fuerza. A diferencia de los líderes occidentales, que se sienten atormentados por el remordimiento y la sensación de culpa, los líderes soviéticos tienen conciencia, perfectamente clara, que les permite usar la fuerza bruta con pasmosa serenidad para conservar el poder interno y para extenderlo en lo externo.

Muchos en Occidente se sienten tranquilos por las debilidades internas del comunismo, especialmente su ineficiencia económica. Pero yo, por lo menos, me siento más asustado que tranquilo por esas debilidades. Un sistema que ha llegado a ser tan fuerte a pesar de tantas fallas; que cada vez domina más el mundo, aun cuando nadie quiere nada con él, por lo menos no lo quiere la mayoría del pueblo de los países que trata de penetrar; y que, donde está en el poder, todo el mundo, excepto la nomenclatura, ansía que desaparezca. Este sistema debe encarnar un principio de acción y una monopolización del poder más efectivos de lo que la especie humana ha conocido jamás. El comunismo y el imperio soviético no tienen precedente en la historia. Ninguno de los conceptos clásicos que hacen inteligible el pasado explica el imperialismo comunista. El imperio soviético no sigue la curva expansionista en forma de campana de los imperios anteriores. Y sin embargo, las democracias persisten en creer que ese imperio por sí mismo caerá en decadencia y que inevitablemente se volverá más moderado.

La verdad es, sin embargo, que entre más dura el comunismo soviético, más expansionista se vuelve y es

más difícil controlarlo. Otros estados comunistas, especialmente Cuba, Vietnam y Corea del Norte, han demostrado propensión similar hacia la conquista. Porque el comunismo está mostrando señales de deterioro y sufriendo reveses, no hay que concluir que volverá a la senda de la paz. Pocos otros imperios tuvieron que enfrentarse a tantas rebeliones nacionales y populares, excepto cuando se estaban desintegrando, como lo hace el imperio soviético desde el año 1953. Pero las ha soportado y las ha sofocado sin destrozarse. Y estas dificultades no han mermado en lo mínimo su ímpetu expansionista.

Con frecuencia, una parte o todo el reinado de un gobernante soviético se ve perturbado por serios contratiempos. Esto sucedió en tiempos de Stalin de 1925 a 1935, sucedió durante el reinado de Khrushchev, quien por un momento pareció estar cavando la sepultura del imperio, y en los años inmediatamente siguientes a su caída: el rompimiento con China, la pérdida de Albania, la neutralidad de Corea del Norte y Vietnam en la disputa Moscú-Pekín, las insurrecciones de Polonia, Hungría y Checoslovaquia, la nueva indiferencia de Rumania, las grietas en la Internacional Comunista. Sin embargo nunca el imperio se expandió tanto o incrementó su poder militar tanto como en los años que siguieron a este período crítico.

Entre más nos acercamos al final de este siglo, más se vuelve el imperialismo comunista el principal problema de nuestro tiempo. Ninguna otra amenaza a la libertad del mundo ha durado tanto. Otros sistemas totalitarios fueron derrotados o simplemente abatidos por viejos. En muchos otros países infelices que han estado o están todavía gobernados por dictadores, democracia y dictadura —o por lo menos formas adulteradas de dictadura (y democracia)— han irrumpido y se han retirado como las mareas. Sólo el totalitarismo comunista es a la vez duradero e inmutable.

A la pregunta de qué deben hacer los países no comunistas, estoy tentado a reponder acudiendo a Demóstenes: "Algunas personas", dijo él, "piensan que pueden dejar perplejo al orador que está en una tribuna, si le preguntan qué debe hacerse. A esos tales yo les daré la que creo la más adecuada y veraz de las respuestas: no hagáis lo que estáis haciendo ahora".

Esta no es una respuesta tan somera como parece, aun para los problemas de hoy día. En realidad, ¿qué podemos hacer? continuar con lo que hemos estado haciendo garantizaría el avance continuado del totalitarismo, porque, como lo ha mostrado la experiencia, este no será detenido por sus propias debilidades y fallas internas.

Una segunda opción se basa en la esperanza de que la Unión Soviética cambiará de ruta voluntariamente si le reconocemos su sitio bajo el sol y mostramos claramente a través de concesiones que no tenemos intención de atacarla. Anclada a la coexistencia pacífica y a la detente, esta opción ha demostrado hasta la saciedad que es perjudicial y garantiza ulteriores discusiones. Pero puesto que todavía tenemos que descartarla, sólo puedo alertar a la gente a no contar con ella para salvarnos. Nos mantendrá fuera de la guerra, pero nos sumirá en la subordinación o la esclavitud.

Una tercera alternativa propuesta y que revive — ¡horror de horrores! — la “guerra fría”, que tantas veces hemos amonestado no iniciar, en realidad no existe, pues nunca ha habido una guerra fría. Lo que se ha dado por llamar guerra fría ha sido simplemente una versión amortiguada de detente que ciertamente no ha alcanzado su meta teórica de “contención”. Las democracias egoístamente pensaron en usar el detente para garantizar su propia seguridad suscribiendo tratados que final y oficialmente confirmaban la subyugación de los pueblos que ya estaban bajo la dictadura comunista. En esto han fracasado. Lo único que se ha logrado hacer es abandonar a esos pueblos esclavizados en poder de sus amos. Cuando estaba siendo canjeado por un comunista chileno, el disidente soviético Vladimir Bukovsky encontró un símbolo cruel de esta complicidad: “El de la Cheka (policía secreta) que me quitó las esposas, observó para edificación mía: ‘A propósito, estas esposas son americanas’. Y me mostró la marca. Como si yo hubiera esperado todo este tiempo para enterarme de que desde que los soviéticos tomaron el poder, o poco después, Occidente nos ha estado proveyendo de esposas para ahorrarnos, literalmente y en sentido figurado”.

No obstante esta complicidad no nos ha proporcionado la seguridad que esperábamos de ella. Nunca fueron las democracias más vulnerables, nunca estuvieron más confundidas y más expuestas a las acometidas del imperialismo comunista que cuando terminó el llamado período del detente. Los años a partir de 1981 han sido especialmente trágicos, llenos de confusión sembrada en el campo democrático por los asuntos de Polonia y Afganistán, por la aceptación gradual y sin resistencia por par-

te de las democracias de la superioridad militar soviética, a pesar de la manera cada vez más amenazadora, de descarada extorsión y brutalidad con que el Kremlin les habla.

Algunos pensadores responsables son bastante pesimistas para creer que Occidente se ha vuelto tan dócil que ya no puede dar la voz de alto sin arriesgarse a la guerra. Yo he llegado a la conclusión opuesta. Estoy convencido de que los soviéticos son firmes en mantener su superioridad nuclear sobre Europa Occidental como una manera de aumentar su presión sobre nosotros sin verse arrastrados a una guerra general, mientras gradualmente van desuniendo a los Estados Unidos del continente europeo. Así pues, el disuasivo nuclear de Occidente sigue como garante principal de la paz que ha demostrado ser en los pasados treinta y cinco años. Tampoco la nomenclatura quiere morir.

Una vez que este primer punto es bien comprendido, y produce la actuación que corresponde, el segundo punto de una política exterior digna sería responder a cualquier invasión soviética con represalias inmediatas, principalmente económicas, y no hacer concesiones sin otras recíprocas, equivalentes y palpables. La política exterior revisada del mundo libre debe y puede tener un objetivo preciso: hacer que los soviéticos entiendan de una vez por todas que la condición previa irrevocable para reanudar las negociaciones y otorgar concesiones de cualquier especie es un alto definitivo al imperialismo comunista en todas partes del mundo.

Activar esta nueva política, que realmente no sería más que un regreso a la diplomacia normal, presupone una reconversión intelectual casi total de Occidente, una comprensión sana —por fin— de lo que es el comunismo y cómo trabaja, y una armonización y coordinación sin precedentes de la política entre todas las democracias. Esto equivale a decir que aunque esa desviación de nueva diplomacia aparece objetivamente posible, me parece altamente improbable debido a la frivolidad intelectual, indecisión y desacuerdo de los hombres llamados a plicarla. . Y es por eso por lo que temo que la democracia no podrá sobrevivir a los años finales del siglo XX.

EL GRUPO DE CONTADORA

Origen, características y relaciones con la política exterior de Costa Rica.

Fernando Volio Jiménez

El comienzo: La Cancillería costarricense se entera por medio de la prensa de la Constitución del Grupo de Contadora.

El 10 de enero de 1983 me sorprendió la noticia acerca de una reunión en la isla Contadora, Panamá, que habían celebrado durante cuatro días los Ministros de Relaciones Exteriores de Colombia, México, Panamá y Venezuela, con el propósito de participar conjuntamente "en posibles nuevas acciones" en relación con el "complejo panorama existente en América Central". A la noticia de la prensa siguió el recibo del "Comunicado Conjunto" de los cuatro Cancilleres, enviado a mi Despacho por la Embajada de México en Costa Rica.

Mi estupor y disgusto fue grande. Me ocupaba en esos días de proseguir las gestiones conducentes a poner en práctica las decisiones de la Conferencia de Cancilleres efectuada en San José, en octubre de 1982, precisamente para desarrollar una acción diplomática que encontrara salidas políticas al conflicto centroamericano. El "Acta Final" de la Conferencia contenía un "Plan de Paz" y la constitución de un "Foro Pro Paz y Democracia", que los Cancilleres aprobaron como instrumentos para alcanzar su objetivo. La formación del Grupo de Contadora, como se le llamó desde entonces, tenía sin duda alguna, un deliberado propósito de interponerse al Plan y al Foro, porque creaba confusión, duplicaba esfuerzos y dispersaba la atención de diferentes iniciativas de paz, cuyo análisis el Foro se proponía realizar. Lo más significativo resultaba ser que Colombia había firmado el "Acta" de San José, Panamá había decidido asistir a la Conferencia como observador y México y Venezuela habían sido invitados, aunque no participaron. El primero no quiso asistir por cuanto —así me lo comuni-

* Conferencia pronunciada en el Centro de Investigación y Adiestramiento Político-Administrativo (CIAPA). Con ella se inició el ciclo de conferencias llamado "Conferencias sobre el Proceso Contadora" efectuado del 10 al 12 de julio de 1984.

có personalmente la distinguida Embajadora Saldívar— no habían sido invitados todos los países del área (nicaragua y Guatemala no habían sido invitados porque sus gobiernos no contaban con la legitimación de procesos electorales). Para mí resultó obvio que la negativa de México a participar se debía a la ausencia de Nicaragua, así como a la presencia de los Estados Unidos. Venezuela, que había decidido concurrir por decisión del señor Presidente Herrera Campins y del Canciller Zambrano, que me la comunicaron personalmente, cuando los visité en setiembre de 1982, se excusó 48 horas antes, por cuanto el Canciller debía atender la cuestión de Guyana en las Naciones Unidas. Me sorprendió la excusa por cuanto en setiembre Venezuela sabía ya cuándo lo de Guyana se vería en la Asamblea General de N.U. Sospeché, por tanto, que México estaba detrás del nuevo grupo. Su influencia, entonces, ha sido determinante en sus actividades desde el inicio, hasta la fecha. Por supuesto, traté de averiguar qué había pasado. Llamé al Canciller colombiano Rodrigo Lloreda, y le pregunté cuál había sido el origen del Grupo y por qué se había excluido de la reunión de Contadora a Costa Rica, cuyo liderazgo él conocía bien. No supo dar una contestación satisfactoria y sus comentarios evasivos resultaron elocuentes. Sin revelar de quién había sido la iniciativa, me dijo que la reunión tuvo un carácter espontáneo e informal. No satisfecho, y para formalizar nuestra reacción, instruí a nuestro Embajador en Bogotá para que visitara al Canciller Lloreda e indagara más sobre el asunto. Sus respuestas no ayudaron a esclarecer la extraña actitud colombiana, aunque el Canciller reiteró su apoyo a las gestiones de paz de Costa Rica, (por cierto, el Ex-Presidente Turbay Ayala —liberal— había firmado la Declaración de Jefes de Estado, el día de la toma de posesión del Presidente Monge, donde se hace mención a tales gestiones, que constituían el germen del Foro). Parecidas gestiones hice ante el Canciller Amado, de Panamá, sin resultados satisfactorios, hasta que lo visité para estrechar los lazos entre nuestros países, y al comentar lo de Contadora me dijo que Costa Rica había sido excluida "porque estaba

involucrada en el conflicto, por pertenecer a la región". El también alabó el empeño que mi Despacho ponía en la promoción de la democracia en Centroamérica. De Venezuela no logré tampoco ninguna luz acerca de lo acontecido. México abundó en evasivas similares a las de los otros. Panamá no se autoconsidera parte de la región.

México detrás del grupo:

Apoyo al sandinismo, oposición a los Estados Unidos

De esta indagación, así como del examen de documentos anteriores y del propio Comunicado Conjunto de Contadora, se desprende que el Plan de Paz y el Foro de San José contrariaban la política mexicana, desde el punto de vista de su apoyo a la revolución sandinista y a la guerrilla salvadoreña, lo mismo que su oposición a la política norteamericana en Centroamérica (a los Estados Unidos los invitamos a la reunión de octubre, precisamente por su interés en la democracia en el área). Además, la lectura del Comunicado Conjunto de Contadora revelaba la influencia mexicana, por su estilo y contenido (sus temas son característicos de la política mexicana, más que de la de los otros miembros del Grupo).

Aunque el objetivo principal era Centroamérica y sobre todo —para México—, la legitimación del proceso sandinista, el Comunicado se refirió a otros temas. Por ejemplo: "Con relación a la próxima Reunión del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No-Alineados, a celebrarse en la Ciudad de Managua, Nicaragua, del 10 al 14 de enero del año en curso, los Cancilleres destacaron la importancia que tiene el Movimiento para las naciones en vías de desarrollo. Se expresaron los mejores deseos por el desenvolvimiento exitoso de dicha reunión, convencidos de que las conclusiones finales habrán de constituir elementos propicios para lograr soluciones equilibradas y constructivas a los problemas regionales". Esta es, por supuesto, una clara proposición mexicana para inmiscuir a Cuba y su club marxista-leninista en los asuntos centroamericanos. Y lo más sorprendente, lo que tiene una pesada carga de cinismo, es que en un párrafo anterior, el Comunicado expresa lo siguiente: "Los Cancilleres examinaron el Complejo panorama existente en América Central, así como los procesos políticos que se llevan a cabo en el área, su interrelación y sus consecuencias para la estabilidad y la paz en la región. Al expresar su profunda preocupación por la injerencia foránea —directa o indirecta— en los conflictos de América Central y al advertir que resulta altamente indeseable inscribir dichos conflictos en el contexto de la confrontación Este-Oeste, coincidieron en la necesidad de eliminar los factores externos que los agudizan". ¡Qué contradicción! ¡Qué oblicua manera de abogar en contra de la

presencia de los Estados Unidos y en favor de Cuba y la Unión Soviética! Además, con un aplomo digno de mejor causa, se olvidaron los Cancilleres que el "Acta" de San José estableció la necesidad de que toda presencia extranjera se alejara de la región, pero no sólo la que buscaba —y busca— la toma del poder por la fuerza y en favor del eje Moscú-La Habana-Managua, lo mismo que promueve los fines de quienes contemporalizan con él.

Los Cancilleres no se quedaron en las anteriores recomendaciones en favor del "no-alineamiento". Agregaron que coincidían "en la importancia de ampliar la participación de las naciones latinoamericanas en el Movimiento de los Países No-Alineados, sea como miembros o como observadores, porque ello garantizaría mejores sistemas de consulta, diálogo y negociación y fortalecerá las bases del No-Alineamiento y el Pluralismo Político".

El comunicado se refirió a otros temas de relleno, tales como la reordenación del sistema económico internacional, la contracción del comercio mundial, la prevalencia del proteccionismo en países industrializados, la importancia del SELA y la relevancia que tendrían las reuniones próximas de Cartagena, Buenos Aires y Belgrado de los 77, pero incluyeron uno de fondo por su claro mensaje hegemónico: "Reiteraron su decisión de seguir contribuyendo al fortalecimiento económico de los países centroamericanos y del Caribe, a través de iniciativas como el Programa de Cooperación Energética auspiciado por México y Venezuela y el Plan de Cooperación Financiera que adelanta Colombia". ¡Qué sutileza!

México buscó apoyo en todos los rincones de la Tierra.

El plan mexicano estaba bien coordinado. Después del Comunicado de Contadora, la reunión del Buró de Coordinación de los Países No-Alineados que se celebró en Managua del 10 al 14 de enero, brindó "apoyo especial a las propuestas definidas en la reunión de los cuatro Cancilleres en Contadora, relativas al logro de una solución política para la crisis en América Central". En febrero 24, los Cancilleres de Colombia, México y Venezuela, más el Viceministro de Relaciones Exteriores de Panamá, aprovechan la reunión ministerial del SELA en Cartagena y publicaron que habían pasado revista a la situación centroamericana y analizaron posibles acciones conjuntas. Del 7 al 12 de marzo, la Séptima Conferencia de Jefes de Estado o Gobiernos de los Países No-Alineados, efectuada en Nueva Delhi, India "al examinar la tensa situación imperante en América Central, encomia la iniciativa presentada por Colombia, México, Panamá y Venezuela". Continúa así la promoción de Contadora que tantos dividendos les traerá a los cuatro para su política exterior. El 10 de abril, la Internacional Socialista

reunida en Albufeira, Portugal, aprueba una resolución sobre América Latina y el Caribe, en la que respalda “las gestiones emprendidas” por el Grupo de Contadora “en favor de la paz”. El 11 de abril, los cuatro de Contadora se reúnen en Panamá y deciden efectuar una visita conjunta a las capitales de los países de la región, “con el propósito de realizar consultas en torno a la situación prevaleciente”. El día 15, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia emite un boletín de prensa, en el cual “el Gobierno de Suecia subraya que deben ser buscadas soluciones políticas para los conflictos de Centroamérica, los cuales tienen su origen en disparidades sociales y económicas. . . y expresa su apoyo a las distintas iniciativas de paz tomadas por los países latinoamericanos, entre otros los que pertenecen al llamado Grupo de Contadora”. El 18, el Canciller Aguirre Lanari, de Argentina, comunica al Canciller de Panamá la adhesión de Argentina “a los principios proclamados en el Comunicado Conjunto de Contadora el 9 de enero”. El 20, el Consejo de Ministros de España publica una declaración en la cual “valora muy positivamente el esfuerzo conjunto” de los cuatro de Contadora, “acerca de los gobiernos de la zona centroamericana, a fin de buscar soluciones justas y razonables”. El 25, un boletín de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Egipto hace resaltar que el Ministro de Estado Boutros Ghali expresó la Embajadora de México, quien le ofreció un informe sobre los esfuerzos del Grupo de Contadora, el “interés de Egipto así como su aprecio a todos los esfuerzos que se hacen en aras de la paz en Centroamérica”. El 26, el Canciller de Ecuador emite una declaración en la que formula un “fervoroso llamado para que se colabore con la acción emprendida por el Grupo de Contadora”. El 27, un vocero oficial asegura que la iniciativa del Grupo de Contadora cuenta con la comprensión y apoyo de ese país. El 29, el Consejo de Ministros de Francia afirma que ese país “apoya las gestiones del Grupo Contadora por un diálogo constructivo en favor de la paz estable y duradera en América Central”. El mismo día, el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, “apoya los esfuerzos del Grupo de Contadora por encontrar una solución negociada a la actual crisis centroamericana”. También el 29, el Presidente Figueiredo de Brasil, al finalizar una visita de Estado a México, expresa su “apoyo a las acciones emprendidas por el Grupo de Contadora”, y políticos e intelectuales que asisten en Madrid al Encuentro Iberoamericano en la Democracia, respaldan la acción mediadora de dicho grupo.

Características del grupo

De esa manera, en tres meses, el plan mexicano es lanzado y Contadora se convierte, desde entonces, en una panacea más peligrosa que otras porque, debido a su

sesgo original, la desorientación que desde el inicio causó en la comunidad internacional democrática, resultó en un obstáculo mayor para que se comprendiera la verdadera naturaleza del problema centroamericano y el verdadero papel de Contadora, que al principio se presentó como un simple vehículo de contacto entre las partes, sin asomo de intenciones mediadoras, incluso sin el carácter de buenos oficios, según reiterada manifestación de los miembros de dicho grupo, ni por supuesto, sin la intención de suplantar los mecanismos establecidos de la OEA para el arreglo pacífico de conflictos. Lo que, sin embargo, en la práctica fue negado por la actitud y los procedimientos adoptados por el Grupo. A pesar de la resistencia de los participantes centroamericanos, Contadora, desde el comienzo de sus actividades se convirtió en un factor de presión para forzar soluciones, suplantar las instituciones jurídicas interamericanas y colocar en la órbita de las Naciones Unidas los mecanismos ad hoc que impulsaba e impulsa.

¿Qué hacer con Contadora? Una decisión espinosa.

Para la política exterior de Costa Rica, un nuevo Grupo constituyó un serio obstáculo en el desarrollo de su estrategia para Centroamérica. Al llegar al Gobierno, lo que allí ocurría afectaba profundamente al sistema democrático costarricense, hasta el punto de amenazar la seguridad misma del país. Mi inclinación natural era hacia el mundo amplio y excitante de las Naciones Unidas, con su universalismo creciente, novedades constantes e ilustrativas y hasta su sofisticación, adversaria del parroquialismo embotador. Pero la realidad me situó en nuestra región y sus problemas. Desde el inicio, en el borrador que preparé para la declaración que el 8 de mayo de 1982 firmarían en San José los Jefes de Estado y de Gobierno, después de la ceremonia del traspaso del Poder Ejecutivo, el tema de Centroamérica fue, con mucho, el dominante. Fuera de la crisis de Las Malvinas y el Bicentenario del nacimiento de Bolívar, más la obligada referencia protocolaria a las atenciones ofrecidas por el país huésped de la reunión, los otros párrafos del Comunicado Conjunto se refirieron a los acontecimientos en la región. En dicho documento que firmaron los Presidentes de Panamá, Colombia, Venezuela, Honduras y Costa Rica, junto al Primer Ministro de Belice y el representante de la Junta de Gobierno de Nicaragua, se consideraron los siguientes asuntos:

- a.-) La aplicación de los procedimientos pacíficos establecidos por el Derecho Internacional;
- b.-) La indispensable adopción de medidas políticas y económico-sociales para eliminar las tensiones;
- c.-) Ajustar los efectivos militares y equipos bélicos a las necesidades básicas en toda sociedad civilizada

regida por el Derecho;

d.-) El respeto al principio de no intervención y al derecho a la autodeterminación;

e.-) La condena al terrorismo, el tráfico de armas y narcóticos, lo mismo que la exportación de la subversión y los actos desestabilizadores de los gobiernos centroamericanos;

f.-) En los párrafos 6 a 10 se consagraron principios fundamentales para promover la paz con base en la democracia: utilizar los instrumentos del "Sistema Democrático, representativo y participativo"; proteger el ejercicio de los derechos humanos; la "fe inquebrantable" en los procesos electorales pacíficos, periódicos y auténticos, como "fiel expresión de la soberanía popular"; la superación de la crisis económica para "asegurar la estabilidad política y democrática, asiento del desarrollo económico y la estabilidad social" (sobre este punto, por cierto, en Contadora México, al contrario, insistió siempre, durante mi ejercicio como Canciller, que lo primordial no es implantar la democracia, sino atender la cuestión social).

Mi tesis en Contadora le asignó a la democracia la tarea de promover la justicia social, porque es un sistema cuyo fin esencial y superior es ensalsar y proteger la dignidad humana, en todas las esferas de la actividad de las personas. Los dictadores de todo signo siempre tratan de legitimar su gestión con obras económico-sociales, a costa de la libertad. El Canciller Sepúlveda, cuando lo visité en la ciudad de México, al explicarle lo que se proponía Costa Rica con el Foro Pro Paz y Democracia, me dijo categóricamente que se oponía a la promoción de la democracia, porque dicha acción quebrantaría el principio de la no intervención, a lo que repliqué que no se trata de imponer a ningún país un "modelo" democrático, sino de hacer resaltar, solidariamente, las bondades de los principios y las técnicas democráticas, con el propósito de aumentar las posibilidades de defender el sistema frente a los embates del totalitarismo, que no tiene escrúpulos para dar sus batallas. De todas maneras, agregó ahora (lo sabía entonces Sepúlveda, por supuesto), ¿no promueven la democracia los fines de las Naciones Unidas y la Organización de los Estados Americanos? ¿no la promueven también, sin mencionarla, documentos de la categoría de "Pacem in Terris?" De todas maneras, en Contadora, cuando en setiembre de 1983 presenté la propuesta "No hay Paz sin Democracia, No hay Paz sin Libertad", fue México quien inició la reacción contra ella, seguido por Nicaragua. La mayoría, sin embargo, la acogió. Pido excusas por esta disgresión. Sigo con los puntos del documento del 8 de mayo de 1982; aspira a la justicia, la libertad y la paz, para lo cual debía establecerse un diálogo multilateral y permanente, para las cuestiones de común interés. El párrafo II del Comunicado recogió la iniciativa principal de Costa Rica. Me parecía que nuestro Gobierno debía asumir un liderazgo en la

búsqueda de medidas prácticas que pudieran hacer cristalizar diferentes iniciativas de paz, que andaban rondando sin que se les prestara la debida atención y se les analizara en conjunto. Por eso el Comunicado del 8 de mayo de 1982 expresó que los Presidentes "pusieron de relieve los aspectos positivos que tales propuestas contienen, así como la conveniencia de su seguimiento procedimental con medidas como las presentadas por el nuevo Gobierno de Costa Rica, tendiente al establecimiento de un grupo de buenos oficios". Esa fue la semilla del Plan de Paz y del Foro Pro Paz y Democracia adoptados en octubre del mismo año. Ambas iniciativas las promoví en mis discursos ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en octubre, y ante la Asamblea General de la OEA en noviembre, porque a Costa Rica se le dio el mandato de hacerlo. En las dos ocasiones hice resaltar la decisión de los participantes en la reunión del 4 de octubre en San José (con la concurrencia de Colombia, Belice, El Salvador, Estados Unidos, Honduras, Jamaica, Panamá, República Dominicana y Costa Rica) de promover la paz en el área mediante "la instauración de sistemas democráticos, representativos, pluralistas y participativos; el establecimiento de mecanismos de diálogo multilateral y permanente; el respeto absoluto a las fronteras delimitadas, conforme a los tratados vigentes, cuya observancia es el medio idóneo para resolver disputas e incidentes fronterizos, atendiendo también, cuando sea pertinente, las líneas tradicionales de jurisdicción; el respeto a la independencia e integridad territorial de los Estados; el rechazo a la amenaza o al uso de la fuerza para dirimir conflictos; el cese de la carrera armamentista y la eliminación sobre una base de plena reciprocidad de los factores de origen externo que dificultan la consolidación de una paz estable y duradera". Esto último, se expresó en un contexto bien diferente al utilizado por México para pedir lo mismo en cuanto a los factores externos presentes en el área y también con una intención distinta, pues la de ese país, como ha quedado claro —y se ha reafirmado durante el proceso de Contadora, hasta la fecha— era facilitar el desarrollo del esquema totalitario marxista-leninista de Managua por las exigencias peculiares de la política exterior mexicana, en busca de su propia seguridad nacional y sus propósitos hegemónicos.

Asimismo, conforme a mi mandato, había iniciado los preparativos de una reunión en Santo Domingo, República Dominicana, para inaugurar las tareas del Foro, con la concurrencia de sus miembros y de otros Estados como Nicaragua y Guatemala. Además, junto con Honduras, la Cancillería costarricense preparó un primer borrador de un tratado multilateral con el fin de poner en práctica el Plan de Paz de San José.

En esos quehaceres noté, en la OEA, cierta resistencia a incluir a los Estados Unidos en las funciones del Foro y, en general, de las pláticas sobre Centroamérica.

Algunos Cancilleres parecían jugar la política de la ilusión en vez de adoptar la realista, víctimas de la ingenuidad, enfermedad de la democracia timorata. O tal vez la política del petróleo obscurecía demasiado convincentemente los hechos radiantes que apuntaba hacia el peligro que acechaba a todo vestigio de democracia en Centroamérica. Quizás, también, dichos factores, juntos, enervaron la reacción democrática ante la agresividad manifiesta del totalitarismo de izquierda, alerta y preparado para llenar el vacío de poder que empezaba a crearse en la región, con el derrumbe del caduco y abominable *status quo* implantado durante crueles décadas, por el totalitarismo de derecha, vacío que le correspondía llenar más bien, con imaginación y vigor renovadores, a la democracia moderna, progresista y reformista.

La decisión tomada

En todo caso, al surgir en enero del 83 el Grupo de Contadora, me tocaba recomendar la política que seguiría Costa Rica para nuestros propios fines y los de nuestros aliados. Las consultas de éstos no se hicieron esperar. Mis colegas centroamericanos me transmitieron su sorpresa, incertidumbre y malestar, por lo que también les parecía una interferencia inoportuna en planes de los propios protagonistas del conflicto. Yo estaba convencido de que la realidad se imponería: el montaje de Contadora había impresionado a la opinión pública internacional, tranquilizada por lo que parecía una solución viable y al margen del conflicto de las superpotencias. Aceptar a Contadora implicaba, es cierto, que Costa Rica perdería su liderazgo en la búsqueda de paz, pero esto último era lo que en verdad importaba. Recomendé, entonces, darle la oportunidad al nuevo Grupo, percatados del riesgo que se correría y alertas para reaccionar oportunamente si lo temido llegara a presentarse. Algunos, en nuestro Gobierno y en los círculos de sus allegados, aceptaron gustosos desde el principio a Contadora y remendaban que Costa Rica formara parte de él, abandonando a sus aliados en el Foro, para guardar de esa manera una distancia de ellos —incluso, por supuesto, de los Estados Unidos—, en una actitud muy a gusto de la Internacional Socialista, México y los No-Alineados (a la larga impidieron que se reaccionara contra las desviaciones del grupo). Pero yo me incliné por mantener nuestro papel activo en el área. Creí que así contribuiríamos a consolidar al gobierno democrático y amigo del Presidente Suazo, y a darle impulso al proceso democrático de El Salvador. La colaboración entre los tres me parecía indispensable para equilibrar la situación y permitir una salida pacífica y democrática al conflicto. De todas maneras, nuestro liderazgo —avalado por la práctica real de la democracia y como modo también de protegerla— lo

podríamos ejercer dentro del nuevo proceso (como en verdad ocurrió). Claro, en Contadora no abandonaríamos nuestras metas originales, ni Contadora sería la única opción para contrarrestar la ofensiva totalitaria de izquierda, ni tampoco olvidaríamos el riesgo que con Contadora se correría, es decir, la posibilidad de que dicho proceso podría resultar, como México lo había ideado, la legitimación del sandinismo. Sin embargo, mis colegas de Honduras y El Salvador y yo —que compartíamos parecidos puntos de vista en relación con Contadora— hicimos un último esfuerzo para resistir la intromisión de aquel Grupo y proseguir con el Foro. Con ese fin, nos reunimos aquí, en San José, el Canciller hondureño, el Vice-Canciller Salvadoreño y yo, del 23 al 24 de febrero de 1983, “para formalizar un diálogo por la paz” en la región. Declaramos que nos correspondía a los países centroamericanos “asumir la responsabilidad de promover el diálogo y la negociación entre todos los Gobiernos del área. . . que permitan la vigencia de instituciones democráticas pluralistas, mediante una solución global y regional a la compleja situación que nos afecta”. Hicimos ver que desde el año pasado habíamos venido trabajando con perseverancia “a efecto de encontrar el medio más idóneo para lograr tan altos objetivos”, y con tal propósito, considerábamos “de la más alta conveniencia, la realización de una Conferencia de Cancilleres de los cinco Estados centroamericanos, con la participación de otros Estados latinoamericanos interesados en la promoción de la paz y la democracia en la región”.

Con nuestro otro aliado de causa, los Estados Unidos, también cambiamos impresiones. Para ellos la situación era más embarazosa, porque se les excluía adrede del plan de Contadora, pero su responsabilidad los impulsaba a colaborar en el esfuerzo en pro de la democracia en Centroamérica. Para ellos, la exclusión también daba ya lugar a comentarios que lastimaban su prestigio. Así las cosas, visitó Costa Rica, del 3 al 5 de febrero de 1983, la Embajadora Kirkpatrick. En mi Despacho sostuvimos una prolongada conversación, en la cual Contadora ocupó un lugar prominente. Ella, por supuesto, se mostró preocupada por una posible desviación del proceso de pacificación centroamericano y la suerte de la democracia. Al final, me parece que coincidió con mi evaluación de lo que ocurría en el papel activo que yo recomendaba, dentro y fuera de Contadora, para promover la causa democrática. Me impresionaron su penetrante inteligencia y visión política, lo mismo que su realista propósito de recomendarle a su Gobierno vivir —con los ojos abiertos— con Contadora, sin divorciarse de la libertad en Centroamérica. El día 12 de abril los cuatro Cancilleres de Contadora llegaron a Costa Rica para iniciar su rápida gira de “consultas” en la región. El Presidente Monge hizo un lucido relato de lo que ocurría en Centroamérica y las causas de nuestro conflicto con Nicaragua, al tiempo que manifestaba su complacencia por la

buena voluntad del Grupo.

De esa manera, con muchas dudas, pocas esperanzas y fundados temores, empezó para Costa Rica el tortuoso proceso de Contadora, que no parece tener fin aunque ya ha tocado fondo y conviene darlo por termi-

nado, con el propósito de que nuestra política exterior recobre su libertad de acción y le haga frente con nuevas ideas e iniciativas al problema de seguridad.

Curridabat, Costa Rica, 10 de Julio de 1984.

Tomado de *El Militarismo en Costa Rica y Otros Ensayos*
de Fernando Volio Jiménez. Ed. Libro Libre, C.R. 1985

ELENA ARELLANO, TURRIS EBURNEA DE GRANADA

Jorge Eduardo Arellano



FENIX

Hace 57 años murió doña Elena Arellano y las pequeñas biografías que ha inspirado no bastan para esclarecer su santidad.

Es de notar que quienes la conocieron y han sobrevivido penosamente a los riesgos de la vida y de los años aceptan respetuosos su permanencia en el seno del Eterno: Una sobrina de ella, mi tía Julia —muerta recientemente como se mueren las palomas— me regaló una vez la oración copiada de su memoria que Mama Elena rezaba hincada.

Esta oración, repetida en innumerables noches de vigilia y penitencia, explica a las claras lo difícil que es, por el amor que Dios tiene a los hombres, que el alma se condene a fuego interminable. La carta de un pariente informándome la muerte de la tía Julia, vino hace poco a mis manos.

Pero el día de su muerte escribía una carta para ella, donde le suplicaba me mandara la oración que Mama Elena pronunciaba como un bello poema de amor, porque la había perdido en mis viajes.

Ahora esta coincidencia me conforta, pues confirma que el Fenix no es solamente una leyenda; que el alma es como las flores que mueren y florecen cada día, aunque las estrellas soñadoramente las ignoren.

13 de Marzo del 68

F. de A.F.A.

I. La conmemoración cincuentenaria.

El 10 de Octubre de 1961 circulaba en la ciudad de Granada una hoja suelta revelando que cincuenta años atrás había sido llevado en apoteósica procesión fúnebre el cadáver de la noble dama Doña Elena Arellano. La volante, suscrita por un comité, agregaba: *Hace veinticinco años sus restos fueron traídos en procesión triunfal del Cementerio al Santuario de María Auxiliadora, para que continuara reposando junto al Altar de Don Bosco, corazón del Colegio que ella fundara. Hoy, al cumplirse las bodas de oro de su cita con la muerte, que fue el principio de su glorificación, Granada vuelve a ella sus ojos para rendirle tributo de amor y reconocimiento, promoviendo la causa de su beatificación, a fin de obtener la amable protección de su alma encendida en caridad por amor a Dios.* Dirigida al Pueblo de Granada, la hoja suelta detallaba un consecuente programa de dos días: el 11 y 12 de Octubre.

En el primero, se comenzaría a las 6.30 am. con una Misa Campal en el Patio de Honor del Colegio Don Bosco o Salesiano, oficiada por el Rvdo. Padre José Dini, primer Director del Colegio, traído por doña Elena; a las 8.00 a.m. las alumnas del Colegio Francés colocarían una Ofrenda Floral en su tumba; de 10 a 12 a.m. las exalumnas del Colegio Francés y del María Auxiliadora distribuirían víveres a familias pobres en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe o Francés, fundado también por doña Elena; y a las 5 p.m. la Corporación Municipal sesionaría en su Salón de Honor, ante el pueblo granadino, disertando sobre las virtudes de doña Elena el notable conferenciante Dr. Manuel Ignacio Pérez Alonzo S.J.

En el segundo día, a las 8 a.m. se concentrarían en el Parque Colón los colegios y escuelas de la ciudad que desfilarían luego desde la Plaza de la Independencia, pasando por la Calle Real hasta llegar a la esquina de Foglia, para seguir hacia la Quinta Avenida Este que, por acuerdo municipal de esa fecha, se designaría con el nombre de Avenida *Elena Arellano*.

Hoy, tras cinco años de proceso revolucionario, el nombre de esta arteria urbana persiste: se conserva en sus placas y guías telefónicas,

al igual que en la conciencia de muchas personas mayores. Más aún: no pudo ser sustituido, como se intentó a finales de 1979, con el de un líder político sudamericano de izquierda. Sin duda, Elena Arellano significaba más para los granadinos que el doctor Salvador Allende. Pero, ¿es realmente conocida su figura? No lo creemos, pese a cierta bibliografía respetable.

II. Fuentes bibliográficas.

Mucho antes de la referida conmemoración cincuentenaria, dos personalidades nicaragüenses la habían destacado como educadora: Josefa Toledo de Aguerri en un número de su *Revista Femenina Ilustrada*, de 1918, y el historiador Francisco Vijil en el folleto aparecido treinta años más tarde: *Elena Arellano: Digno Ejemplo Dentro del Magisterio Nacional*. Pero desde 1898, cuando tenía sesentidós años y le faltaban trece de fecunda labor cristiana, su nombre ya figuraba en varias páginas de la *Historia de la Compañía de Jesús* del Padre Rafael Pérez S.J. Porque ella había sido como una bondadosa madre para los hijos de San Ignacio en Nicaragua, entre 1871 y 1881. O sea durante diez años: desde que los recibió en Granada hasta que les dijo el último adiós en la costa del Lago cuando marchaban al destierro. "*La Compañía de Jesús*—dijo el Padre Manuel Ignacio Pérez Alonso en su conferencia a los cincuenta años del desaparecimiento de la bienhechora de Granada— *Así lo ha comprendido siempre, y agradecida conserva el nombre de Doña Elena en los fastos históricos de la Orden*".

La escritora Toledo de Aguerri consideraba a doña Elena el elemento culminante de la primera época de la educación nicaragüense. "*Su talento y energía*—anotaba en 1918—, *la impulsaron a establecer el primer Colegio de Señoritas organizado debidamente en aquel entonces. . .*", y añadía al final de su artículo, que reprodujo fragmentariamente en su *Enciclopedia Nicaragüense* de 1932: "*Abnegación, piedad, carácter, fueron las ejecutorias con que se presentó al mundo este buen ejemplar de mujer fuerte*".

Por su lado, Francisco Vijil—después de resumir los principales rasgos biográficos de su

no (. . .) no hay ningún tributo consagrado a su memoria tan digna. No hay en ninguna ciudad de Nicaragua una calle —ésta se inauguraría en 1961—, un jardín o monumento público consagrado a su reputado nombre. No hay ni siquiera una modesta escuela de primeras letras en algún caserío de la República que ostente este rótulo: *Escuela Elena Arellano*'' (. . .) He llegado al final de este relato sobre algunos episodios de la edificante vida de doña Elena Arellano, cuya figura es cumbre en nuestra patria, cumbre que quizás ningún otro nicaragüense podrá superar''.

III. Elogios.

¿Figura cumbre de Nicaragua? Hasta cierto punto, o por lo menos en la historia de la enseñanza de Granada, como lo han reconocido sus biógrafos Carlos Cuadra Pasos en 1953, Alejandro Reyes Huete en 1956 y Juan Bautista Alvarez de Arcaya en 1961. El primerc, aludiendo al centro de enseñanza fundado por doña Elena, escribió: *''Una generación de damas granadinas fue formada en ese colegio, y desempeñó gran papel en la cultura de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX''*. Más explícita sobre el citado centro y elogiosa con su fundadora es otra pluma femenina, Josefa Ortega de Huezo, en un párrafo de su ensayo en que valora los aportes de la mujer nicaragüense a lo largo de la historia:

Desde que una mujer, la mujer máxima de Nicaragua, concibió la idea de educar e instruir a sus semejantes y para ello fundó un colegio de niñas en Granada, se operó en el país una verdadera revolución que cambió la faz de la sociedad y de las aspiraciones femeninas. Esa mujer se llamó Elena Arellano. Alma blanca, blancos fueron los frutos de su labor en el mundo. De costumbres sencillas y santas, santificó cuanto sus manos tocaron y cuanta obra emprendió. Ella fue la fundadora del primer Colegio de Señoritas en Nicaragua, abierto en su propia casa, allá por el año de 1870 o 1872 (. . .). El Colegio de doña Elena fue el faro que iluminó un nuevo y más amplio horizonte para la mujer. El Gobierno fijó en él sus miradas, vio el vacío que llenaba y, conociendo su deber, amplió y perfeccionó la obra fundada, con profesores extranjeros, el primer plantel de enseñanza académica para seño-

ritas de Nicaragua.

¿Mujer máxima de Nicaragua? Quizás no para todos los moros y cristianos, pero sí para muchos de los últimos, sobre todo los granadinos y otros nicaragüenses que de alguna manera la han conocido. Pues doña Elena dejó inolvidables huellas cristianas. *''Su amor a Dios y al prójimo —recordó Cuadra Pasos— encendían su corazón y no le permitían reposo. En donde estaba el dolor concurría enseguida doña Elena, al saberlo. Las puertas de su casa nunca se cerraban para los pobres, y su mano trajinaba de su bolsa a la mano tendida del necesitado''*. Además, llegó a ser la abanderada del catolicismo en su tiempo, desplegando una guerra sin cuartel a todo aquello que atentaba contra su intensa fe, de acuerdo a sus ideales y sentimientos.

Uno de sus coetáneos, el doctor Luis H. Debayle, la retrata fielmente en las siguientes líneas de su crónica sobre la visita que, en su compañía, hizo al Papa León XIII: *''Doña Elena Arellano, esto es, la fe, la abnegación, la munificencia, el espíritu cristiano personificado en una mujer que bien merecía el título de Santa''* ¿De santa? ¿O de candidata a la beatificación? Porque hasta ahora sólo se ha sabido que el domingo 31 de Octubre de 1952, celebrando la distinción que recibió el párroco de la Iglesia de la Merced, en Granada, Pbro. Enrique Mejía Vilchez, quien había sido beneficiado en Roma con el título de Camarero adscrito al Papa —o sea asistente a los domésticos de Su Santidad Pío XII—, el entonces Obispo Coadjutor de Managua dijo: *''Está a punto de levantarse el proceso de beatificación de una piadosa señorita de nuestra vieja sociedad, Doña Elena Arellano, cuyas preclaras virtudes han llegado hasta nuestros tiempos como prototipo de mujer fuerte, de intensa vida cristiana, procreadora de obras de caridad y de acción social, que la acreditan para ser sometida su causa a Roma, llenados los trámites del rigor en tales casos''*. En otras palabras, este hecho expresaba la trascendencia del ejemplo de doña Elena fuera de su comunidad granadina. No en vano las virtudes que la enaltecieron en vida, repercutiendo después de su muerte en los muchos y muchas que la trataron de cerca, la habían convertido en una especie de heroína nacional. En algo semejante a Rafaela Herrera, pero superior a ésta, cuyo heroísmo se redujo al

incidental y acertado disparo de un cañón en defensa de la provincia española que entonces era Nicaragua. En cambio, doña Elena se entregó al servicio de los demás, a la apología y propagación cristianas, toda una vida, repercutiendo su labor en el resto del país. “Doña Elena —afirmaba el jesuita Pérez Alonso— *no pertenece más a Granada con exclusividad . . . Doña Elena pertenece a Nicaragua*”.

IV. Testigo de la muerte de su padre.

Elena, nacida el 3 de Noviembre de 1836 y segunda hija del hogar de don Narciso Arellano y doña Luisa Chamorro, fue a los seis años testigo de la muerte de su padre. Este hecho marcaría para siempre su alma. El jesuita Alvarez de Arcaya, recogiendo la tradición oral, lo cuenta de esta manera:

Un día que don Narciso se hallaba en su hacienda de Quimichapa, ubicada en el actual departamento de Chontales, y estando acompañado de su hija Elena, se sintió muy mal. Pade-cía de grandes dolores en el vientre, pues se tra-taba —según parece— de un ataque de apendicitis agudo. Entonces mandó a llamar con toda urgen-cia al Párroco del pueblo de Acoyapa, don Juan Alvarado, muy amigo suyo. El enfermo suspira-ba por la llegada del Padre, porque el peso de sus pecados le oprimía el corazón ante el pensamien-to de tener que presentarse ante el Sumo Juez de vivos y muertos, manchado de pecados. A su hi-ja, que le cuidaba, le preguntaba con ansiedad:

—Ha llegado el Padre Alvarado?

Salía la hija a la puerta de la casa y atisban-do el horizonte, y no viendo a nadie, entraba en el cuarto del enfermo y le decía:

—Papá, esperemos un poco. Ya llegará.

El padre Alvarado no fue remiso. Tan pron-to como llegó el aviso ensilló su caballo y, mon-tando en él, se dirigió a todo galope hacia la ha-cienda. El enfermo se sosegó algún tanto cuando le anunciaron que un jinete se veía a lo lejos ca-mino de la hacienda. Era el Padre Alvarado. Al entrar en el cuarto, el Padre dijo:

—Qué le pasa, mi buen don Narciso, para llamarme con tanta urgencia?

—Don Pedro, me muero, siento que me muero. Aquí tiene un gran pecador, como el Rey David, porque cometí el pecado de David contra Urías, pero como él estoy arrepentido. Me pongo en sus manos para que me prepare a presentarme en el tribunal de Dios, en cuya mi-sericordia confío.

Elena, al oír esta conversación, se retiró del aposento, dejando solos al pecador con el Minis-tro del Señor.

Terminada su confesión, don Narciso se quedó tranquilo y sereno. El mal se fue agravan-do y aquella misma noche entraba en agonía. La hija, en la cabecera, le quitaba el frío sudor que corría copioso de la frente del enfermo mientras el sacerdote le rezaba las oraciones de los agonizantes. Cuando su padre dejó de exhalar el último suspiro, Elena le cerró los ojos y se retiró a llorar profundamente.

La muerte de su padre, con todas sus cir-cunstancias, le hizo ver la vanidad en las cosas de este mundo. Así, a los quince años tomó la firme resolución de entregarse por completo a Dios nuestro Señor para no vivir más que para El, e hizo en privado el voto de castidad y de pobreza.

A partir de esta decisión, poco se sabe con certeza de la vida de Elena Arellano hasta 1872 cuando estableció en su casa de habitación una Escuela para Señoritas. Entonces tenía treintidós años y no pocos de haber sido educada, en un ambiente arraigadamente cristiano o católico, primero por su abuela María de la Paz Castillo y por su madre Luisa Chamorro después. Había recibido también su parte correspondiente a la cuantiosa fortuna heredada de su padre. El representante o defensor de ella y sus hermanas Julia y Beatriz en los trámites legales, como se dijo en su oportunidad, era Fruto Chamorro, caudillo por antonomasia de la oligarquía grana-dina y pariente cercano de su madre.

V. La escuela de señoritas y su labor educativa

Pasada la *Guerra Nacional*, Elena comenzó a entregar su juventud —tenía 20 años en 1856— a Dios y al prójimo. *“A medida que florecía —escribe Cuadra Pasos—, se afirmaba más en la convicción de que debía renunciar al mundo. No tenía convento a la vista —habían sido suprimidos en Centroamérica desde 1830—, como las patricias romanas de la época del ascetismo del siglo cuarto, para refugiarse en él, contra las seducciones de la sociedad. Pensó entonces en resguardar su consagración en una forma individual, y dentro de una disciplina propia, mantenida por la oración y el constante ejercicio de la caridad. Era rica, agraciada y por tanto solicitada. Pero su resolución inquebrantable fue de estar libre y lista para seguir a Jesucristo. Había leído en San Juan Crisóstomo que la virginidad, como sólo tributo rendido a Dios, no tenía mayor valor, cuando no la seguía la práctica de la misericordia y de la limosna. El mundo difícilmente comprende esta clase de desprendimiento. Su plan consistía, como aconsejaba San Jerónimo a una patricia romana, en contraer alianza con la señora pobreza y procurar envejecer en sabiduría. Doña Elena recogió ese consejo de San Jerónimo. Resolvió vivir como pobre, pero no abandonó la administración de su capital, que tuvo como propiedad de Dios confiado a su dirección, pero no para su propio gozo”.*

Viviendo como pobre y dándose a los pobres a través de la práctica desbordante e inagotable de la caridad, no podía pasarle inadvertida —por otra parte— la ignorancia de la época, y con más razón la de los miembros de su estrato social. Así decidió ampliar su apostolado al combatir la falta de instrucción ejerciendo la enseñanza rudimentaria —Lectura y Escritura, Aritmética Elemental y Catecismo— que impartía, en algunos hogares de la ciudad, a niños ricos y pobres. Pero su vocación de maestra y ante todo su solidaridad de clase, le condujo a extender esa enseñanza tradicional, más elevada y sustanciosamente, a las futuras mujeres de Granada. Para ello, abrió de su propio peculio el primer centro de enseñanza para niñas del país.

Josefa Toledo de Aguerri afirma que dicho

centro poseía internado, división de clases (en alumnas mayores y menores) y estudio memorioso de libros de textos. En realidad, el programa de instrucción primaria abarcaba Lectura y Escritura, Aritmética e Historia, Geografía y Gramática, Moral y Religión, Urbanidad y Labores, enmarcado en el principio de *Amar a Dios sobre todas las cosas*, que dirigía los actos de doña Elena y la sujetaba a imprescindibles deberes y obligaciones. Por su lado, Francisco Vijil informa que poco después del inicio de la Escuela, y constituida en Directora, nombró a las maestras de los tres grados que llegaría a tener. Igualmente mantendría una sección de párbulos a quienes se les mostraba las letras y su dibujo, canto y cortas recitaciones morales. *“Su autoridad y sus palabras mesuradas se impusieron —agregaba Vijil—, por lo cual sus discípulas fueron las que principiaron por llamarle doña Elena, para demostrarle mayor respeto. Así también fue distinguida por todo Granada”.*

Cada final de curso, en la época de los exámenes, preparaba muchos objetos destinados a premios para las alumnas. Ella apreciaba el valor pedagógico del premio, pues sostenía: *“El premio bien empleado en el colegio representa uno de los medios de educación, porque se toma en cuenta el esfuerzo del educando. Nada significa el valor intrínseco del premio cuanto, moralmente, ser llamado a la mesa del tribunal, y que el director del colegio, puesto de pies, haga la entrega solemne del premio al agraciado, en nombre de la Patria agradecida”.* Los premios que entregaba a sus alumnas eran sencillos, entre ellos libros doctrinarios. Yo conservo uno en cuya página anterior a la portada figuran las notas de la alumna: se trata del *Compendio del Catecismo de perseverancia o exposición histórica, dogmática, moral, litúrgica, apologética, filosófica y social de la religión, desde el principio del mundo hasta nuestros días*, por el Abate J. Gaume(. . .) traducido del francés por D. Francisco Alsina y D. Gregorio Amado Larrosa. Barcelona, Librería Religiosa, calle de Aviñó, Número 20, 1877.

Para mostrar el progreso de las niñas, doña Elena invitaba a los padres de familia a que observasen los exámenes públicos de su Escuela gratuita. El 6 de Enero de 1878 se llevó a cabo uno de ellos, sobre el cual comentó mordazmente el escritor Enrique Guzmán, íntimo amigo de

su hermano Faustino: *"A la 1 p.m. voy a presenciar los exámenes de la escuela de niñas de Doña Elena Arellano. Pasé allí dos horas de mortal fastidio"*. Al año siguiente, el 1ro. de Enero de 1879, Guzmán asistía de nuevo al examen correspondiente a otro curso dejando estas líneas en *Diario*: *"Voy a presenciar los exámenes de la escuela privada de la niña Elena Arellano, donde educo a mis hijas"*.

Una de ellas se llamaba Amalia y el 29 de Octubre del mismo año su padre escribió: *"Por la noche voy donde la niña Elena Arellano que me ha mandado a llamar para decirme que no mande a mi hija Amalia a su escuela con la Bibiana porque ésta no le inspira confianza"*. Doña Elena, como se ve, se preocupaba por las niñas hasta en los más mínimos detalles; en este caso: la compañía de una doméstica, probablemente de conducta moralmente dudosa para ella.

Finalmente, Guzmán visitó el mismo centro por tercera vez el 16 de Enero de 1880. En esa fecha sólo consigna el dato: *"Exámenes de la escuela de Doña Elena Arellano. Asisto junto con Faustino Arellano e Ildfonso Vivas"*. Nótese que el satírico escritor ya no se queja del acto público, seguramente por la calidad del mismo.

Simultáneamente, doña Elena facilitaba su casa para que jóvenes pobres se desempeñasen en trabajos domésticos como amasar harina, molar cacao tostado o mezclarlo con maíz. *"Usaban el local de las cocinas —especifica Francisco Vijil—, los muebles que eran necesarios, lo mismo que los hornos. Hacer el bien por el amor a Dios fue el lema de otros actos semejantes en Nicaragua"*. Desde luego, la dama granadina realizaba este servicio porque disponía de una herencia opulenta y como extensión o complemento de su tarea pedagógica limitada a señoritas de las familias principales de Granada.

Otro aspecto fundamental de esta filosofía es el elemento religioso. *"La educación, según doña Elena lo recordaba al comienzo de las clases, es la formación personal del ser para que rinda bienes ulteriores"*. Pero no explicaba inmediatamente, sino ya avanzado cada curso, la razón por la cual exigía la asistencia a Misa todos los domingos, *"ya que si se trataba de formar seño-*

ritas, que después podrían llegar a ser esposas y madres de familia, la intervención de la religión serviría de mucho a la mujer y al hogar". Fortalecida por sus convicciones, agregaba: *"Una educación sin Dios es una educación sin base ni coronamiento, sin alma y sin razón suficiente"*. Y en una oportunidad que cerraba las clases, antes de las vacaciones, se expresó de esta manera: *"La educación obra sobre la inteligencia y la voluntad, y sobre estas facultades actúa la religión de un modo poderoso e insustituible, de tal manera que, si se prescinde de su concurso, la educación queda incompleta"*. De esta forma puntualizaba sus ideas para dejar esbozada la primera teoría de la enseñanza católica en Nicaragua.

La escuela de doña Elena entró en decadencia —como sostiene Josefa Toledo de Aguerri— al surgir en 1882 el *Colegio de Señoritas de Granada*, regido por profesoras norteamericanas y protestantes. Impulsado por el gobierno del General Joaquín Zavala, con el apoyo de los padres de familia de la ciudad, ese centro pionero de la enseñanza pública en Nicaragua tuvo de antecedente, sin lugar a dudas, el privado de la educadora granadina.

VI. El contrato de las hermanas Vicentinas.

Para el año de la fundación del referido *Colegio*, ella era una dama soltera de cuarenticuatro años y ya había promovido el desarrollo de la Compañía de Jesús en el país, expulsada el año anterior de 1881; igualmente, tenía algunos años de haber desempeñado un importante servicio al gobierno de Pedro Joaquín Chamorro: el contrato de las Hermanas de Caridad, o Vicentinas, para laborar en los hospitales de León y Granada.

Como ese hecho es casi desconocido, vamos a copiar el decreto ejecutivo que lo autorizó legalmente: *"El Gobierno, con la presencia de la solicitud que el Señor Ministro (de Hacienda) don Emilio Benard hace a nombre de la Junta de Caridad de Granada, a fin de obtener permiso para que puedan entrar las Hermanas de la Caridad a esta República en número competente para el servicio del Hospital de aquella ciudad (Granada), i en atención que nada es más eficaz para*

colocar dichos establecimientos al nivel de las exigencias de la civilización y el progreso, siendo un deber primordial ocurrir a las necesidades de la humanidad doliente, resuelve: Unico: Se otorga permiso para que ingresen a la República las Hermanas de la Caridad, con los objetos expresados, manifestando que no les pondrán obstáculo alguno en el ejercicio de sus nobles i humanitarias funciones. Comuníquese. León, Junio 4 de 1875. (Rúbrica de su Excelencia) Pedro Joaquín Chamorro”.

Por este documento, pues, ingresaron a los sitios donde fueron asignadas las fieles seguidoras de San Vicer te de Paúl que, desde 1663, tenían Casa Madre en París.

Sin embargo, no fue preciso ir hasta la capital francesa para contactarlas, ya que estaban establecidas en Guatemala. En consecuencia, a la capital de esa República viajó doña Elena en comisión de la Junta de Caridad de Granada, para contactarlas. Así lo hizo a mediados de 1875.

VII. La expulsión de los Jesuitas.

Pero el año de mayor agitación en su vida, hasta entonces, había sido el de la expulsión de los jesuitas: 1881. No vamos a referir las causas y la forma en que se dio ese acontecimiento, pues existe suficiente bibliografía sobre él, sino a destacar el papel que le correspondió en Granada a doña Elena.

En primer lugar, la apasionada señora católica defendió a los jesuitas de las acusaciones oficiales que se les hacían: contribuir a la intranquilidad pública e inspirar levantamientos tumultuosos, como el de Matagaipa en Marzo de 1881. En efecto: a mediados de Mayo del mismo año, convocó al pueblo granadino para suscribir un acta pidiendo al Presidente Zavala que no expulsase a los “padrecitos”. Realmente, intentaba neutralizar otra acta dirigida a la misma autoridad suprema solicitando lo contrario. Al respecto, Enrique Guzmán —testigo de esos momentos— comentó ambas:

“El pueblo llama a las actas en favor de los

jesuitas *Acta de la niña Elena* y a la otra *Acta de Juan Vega*. Para las personas quitadas de ruidos y quebraderos de cabeza, han sido estas manifestaciones motivo de apuros y compromisos. El que firma el *Acta de la niña Elena* se declara enemigo del Gobierno, y el que suscribe el *Acta de Juan Vega* es calificado de hereje y enemigo de la religión”.

(Guzmán por otra parte, anota en su *Diario íntimo* las impresiones que vivían, en esos momentos, sus amigos granadinos. Así, afirma el 8 de Mayo que en la casa de Faustino Arellano “*todas las mujeres sólo hablan de la concentración (en Granada) de los PP. Jesuitas*”; el 14 del mismo mes que el redactor del *Acta de la niña Elena* es el propio Faustino y el 18 que éste “*se manifiesta bastante exaltado con la expulsión de los Jesuitas que todos creen segura*”. También informa que el 19 encontró al Prefecto de Granada, Roberto Lacayo, “*exaltadísimo contra las jesuitas y las Arellanos*”, es decir, las hermanas Luz y Elena Arellano. Luego cuenta el 7 de Junio, día anterior de la expulsión, que en la casa de Faustino su familia “*está medio loca*” y el 10, ya embarcados en el vapor “*Coburgo*” dos días antes, que visitando la misma casa halló a la esposa de Faustino, Luz Perfecta Sequeira de Arellano, exaltadísima).

Y en segundo lugar, doña Elena protegió materialmente a los expulsos, alojándolos en su casa, tras un custodiado y penoso viaje a caballo desde Matagalpa. Pío Bolaños ha descrito la llegada de los jesuitas a la ciudad: “*El 9 de Mayo de 1881 me levanté temprano como de costumbre, y al llegar al zaguán de la casa, frente a la calle Atravezada, noté que en la esquina de la misma casa y en la calle Real había un grupo de mujeres. Me acerqué a ellas y les pregunté qué pasaba. Me contestaron que iban a expulsar a los jesuitas y que acababan de llegar de Matagalpa otros de ellos y se hospedaban en casa de doña Elena Arellano, frente a la de mi abuelo. . . . Vi también que de la misma casa entraban y salían hombres y mujeres excitados, y entonces atravesé la calle y me introduje por el zaguán, a la casa de doña Elena. . . Al entrar al patio vi unas bestias y, en los corredores, a unos jesuitas con el aspecto de cansados, sentados en unos taburetes”.*

Pero fue el historiador de la Compañía de Jesús en Centroamérica y Colombia, Rafael Pérez, el primero en reconocer ese generoso alojamiento: *“En medio de tan señaladas muestras de entusiasmo* —escribe, refiriéndose a las devotas que los recibían con vítores llegaron (los jesuitas de Matagalpa, en número de quince) a casa de Doña Elena Arellano, matrona respetabilísima por sus virtudes cristianas, la cual había disuelto su pequeño colegio de niñas, para preparar cómodo alojamiento a los religiosos expulsos”. Estos, como se indicó, embarcaron en el vapor Coburgo —despedidos por una muchedumbre de hombres y mujeres— a las 9 de la mañana del 8 de junio de 1881.

(No terminó allí la solícita entrega de doña Elena a los jesuitas, pues quedarían aún en Granada —muy a pesar del Prefecto Lacayo— un jesuita: el hermano Rafael Fortún, quien en aquellos días había enfermado gravemente y fue declarado en imposibilidad de viajar. *“Continuó, pues, por muchos días ejerciendo su caridad la Señora Doña Elena Arellano de las familias más distinguidas de la ciudad—* consigna el historiador Pérez— *la cual después de haber mantenido a su costa durante un mes a los 15 religiosos venidos de Matagalpa, sin querer admitir ni la más mínima cantidad para ayudar siquiera a tan considerables erogaciones, dispuso al enfermo los más finos cuidados hasta verle completamente restablecido y en disposición de ir en seguimiento de sus hermanos”*).

VIII. Sus primeros viajes a Europa

Con la expulsión de los jesuitas en 1881 y la fundación del *Colegio de Señoritas* en Granada al año siguiente, doña Elena sintió cada vez más remotas las posibilidades de instaurar la enseñanza católica entre los suyos. En realidad, el último establecimiento le causó gran pena no tanto por el descenso de su modesta *Escuela* como por el rumbo laico que adquiría oficialmente la educación en Nicaragua, patrocinado por el mismo gobierno. Por eso, ante el peligro de la desaparición de la fe que corrían la niñez y la juventud, procuró remediar ese mal, pensando en traer maestros y maestras

profundamente católicos. Y lo primero que hizo fue un viaje de exploración a Europa.

¿Cuándo tuvo lugar ese viaje?. No lo sabemos con exactitud, pero debió haber sido lógicamente después del primero, emprendido antes de 1882. Naturalmente, éste tuvo de meta Roma —capital del orbe católico— y como objetivo tratar de obtener el establecimiento de una orden religiosa en el país. *“Sus relaciones con la Compañía de Jesús* —ha señalado Carlos Cuadra Pasos—, *le facilitaron las gestiones que debía hacer”*. Y agrega:

“Visitó a Su Santidad el Papa Pío IX, el entristecido pontífice prisionero del Vaticano. El la bendijo y la animó. Conoció personalmente a Don Bosco, y le fue dado encender su vela en aquella antorcha de la enseñanza cristiana. No le fue posible coronar sus esfuerzos en ese primer viaje. Se desconfiaba de Latinomérica, que estaba entregada a las convulsiones revolucionarias, y en donde dominaba un laicismo agresivo. Pero ella aprendió mucho en cuanto a los procedimientos que se debían seguir para hacer eficaces los esfuerzos en pro de la buena causa que la animaba”.

El segundo viaje de doña Elena al viejo mundo lo ubicamos después de 1882. Y sobre él también nos habla Cuadra Pasos: *“... volvió otra vez a Europa animada del mismo propósito, y con una dirección más segura”*, para añadir que el Colegio de Señoritas no satisfacía las aspiraciones de las madres católicas: *“porque se dudaba de su estabilidad* —especifica Cuadra Pasos—, *y porque no se le ponía como médula de la educación a la religión, que había sido luz de nuestra cultura”*. Pero tampoco tuvo éxito, en su empresa, doña Elena.

En compensación, conoció a León XIII, el pontífice inopulento, a quien admiró en el palacio Verde del Vaticano, deslumbrada por todas sus blancuras: la de su tez y sus manos, la de sus cabellos y vestiduras; e inclinada reverente ante su presencia apostólica recibió su bendición.

Mientras tanto, de regreso en Granada, mantenía en su residencia una especie de Casa

de huérfanas e insistía en la conveniencia de la fundación de un colegio de señoritas dirigido por religiosas. *“Sostiene, además —escribió Enrique Guzmán, quien suministra ambos datos el 2 de diciembre de 1886—, que sería de la mayor importancia el que se permitiera a las religiosas que se traigan, establecer un noviciado para aumentar en número su institución”.*

Por fin, cruzaba los Alpes el 1.º de febrero de 1888, viajando de París a Turín en compañía del facultativo nicaragüense Luis H. Debayle, cuando expiraba su ya conocido y amado don Bosco. *“Nosotros lo pudimos ver con sus sacerdotales vestiduras, ya muerto, y colocado de rodillas en un reclinatorio de la modesta capilla, bajo cuyo techo oró tantas veces por la salud de los desgraciados”* —recordaría años después el doctor Debayle.

¿Cuánto duró ese tercer viaje?. Tampoco lo sabemos. Lo cierto es que Enrique Guzmán, en su *Diario íntimo*, apunta el 20 de abril de 1888: *“Regresa de Europa y los Estados Unidos mi comadre Elena”.*

IX. Su amistad con Enrique Guzmán

Entre el celebrado escritor Enrique Guzmán y doña Elena Arellano hubo una estrecha relación amistosa que ha sido tema de un ensayo del periodista Enrique Guzmán Bermúdez, primogénito de aquél. Aquí, pues, retomamos esas vidas paralelas, partiendo de que el primero era siete años menor que la segunda, por lo demás hermana mayor que su amigo más cercano: Faustino Arellano. Era imposible, por tanto, que no se vincularan estas dos personalidades nicaragüenses del siglo XIX.

La amistad entre ambos se encuentra documentada en el *Diario íntimo* de Guzmán desde octubre de 1879 —cuando doña Elena le comunicó su preocupación de que rigiese la diócesis de Nicaragua, a la muerte del obispo Manuel Ulloa y Calvo, un eclesiástico extranjero— hasta el 21 de abril de 1911, treintidós días antes de su muerte, en que le recomendaría el deber de confesarse. Pero la amistad entre ellos se consolidaría a raíz de un grave hecho: el aten-

tado que sufrió Guzmán, a manos de su primo Carlos Selva, el 2 de febrero de 1880.

Tras recibir dos pistolazos a quema ropa —uno en la pierna izquierda y el otro en el pecho—, el escritor quedaría convalesciente en su casa de habitación, y sin tomar la pluma durante setentidos días. Este tiempo lo aprovechó doña Elena para llevarle al Padre Felipe Cardella a que lo confesase, colocarle una medalla —con la efigie de Pío XI en un lado y la Inmaculada en el otro— y facilitarle libros cristianos entre ellos *La Roquete et le Place* del Abate Lemazore, *La Divinidad de Jesucristo* y *Los Estudios Filosóficos sobre el Cristianismo*, los dos últimos de Augusto Nicolás.

Guzmán Bermúdez es más explícito en su trabajo: “En las Notas Biográficas sobre don Enrique Guzmán, del periodista Pedro J. Cuadra Ch. se refiere este episodio de la siguiente manera: *Consta en las memorias del señor Guzmán que durante su enfermedad y cura que duraron dos meses y medio, le fueron llevados varios libros para que los leyera, en los cuales abrevó su espíritu abatido por los dolores físicos sufridos en el curso de su penosa curación, en una época en que los métodos usados por la ciencia para soldar la fractura de los huesos estaba todavía en pañales; obra que por medio de la piadosa señorita doña Elena Arellano le enviaban los PP. jesuitas Cardella y Crispolti, residentes en Granada por aquel entonces, y admiradores del claro ingenio del ilustre escritor de quien predijeron que tarde o temprano acabaría por abrazar la verdad integral.* Lo anterior —comenta Guzmán Bermúdez— viene a confirmar el carácter apostólico de doña Elena”.

Además de ese carácter expresado en la preocupación de salvar almas, un hecho socio religioso contribuyó a explicar y a mantener dicha amistad: el vínculo que establecieron al llevar a doña Elena a una hija de Guzmán, en julio de 1880, a la pila bautismal. De ahí en adelante, pues, éste llamaría a aquélla oralmente y por escrito “comadre”. En efecto, el 26 de octubre de 1880 anotó: *“Viene mi comadre Elena: me invita a que vaya a los sermones que en (la iglesia de) la Merced predica el Padre Taboada”.*

En el mismo *Diario* se lee: “Me manda a llamar mi comadre Elena para quejarse de una correspondencia contra su escuela que acaba de publicar *El Porvenir* (periódico de Managua, dirigido por Fabio Carnevalini) y para rogarme que la defienda por la prensa”. Y lo hizo de inmediato, a pesar de su credo liberal, enviando una carta al redactor de ese órgano el 3 de diciembre de 1882 y, ante la réplica del director, otra a éste del 23 del mismo mes y año. En ella declara:

“No se ni sospecho qué irán a decir mis amigos y correligionarios de occidente cuando lean la carta que últimamente escribí a Fabio Carnevalini, y sepan que hago educar a mis hijas en una escuela ultramontana; pero de seguro que aquellos señores no extrañarán mi gratitud a doña Elena por los importantes servicios que me ha prestado. . .”

Esta segunda defensa aludía a la primera: “Comienza usted por decirme que leyó con tanta sorpresa como disgusto mi carta al redactor de *El Porvenir*, carta escrita con el exclusivo y nobilísimo propósito de defender a una excelente y respetable señora groseramente calumniada. ¡Asombrarse de que un hombre honrado vuelva por una mujer!. Salí a la defensa de una modesta escuela y de su virtuosa Directora que son ambas hoy víctimas de odiosas calumnias, de torpes injurias y de implacables rencores”. Cuáles fueron éstos y aquéllas?

Según Dionisio Cuadra Benard, quien se refirió a este episodio de perfecto caballero, *El Porvenir* calificó a la *Escuela de Señoritas* de doña Elena con dos palabras muy de la época: *atrásada y obscurantista*. Nada más: el resto de las injurias y calumnias se desconocen; lo que sí sabe es que obedecía a una campaña para desprestigiar la obra educativa, católica hasta los tuétanos de doña Elena y crear ambiente favorable al recién inaugurado Colegio de Señoritas.

Doce años más tarde, doña Elena se comprometaba de su función de difusora de la doctrina católica ante el empuje de la herejía luterana, amparada por la libertad de cultos que había decretado el régimen de J. Santos Zelaya. Así lo revela el hecho de pedirle a su compadre insertar en su recientemente fundado periódico opositor,

El Cronista, el folleto de un padre Sardá contra el protestantismo; y Guzmán, ya convertido en forma definitiva al catolicismo, cumplió con esa apologética solicitud.

Por su lado, doña Elena acogería en su casa al luego perseguido escritor político; el 24 de julio de 1894, efectivamente, un oficial del Cuartel llegó a buscarlo a la botica del doctor Francisco Alvarez (El Cachito); mas él, que se hallaba en el Club Social, salió de allí para ocultarse, tomando la calle que va rumbo a la parte Oriental del Mercado con el fin de llegar, por calles oscuras y extraviadas, a la residencia de su comadre. “*Tardaron en abrirme —describe parte de esa casa—, pero por fin me vi en un vasto salón de como 14 varas de largo, sin más muebles que unas pocas bancas de escuela, y colgados en la pared un retrato del Papa Pío IX, y otro de León XIII, así como el de un sacerdote que luego supe que era el del Padre Juan Bosco, fundador de la orden de los salesianos*”. Lleváronle una butaca mecedora y más tarde le pusieron buena cama, lavatorio, etcétera.

Así durmió bien, a pesar de las emociones del día. El 25, sin embargo, amaneció triste y su comadre le contó, antes de pasar leyendo casi todo el día la *Historia de la Sociedad doméstica* de Gaume, que el día anterior lo habían buscado varios oficiales en el Club cuando acababa de salir. A las cinco de la tarde —sigue narrando Guzman en su *Diario*— oyó un cañonazo y una descarga de fusilería, seguido de un tiroteo incesante por el lado del Cuartel. Salió al corredor, avanzando hasta el departamento de su comadre; al llegar allí temió que lo reconocieran desde la calle y regresó al salón que ocupaba. Doña Elena, entonces, le aclaró que se estaba celebrando el segundo aniversario de la batalla de la Cuesta.

Otros servicios, aparte del anterior, le haría doña Elena a su compadre. Sobre todos: la costumbre de levantar cada domingo, a las cinco de la mañana, para asistir a misa a la Merced y escuchar los sermones del Padre León P. Alvarez; y la intervención en su matrimonio tras su última crisis, a causa de una conquista amorosa.

Estos hechos ilustran, a grandes rasgos, las relaciones entre ambas figuras del pasado granadino.

X. Las Salesas misioneras del Corazón de Jesús y el colegio de la Inmaculada

Pero la introducción con fines educativos de una congregación religiosa en la Nicaragua decimonónica sería el primer gran hecho, o logro exactamente, de doña Elena. Así fue: en 1891, gracias a su infatigable empeño, llegaba a Granada nada menos que Francisca Javier Cabrini —luego elevada a los altares— encabezando a un grupo de *Salesas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús*. Precisamente, la religiosa citada era la fundadora de esa orden italiana y había decidido trasladarse a esta parte de Centroamérica para instalar, como lo hizo, un Colegio de Señoritas. Desde luego, detrás de todo se hallaba doña Elena, quien se había entrevistado con ella en Roma tres años atrás durante su última estadía europea. Por eso sufragó todos los gastos de las monjas, pues cedió su propia casa y el Colegio fue abierto, despertando grandes esperanzas en las madres de familia.

El viaje de Madre Cabrini de Nueva York a Granada

Sobre los antecedentes, peripecias y significación de este viaje se han redactado varias páginas. Las primeras pertenecen al Pbro. José Antonio Lezcano, director del periódico *El Senti-miento Católico*, cuyo número del 15 de julio de 1891 lo anunció con alegría, fijando el ingreso de las salesas a Granada a finales de agosto del mismo año.

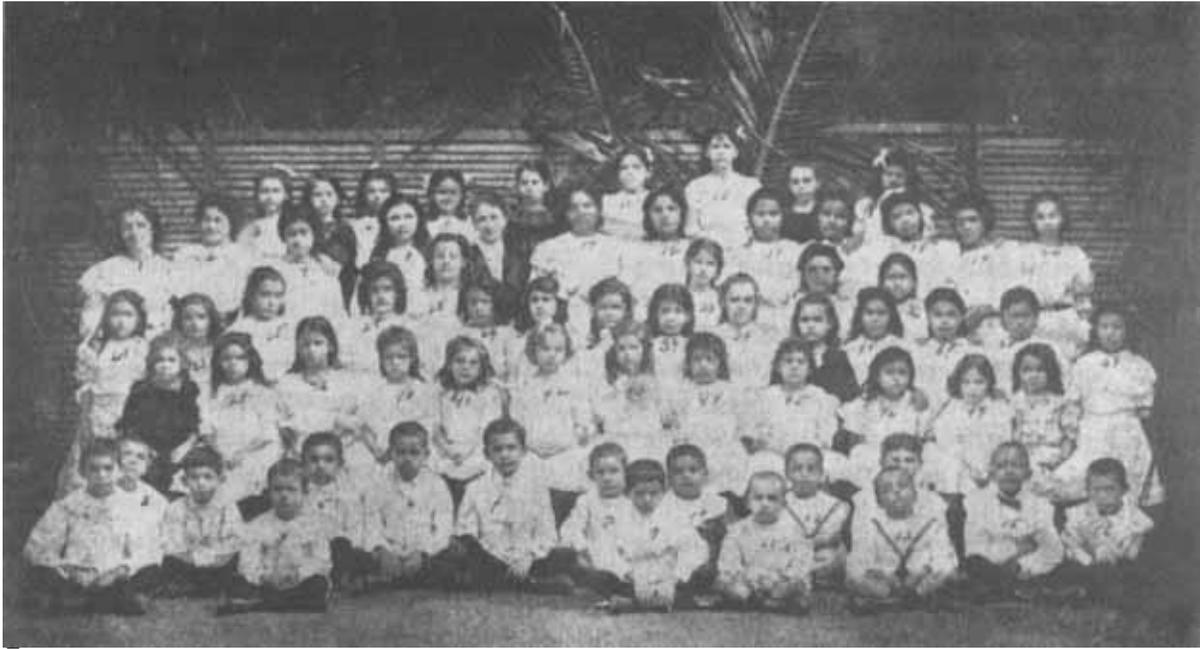
Las segundas fueron escritas por el historiador peruano Enrique D. Tobar y R., quien lo reseñó completo —consignando la tormentosa noche de partida y el posterior recibo de correspondencia, la entrada al Caribe y el concierto al Capitán, el cruce por Panamá la visita a la catedral de la ciudad, el arribo a Puntarenas, donde fueron visitadas por el obispo de Costa Rica, y el telegrama de Madre Cabrini avisando su próxima llegada a doña Elena Arellano— en un discurso leído en el seno de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua el 18 de junio de 1843.

“Es el 25 de octubre de 1891 —leyó Tobar y R.—. En la mañana el San Blas —barco en el que viajaban las quince hermanas— hizo su en-

trada en uno de los golfos más hermosos vistos hasta entonces por la Madre Cabrini; es el golfo de Nicaragua —o mejor dicho, la bahía de Corinto—. . . . A las 7am. el vapor largó anclas como a ochenta metros de tierra. Muy pronto, los acordes de una banda de música se hicieron percibir, y a la vez todo el pasaje divisó dos botes adornados con banderas y mañejados por remeros con uniformes de soldados. Todos se preguntaban lo que eso significaba. Finalmente, un bote llegó al barco, y un sacerdote con un caballero anciano presentáronse a bordo. Atrás de ellos subieron otros sacerdotes y caballeros. Eran representantes enviados por el Presidente —que entonces era el doctor Roberto Sacasa— y por el obispo —Monseñor Francisco Ulloa y Larios—, a saludar a la Madre y a sus compañeras. . . .”

“Despidiéronse las monjitas del Capitán y algunos pasajeros —continúa Tobar, calcando su reseña en el relato de la propia Madre— y ya en Corinto procedieron a tomar buen desayuno. Como que eran casi las diez de la mañana, y el apetito estaba bastante aguzado. . . . Allí, en el puerto, llegó un despacho telegráfico del Presidente de la República, en el cual daba su bienvenida a las viajeras y manifestábalas que su equipaje no tenía por qué ser revisado. Y después de haber recibido visitas, a eso de las tres de la tarde, se dirigieron todas al tren, con las personas que habían ido a saludarlas a bordo”.

Ahora pasemos al tercer autor que se ha ocupado de este viaje: Pablo Antonio Cuadra. “La santa es una buena cronista, no hay duda. El cuadro del inesperado y triunfal recibimiento —tan nicaragüense— vuelve a repetirse al pasar por León en tren. Les piden que se queden o que dejen allí a siete de las catorce hermanas. Ella les ofrece que lo hará más tarde. Y el tren sigue. A las cinco de la tarde llegan a Granada. Y la santa cronista cuenta: *Nos aguardaba la población toda: creo que nadie se había quedado en su casa. El pueblo impidió que llegaran los coches, quería un desfile. Pero era tanto el gentío y tan sin orden que tuve el temor de que nos sofocaran, sobre todo temí por algunas hermanas que no venían bien (y agrega con ironía): Creí que la desusada devoción deseaba hacernos mártires. Pero la policía hizo un poco de orden y al fin se organizó la gran procesión hasta la pa-*



- | | | | | |
|---------------------------|-----------------------------|------------------------|--------------------------|----------------------|
| 1 Lorenzo Guerrero | 15 Miguel Ernesto Vijil | 10 Laura Tenorio | 24 Amanda Uba | 38 Isolina Domínguez |
| 2 Hilario Selva San'oval | 16 Manuel Antonio Martínez: | 11 Albertina Casco | 25 María Lejarza | 39 Soa Mayorga |
| 3 Atenas Robleto | • • • | 12 Modrano | 26 Lola Sandino | 40 Julia Sandino |
| 4 | | 13 María Bodán | 27 Beria Chamorro | 41 Clorinda Picaso |
| 5 Salvador Lejarza | | 14 | 28 Juana Cuadra | 42 |
| 6 Juan Aurelio Cuadra | 1 Chepita Rivera | 15 Olimpia Bendaña | 29 Fina Lugo | 43 Julia Vijil |
| 7 Gustavo Adolfo Argüello | 2 Mercedes Cabezas | 16 María Teresa Cuadra | 30 Berna Selva Sandoval | 44 Julia Lejarza |
| 8 Joaquín Ibarquien | 3 Magdalena Monterrey | 17 Leonor Lugo | 31 María Cristina Cuadra | 45 Adela Bermúdez L. |
| 9 Herculano Montiel | 4 Gertrudis Cabezas | 18 Concepción Robleto | 32 Mercedes Gaitán | 46 María Martínez |
| 10 Leonardo Tenorio | 5 Pastora Vargas | 19 | 33 Leonor Vargas | 47 Ángela Bendaña |
| 11 Horacio Argüello B. | 6 Olivia Calderón | 20 Otilia Calderón | 34 María Guerrero | 48 Concepción Pérez |
| 12 Salvador Sandino G. | 7 Soledad Robleto | 21 Hilda Goodman | 35 Isabel Montiel | 49 Sofía Guerrero |
| 13 Justo Sandino G. | 8 Felipa Bermúdez | 22 Julia Bendaña | 36 Ana María Álvarez | 50 Hilda Uba |
| 14 Ernesto Selva Sandoval | 9 Dora Vargas | 23 Chila Chamorro | 37 Isabel Prego | |

Alumnos y alumnas del Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe, a principios de siglo.



Promoción de las Primeras Maestras de Educación

De derecha a izquierda:

Sentadas: Srta. Carolina Veyre, Srta. Carmen Muñiz, Srta. Antopieta Juffet.

De pie: Srta. Hermelinda Lanza, Chepita Carrión, Sofía Brockmann, Susana Pérez H., Anita Baltodano, Olimpia Salaverri y Matilde Granja.

rrouquia, donde se entonó un Te Deum. Fue el domingo de Ramos de las misioneras'. El mismo Pablo Antonio reflexiona sobre la significación de este viaje:

"Es hermoso pensar en esas catorce muchachas llenas de miedo a la fiebre amarilla, a los terremotos, al calor, a la malaria, a las revueltas —a todas las cosas verdaderas y falsas que entonces se decían de nuestros trópicos—, muchachas muchas de las cuales conocían el mar —cruzando el Atlántico y luego un mar furioso que las derriba de sus camarotes—; es hermoso pensar en la Hermana Verónica, en la Hermana Agape, en la Hermana Alacoque, en la Hermana Clara, o Estefanía, o Teresa, o Pía, o Dionira —asustadizas, delicadas, pero encendidas en el mismo fuego de su fundadora, dejando su Patria, su familia; dejando el dulce regazo de lo conocido y de lo amado por un país atrasado, lejano y extranjero donde Cristo —en figura de niños y de pobres y de necesitados— les hace señas desde lejos y les grita, como en el Evangelio de San Juan: ¡Muchachas, echad la red a la derecha de la barca, y encontraréis!"

La instalación del Colegio

De acuerdo a la correspondencia de la propia Madre Cabrini, el colegio se instaló a las pocas semanas de su llegada, pues doña Elena les tenía listo todo lo indispensable y más. *"La buena señora Elena Arellano —escribía— nos hizo hallar ordenados los dormitorios y una amplia capilla bien aireada. Ella misma preparó los bancos y lo demás. . ."*, incluyendo el programa —según Tobar—, aprobado inmediatamente por los padres de familia, quienes afirmaban que las Salesas les habían traído el verdadero progreso. *"Ojalá que el Sagrado Corazón y San Luis, que es patrono de esta Casa —esperaba la Madre que entonces tenía cuarenticinco años—, quieran ayudarnos a obtener tales gracias"*.

En otra carta, datada del 6 de noviembre de 1891, Madre Cabrini informa a la superiora de uno de sus establecimientos de Italia: *"La casa es muy grande (se refiere, desde luego, a la casa de doña Elena), tiene un lindo jardín, varias galerías, hechas de un piso único por causa de los frecuentes temblores. Muchísimas señoritas*

desean venir al colegio, —añadió—, pero ahora no podemos recibir más de cincuenta internas. . . Los apartamentos son espaciosos: 7 metros de ancho por 9 de largo". Habían, pues, suficientes condiciones para que el colegio abriese sus puertas, como lo hizo el 3 de diciembre de 1891. Así fue sembrado, comenzando a florecer en el país, este instituto misionero.

Sus primeros frutos

De manera que a casi un año de funcionamiento, ya daba sus primeros frutos. El informe que sobre su enseñanza dieron al Prefecto de Granada los señores Juan Ignacio Urtecho y Fermín Arana, fechado el 17 de octubre de 1892, es una prueba elocuente de ello. Helo aquí:

Tenemos el gusto de informar a usted del resultado de los exámenes del Colegio de "La Inmaculada", establecido en esta ciudad por las "Salesas Misioneras del Sagrado Corazón", acto cuya presidencia en homenaje a la primera Autoridad del Departamento, le fue ofrecido a usted por la Directora, y que usted se sirvió delegar en nosotros, por no haberle sido posible asistir a él personalmente por motivo de enfermedad de su familia.

Hemos asistido puntualmente a dichos exámenes, que duraron toda la semana a partir del 26 del mes anterior, y podemos asegurar a usted que hemos sido agradablemente impresionados, quedando por lo mismo muy satisfechos del resultado.

En efecto, los sistemas y métodos de enseñanza empleados por las Salesas Misioneras, son a nuestro parecer, de lo mejor, y así se explica que niñas de muy corta edad hayan sorprendido por sus adelantos.

Particularmente nos ha llamado la atención la circunstancia de que ninguna pregunta o cuestión propuesta en los exámenes, ha sido resuelta por las niñas sirviéndose servilmente de las palabras del texto, como sucede en muchas de nuestras escuelas, en que los alumnos recitan inconscientemente, al contestar una cuestión, una larga tirada del párrafo del texto, sin perder una coma, y sin que parezca que comprenden su sen-

tido. En el Colegio de las Religiosas no es así: la niña se da cuenta perfectamente de la cuestión. si no la ha entendido bien, se le hace repetir, y luego se le buscan las palabras que mejor se acomoden a la libre expresión. De seguro que este resultado se debe principalmente a la completa proscripción del viejo y caduco sistema de aprender las lecciones de memoria.

El sistema de sacar de la urna, a la suerte, las cuestiones sobre las múltiples y diversas materias en que versan los exámenes, causó particular satisfacción. Nada de aquella vieja y tan conocida táctica empleada en algunas escuelas, de adiestrar de antemano a las alumnas sobre ciertos puntos dados con el objeto de lucirse, yendo a lo seguro en los exámenes públicos. El sistema empleado en el Colegio de "La Inmaculada" aleja todo motivo de sospecha a este respecto, cuando no fuese suficiente garantía la honorabilidad de las religiosas que dirigen el establecimiento.

Por encima de todo esto, hay algo aún más favorable: el interés especialísimo que las religiosas misioneras prestan a la educación de las niñas en lo que se refiere a las maneras, portes, compostura y decencia en el modo de conducirse. Las niñas se presentaron en los exámenes, ante la escogida concurrencia, con sencillez, sin afectación, con naturalidad, amables y finas en cuanto era de desearse. Se ve, pues, que las Religiosas atienden tanto a la instrucción como a la educación de sus discípulas; lo que debe ser altamente satisfactorio para los padres de familia y la sociedad en general.

Los exámenes, como hemos dicho, principiaron el 26, abriéndose la sesión con un bonito discurso pronunciado por la niña Blanca Urtecho cuya recitación gustó mucho.

Presentóse enseguida la clase 1a. y pasó con éxito notable, distinguiéndose las niñas María Francisca Sandino, en Religión, Historia Sagrada y lectura; Berta Solís, en Aritmética. El mismo día por la tarde tuvo lugar el examen de la clase 2a. con el mismo resultado; sobresaliendo las niñas Josefa Dolores Cuadra y Blanca Urtecho en todas las materias que se trataron: Religión, Lectura, Urbanidad, Geografía, Nomenclatura, Aritmética, etc., y haciéndose notar por sus ade-

lantos, María de Jesús Morales, en Geografía y Religión; Leonor Ortega en Nomenclatura; Tránsito Castillo en Religión; y Sara Mejía en Urbanidad Teórica, Nomenclatura y Aritmética.

El 27 se presentó la clase 3a. intermediaria, distinguiéndose las señoritas Natalia Mejía, en Religión, Gramática y Geografía; Clarisa Fuentes en Lectura; Salvador Jimenez, en Historia Sagrada, Historia Patria, Higiene y Geografía; e Isaura Maritano en Historia Sagrada, Geografía y Aritmética.

En los cuatro días siguientes fueron alternativamente practicados los exámenes de la 1a. 3a. y 4a. clases, sobresaliendo en la 3a. las señoritas Enriqueta Guzmán, en Historia Sagrada y Ciencias Naturales; Angelina Navas, en Higiene e Historia Sagrada; Elisa Pereira en Religión, Ciencias Naturales y Caligrafía; Elisa Sandoval en Religión; Esmeralda Talavera, en Ciencias Naturales, Religión e Historia; y Rosa Lina Arana, en Aritmética y Caligrafía. En la 4a. clase sobresalieron notablemente las señoritas Amanda Marengo, en Historia Sagrada, Ciencias Naturales, Economía Doméstica, Religión y Aritmética; Angela Morales, en Historia Sagrada, Ciencias Naturales, Gramática, Aritmética, Caligrafía, Religión y Economía Doméstica; y Elena Arellano, en Historia Sagrada, Gramática, Lectura, Aritmética, Geografía, Historia Patria, Economía Doméstica y Religión.

Los exámenes fueron acompañados con el canto con acompañamiento de piano. Antes de abrirse cada sesión, las niñas entonaban preciosos himnos sagrados, ejecutados con notable maestría; y la plegaria en coro a la Virgen, invocando su divino auxilio para salir airosa en los exámenes, conmovió literalmente al auditorio.

Celebróse la conclusión de los exámenes con una bonita fiesta que tuvo lugar en la tarde del domingo, preparada con el principal objeto de felicitar a la Madre Directora en su día. En el teatro, colocado en la extremidad sur del gran salón del Colegio, algunas niñas pronunciaron poesías y discursos de felicitación, alternados con cantos y músicas, distinguiéndose la señorita Clarisa Fuentes por su fácil y elegante dicción. Una pitipieza Los Locos y los ciegos, también alternada con música y canto, fue ejecutada por

todas las niñas con admirable propiedad, habiéndose distinguido las señoritas Enriqueta Guzmán, Rosa Lina Arana, Elisa Sandoval y María Teresa Morice, retirándose sumamente complacida la concurrencia.

Si se toma en cuenta el poco tiempo que tiene establecido este colegio, mayor motivo hay para felicitarse de los resultados. Calcúlense las dificultades que habrán tenido que vencerse para la instauración en un país donde nada hay preparado para estas obras, teniendo que importarlo casi todo de fuera. Digna, por tanto, del mayor elogio es la obra que han llevado a término en tan corto tiempo las Religiosas del Sagrado Corazón, y fácil es calcular lo que este plantel de enseñanza promete para el porvenir de la sociedad nicaragüense.

No concluiremos este informe sin consignar aquí público testimonio de reconocimiento y gratitud hacia la que es factor único de civilización y progreso. Es a doña Elena Arellano, a ella únicamente, sin auxilios de nadie, a su voluntad inquebrantable, a su constancia, a su fe en el progreso, a su piedad, al completo desprendimiento de su fortuna consagrada sin reserva a la educación de la juventud bajo la base del santo temor de Dios, a ella se le debe esto, como se le debe también la fundación del Asilo de huérfanos; hoy a cargo de las mismas religiosas. Que su modestia y su humildad no se ofendan por nuestras palabras. Bien sabemos que ella no espera su recompensa aquí abajo; y si nos tomamos la libertad de consignar aquí su nombre, es tan sólo para que sirva de ejemplo y noble emulación a las personas que puedan imitarla.

Creemos haber cumplido, señor Prefecto, con el honroso encargo que usted nos confirió; y protestando a usted nuestras mejores consideraciones y respetos, nos suscribimos sus atentos y seguros servidores. Juan I. Urtecho — Fermín Arana.

Elena y Francisca Javier

¿Cómo habrá sido el encuentro, o diálogo espiritual, entre Elena Arellano y la monjita italiana, catorce años menor que ella pero con una gran experiencia apostólica?. Sencillamente, ma-

ravillosa. Por algo compartían aspectos paralelos en sus vidas. Ambas habían perdido de niñas a sus padres y ofrecido, en secreto, el voto de castidad y la entrega total a Cristo. Ambas habían trabajado, voluntariamente como maestras y enfermeras, dando testimonio de caridad heroica.

De ahí que Pablo Antonio Cuadra, en la relación que hace de ellas, haya escrito: *“Siempre me ha apasionado el misterio de las órbitas que Dios traza a todos los seres cuyas líneas ocultas a veces se hacen visibles en ciertas criaturas que tienen una misión especial o privilegiada en sus propios planes históricos. Elena Arellano —prosigue— es un espíritu muy similar al de Madre Cabrini: la misma preocupación por la formación religiosa de la juventud y la mujer, la misma inquietud misionera dentro de la problemática de su época, sólo que la Santa italiana proyecta la llama y la luz de su espíritu hacia dimensiones universales, mientras que la nicaragüense la proyecta en la estrecha dimensión provinciana de su patria. Una línea es corta y débil, la otra es ancha y mundial: dos órbitas lejanísimas, pero sus líneas, llevadas por la mano invisible del Altísimo, han de cruzarse y encontrarse en la inmensa pizarra de las operaciones divinas”*.

En otras palabras: el ámbito en que se desarrollaron —Elena circunscrita a una pequeña y tradicional ciudad nicaragüense y Francisca Javier proyectada en los Estados Unidos, donde radicaría veintiocho años— determinó la extensión de sus misiones.

La expulsión de las misioneras

Mas el primer Colegio de “La Inmaculada” fundado por doña Elena Arellano duraría, solamente, tres años. En efecto: a la caída de Roberto Sacasa, se entronizó el régimen liberal del Gral. J. Santos Zelaya que, en su política de secularizar la sociedad nicaragüense, entró en inevitable conflicto con representantes del clero a quienes expulsaría por decreto del 31 de mayo de 1894. A su vez, basado en supuestas evidencias de que las religiosas del Colegio de Granada habían colaborado en la preparación de una manifestación antigubernamental, clausuró dicho centro de enseñanza y expulsó a sus profesoras el 20 de agosto del mismo año. ¿Cómo fue esa

expulsión?

La misma Madre Cabrini la refiere en su correspondencia. *“Cuando todo parecía marchar con tranquilidad y calma, las hermanas supieron de ciertos vagos rumores que por aquí o por allá iban diciendo de que expulsarían de la república a sacerdotes y hermanas, y no dejó alguno de comunicarla a ellas que pensarán seriamente porque el peligro existía de verdad —escribe en junio de 1894, recién iniciado el conflicto entre el gobierno y la Iglesia—. Entonces la Madre Superiora pensó en visitar al Presidente para saber, por él mismo, qué valor debían dar a tales rumores. El la recibió con mucha cortesía y le manifestó que nos apreciaba mucho y que estimaba enormemente la obra que dirigíamos; que él sería como un padre para nosotros y mil otras expresiones que calmaron por completo a las religiosas. . .”.*

No obstante tal declaración, al mes siguiente, el referido 20 de agosto —a las once de la mañana— el Prefecto de la Ciudad y el Gobernador de Policía llamaron a las puertas del Colegio: venían a notificar a las Hermanas su expulsión inmediata. Así lo consigna Enrique Guzmán, ya muy amigo de doña Elena, en su *Diario*: *“Día tristísimo y lluvioso. Expulsan a las Madres Salesas, no dándoles más tiempo que el necesario para embarcarse en el Victoria. Y se va con ellas mi comadre Elena Arellano, que las había traído de su propio peculio”.*

Por su parte, Madre Cabrini es más rica en detalles: *“La Directora solicitó ver la orden escrita con la indicación del motivo, pero ellos levantando la voz dijeron que no era ese el momento de pedir papeles, que ellos obedecían las órdenes de sus superiores y que se apresuraran a partir, pues en el lago se hallaba ya listo el vapor que debía transportarlas fuera del país. Dijo entonces la Madre Directora que dos Hermanas se hallaban enfermas, obligadas a guardar cama, pero no hubo caso. El colegio fue rodeado con soldados armados. Cuando las alumnas se dieron cuenta de lo que acaecía prorrumpieron en llantos y gritos. Luego, al conocer la triste nueva, los padres de familia corrieron al convento para impedir la expulsión, mas todo fue en vano, pues los soldados tenían órdenes de usar la fuerza*

contra quienes resistieran. . .”

Madre Cabrini sigue describiendo el cuadro de la triste despedida y del cortejo por las calles hasta el puerto, además de informar sobre la partida de doña Elena. *“Al llegar al muelle, el cordón militar impidió que la multitud se acercara e hicieron pasar a las Hermanas, una a una, contándolas bien. Pocos minutos después llegaron dos sacerdotes rodeados de soldados: eran el párroco y el capellán, también arrojados al destierro. La señora Elena Arellano que tanto había gastado en esa fundación, y que amaba mucho a las Hermanas, no pudo soportar dejarlas partir sin acompañarlas; mas, como estaba prohibido, bajo pena de exilio ir con ellas a bordo, eligió voluntariamente el ostracismo; las acompañó y estuvo con ellas todo el tiempo que se detuvieron en San Juan del Norte, hasta recibir la orden de la Madre General de marchar a otra misión”.*

En realidad, fue triste y penosa la salida de las Madres Salesas, de nacionalidad italiana, española y colombiana. El gobierno las mandó custodiadas a San Carlos y, posteriormente, a San Juan del Norte. Pero recibieron el consuelo de doña Elena, a quien se le prohibió ayudar monetariamente a las Hermanas. Por eso instruyó a los hermanos Eulogio y Carlos Cuadra Pasos, aún adolescentes, para que simularan viajar a su hacienda al otro lado del Gran Lago en el mismo *Victoria* donde iban las expulsadas y que, antes de bajar en San Ubaldo, trataran de entregar subrepticamente a las monjitas un sobre con gruesa suma de dinero. Los hermanos Cuadra Pasos tuvieron éxito en su maniobra, y las religiosas surcaron el Atlántico, y se establecieron en los lugares destinados, sin presiones económicas.

El Colegio de “La Inmaculada”, sin embargo, quedaba viviendo en el alma de muchos granadinos y granadinas —como lo atestiguaban diversas cartas recibidas por Madre Cabrini— y sobre todo en el de la juventud femenina que aportarían cuatro vocaciones: Amanda Downing, Adelaida Arana, Luisa Chamorro y Mercedes Zepeda. Todas ellas ingresaron y profesaron en la orden de Madre Cabrini.

XI. La casa de huérfanas

Paralelamente a su preocupación por la enseñanza de signo católico, que hasta entonces había obtenido exclusivamente para niñas acomodadas, doña Elena se desvivía por educar a huérfanas y pobres. Ya hemos visto este aspecto de su actividad desde la época de su Colegio de Señoritas. Pero ahora es preciso suponer que su Casa de Huérfanas, con la llegada de las Madres Salesas que la tomaron a su cargo, debió mejorar en calidad y aumentar en cantidad.

Carecemos de pruebas para confirmarlo. Pero la tradición oral revela que ese centro de caridad tenía un radio de acción mucho más amplio que el que suele dar a la denominación de esas instituciones. La *Casa de Huérfanas*, realmente, aceptaba toda muchacha de escasos recursos que requería ayuda material y espiritual. Además de gratuita Escuela de Artes y Oficios, era *“el seguro puerto adonde se acogían, contra las acechanzas del mundo* —lo señala Juan Francisco Alvarez de Arcaya—, *todas las mujeres en peligro: la viuda perseguida, la doncella acechada, la mujer arrepentida que vuelve sobre sus pasos, la hija natural que no puede entrar por la puerta principal en la casa de su padre, todas, toditas ellas, se refugiaban en doña Elena como en los brazos de una madre. Y cosa extraña —agrega—, esta mujer, la más severa consigo misma, la más virtuosa, era a la vez la más tolerante e indulgente con la pecadora arrepentida, con tal de que se alejara de los caminos del mal, con firmeza y constancia”*.

A este autor debemos, asimismo, la transcripción de la siguiente anécdota. El Comandante de la Plaza de Granada pretendía para matrimonio a una muchacha de la *Casa de Huérfanas*. Y tramó la historia de un robo, como cometido por la muchacha, para meterla en la cárcel y luego sacarla de allí para llevársela a su casa. Era, sencillamente, cometer un rapto. Doña Elena, al saber la ejecución del plan, se personó en la cárcel diciendo que, si la muchacha había cometido el robo, ella era también responsable como Directora de la Casa; por tanto, debía estar en la cárcel, acompañando a la muchacha en la misma celda.

—De ninguna manera vamos a tener en la

cárcel a Mama Elena —le dijo el Comandante—. La ciudad se alarmaría.

—Si no me la entrega —replicó ella—, me quedaré yo aquí de pie, si es necesario día y noche, hasta que me la devuelvan.

Ante esta resuelta actitud, el Comandante no tuvo más remedio que devolver la raptada a doña Elena, quien se la llevó a su *Casa de Huérfanas*.

Esta institución, sin embargo, no sobrevivió a su fundadora.

XII. El colegio de San Luis Gonzaga

Tampoco la sobrevivió, sino que tuvo una efímera vida, el Colegio de San Luis Gonzaga que fundaría en Granada al año de la expulsión de las Madres Salesas. Pocas son las noticias que se tienen de ese centro dedicado a la educación de la niñez masculina: que su Director era el pedagogo eminente don Porfirio Rocha y su inspectora la piadosa señorita Cipriana Pasos, nombrados por doña Elena y de grata recordación.

XIII. La peste de la viruela negra y el Lazareto

En cambio existen varios datos acerca de una de sus acciones más memorables: la participación que tuvo en 1892, durante el azote en Granada de la viruela negra —peste conocida comúnmente como “alfombría”— a cargo del Lazareto, donde se concentró a los apestados desvalidos. *“Era un cuadro horrible el de aquel hospital poblado de gemidos, de llantos y de malos olores —recuerda Cuadra Pasos—. No podía encontrar el Municipio una persona responsable y con autoridad suficiente para que rigiera el cuidado de los enfermos. Se ponía aviso en los periódicos ofreciendo un buen salario, pero era muy grande el miedo al contagio. Un día, con sorpresa de todos, se presentó doña Elena para ofrecerse como directora gratuitamente. Se encerró en aquella casa, y bajo su dirección mejoró la condición de los pobres apestados; ella les ofrecía consuelo espiritual y esmerados servicios materiales.*



Elena Arellano



Francisca Javier Cabrini



**Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús reunidas en el Colegio Francés de Granada,
en Julio de 1957**

Contrajo la peste. Por protección de Dios le dió benigna, y con la enfermedad no interrumpió el cuidado de los otros enfermos, trabajando día y noche. Hasta que terminó la peste y fue cerrado el Lazareto no regresó a su hogar. De aquella jornada de santidad, su rostro quedó limpio y su alma más luminosa". No así su sobrino Narciso Sequeira, compañero suyo en el Lazareto, quien a duras penas se salvó de la muerte, quedando señalado de por vida por tan cruel dolencia.

El historiador Francisco Vijil, entre otros muchos granadinos, fue testigo de esta entrega al prójimo y aceptación del dolor de doña Elena: *"Veníamos de una finca mi padre y yo —cuenta en su folleto sobre ella— y al pasar por el Lazareto, serían como las seis y media y ya caían las sombras de la noche, oímos voces que partían de un hombre a caballo que decía:*

—Elena, Elena

Se abrió la ventana y apareció doña Elena, con la cabeza atada con un pañuelo blanco y una lámpara de mano, y contestó:

—¿Qué quieres Faustino?

—No he tenido noticias tuyas —contestó el de a caballo. Y vine a saber si necesitas algo para enviártelo.

—Necesito —dijo doña Elena— que vengan médicos con más constancia. Hasta la vez sólo Juan Ignacio viene a esta ventana a darme medicinas y consejos. Cuando tengo alguna defunción, me siento abandonada de la ciudad. Adiós, Faustino.

La ventana se cerró y nosotros proseguimos nuestro camino. Ya en nuestra casa, dije a mi madre que esa noche había visto a Santa Teresa de Jesús al pasar por el Lazareto, según se parecía doña Elena a la imagen de la Santa. Mi padre tomó parte de la conversación diciéndo:

Ciertamente, vimos a Santa Elena, pues no es otra la persona que acepta atender a los apestados de la viruela. Doña Elena ha subido muy alto. Nunca se proporciona ningún bienestar para ella. Todo es para los demás".

XIV. Las oblatas del Sagrado Corazón y el colegio francés de Nuestra Señora de Guadalupe

El mismo año que se expulsaba a las Salesas de Granada, hecho que dejaría un vacío en la educación femenina de la ciudad, se establecía en El Salvador otra congregación de monjas: las Oblatas del Sagrado Corazón, fundada el 8 de septiembre de 1843 por la venerable Luisa Teresa de Montaignac en Chauvance, departamento de Alliers, Francia. Esta noticia llegó al conocimiento de doña Elena, quien se debatía en el problema de introducir religiosas al país sin atraer, para ellas, la represión del gobierno. Seguramente pensaba en la prohibición del vestido talar ordenado por el mismo gobierno o régimen que encabezaba el dictador liberal J. Santos Zelaya. Por eso la invadió una suprema alegría cuando supo que las Oblatas eran la única orden sin hábitos en el mundo. No tardó, pues, en dirigirse a El Salvador. Vió el colegio, le gustó y lo demás es historia.

Primeros Pasos

Su inicio lo han contado tanto Mme. Eugenia Angevin —primera directora del "Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe", nombre que adquiriría muy pronto— como el poeta y escritor granadino Enrique Fernández Morales, uno de sus primeros alumnos. *"En 1900 se puso en camino para esa República, con el deseo de conocernos y de visitar nuestros establecimientos —narra la señorita Angevin—. La educación y enseñanza que impartimos la satisficieron e inmediatamente pidió que le procuráramos un personal para su tan deseado Colegio en Granada. Pero este personal no lo teníamos entonces. Se regresó algo apenada, pero confiando en Dios".*

Doña Elena, sin embargo, insistiría en hacerles patente —a través de cartas— la necesidad de esta fundación en Nicaragua y, a pesar del buen deseo de las Oblatas, no fue sino hasta el 14 de agosto de 1903, víspera de la Asunción, que llegó a Granada la señorita Angevin como observadora enviada por la Superiora General para estudiar los términos de la fundación.

“Veintidos días estuvo la señorita Eugenia en Granada, hospedada en casa de doña Elena —refiere Fernández Morales—, y habiendo en-contrado lo propuesto a su entera satisfacción, y prendida sobre todo de la belleza de alma y elevadas cualidades de doña Elena, regresó definitivamente a Granada acompañada de una pléyade de entusiastas religiosas y maestras”. En Corinto, naturalmente, las había recibido doña Elena —de pobre vestimenta pero con gran señorío y distinción, que difería de las jóvenes francesas ataviadas con trajes de la época y sombreros de anchas alas— quien, abrazándolas una a una y derramando lágrimas de emoción, les repitió: “Bienvenidas a Nicaragua. Gracias a Dios que me ha concedido favor tan señalado”. Y, abrazándolas nuevamente, como si le pareciese mentira que hubieran al fin llegado, dijo muchas veces:

—Cuánto las necesita esta tierra donde los hombres se obstinan en combatir a Dios.

Por algo, en ese momento, el régimen de Zelaya mantenía en el exilio a los más ilustres prelados nicaragüenses.

¿Quiénes eran esas jóvenes?. Fernández Morales las enumera: Carolina Veyre, Catalina Stoecher, Aurelia Spinac, Bernarda Colette, las señoritas Eusebia y María Mejía —legas salvadoreñas— y la señorita María Angela de Petit Didiers. Con la excepción de la última —una educanda confiada desde niña a la tutela de las Oblatas—, las anteriores integraron el núcleo fundador del Colegio que se abrió el 12 de octubre del mismo año 1903 en la antigua casa de doña Pastora Bermúdez de Lacayo.

Fernández Morales prosigue diciendo que las Oblatas fueron acogidas entusiasta y sinceramente, y que casi todas las familias principales —en cuyo seno se hacía sentir la influencia de doña Elena— se apresuraron a matricular a sus hijas en el Colegio, siendo las primeras inscritas: Julia Arellano y Josefa Argüello Sequeira —sobrinas de doña Elena—, Julia Zelaya, Julia Argüello Bolaños e Isabel Prego. Las siete primeras internas fueron Celia Arana, María Teresa Sequeira, Elisa Vijil, Angelita y Julieta Lacayo, Isabel Guerrero y Carolina Basset.

Cuando llegaron las Oblatas, el país estaba siendo azotado por el flagelo de la fiebre amarilla. La señorita María Angela de Petit Didiers lo contrajo a los pocos días, llegando su estado a tal gravedad que una noche el médico de cabecera de la comunidad —doctor Germán Arellano, sobrino de doña Elena— la dió por desahuciada, asegurando que no le quedaba nada por hacer sino regresar al día siguiente para el entierro.

La señorita Eugenia, herida de vivísima pena, pero llena de vigorosa fe —apunta Fernández Morales, a quien seguimos textualmente— fue a postrarse a los pies de una imagen de la Patrona de América, “la Virgen Morena”, como ella la llamaba, pidiéndole la vida de la señorita Petit Didiers, y ofreciéndole en cambio bautizar al Colegio con el título de Guadalupe. No se hizo esperar el auxilio de “la Virgen Morena”: inmediatamente experimentó la enferma notable mejoría que, acentuada al día siguiente, asombró al doctor Arellano, quien calificó aquello de verdadero milagro. A los pocos días la señorita Petit Didiers, restablecida completamente, reanudaba sus actividades educativas, y el plantel se llamó desde entonces “Colegio Frances de Nuestra Señora de Guadalupe”.

No concluyó allí este “caso”: la señorita Petit Didiers, quien había perdido toda huella de su familia, leería en una revista neoyorkina —de la que era suscriptor el doctor Arellano— un anuncio firmado por un Petit Didiers: escribió en el acto y resultó ser su hermano, quien le envió dinero para reunirse con él en Nueva York, como lo hizo oportunamente.

La instalación definitiva

Pero hasta el 24 de agosto de 1904, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes, se instaló el Colegio, comenzando a funcionar normalmente con todos los grados de primaria y teniendo de colaboradoras granadinas a las señoritas Amelia Bermúdez, Lola Vijil y María Medina.

Sin embargo, carecía de edificio: funciona-

ba en la propia casa de doña Elena, con el mobiliario dejado por las Salesas de Madre Cabrini, donde estuvo cosa de dos años. Porque en octubre de 1906 el Colegio se pasó a su lugar definitivo: a la hermosa casa esquinera en el barrio de la Otra Banda, propiedad del doctor Juan Ignacio Urtecho, que adquiriría oportunamente doña Elena.

Tal fue, en sus principios, el Colegio de primer orden fundado por doña Elena y dirigido por las devotas y esforzadas, capaces y responsables Oblatas del Sagrado Corazón, cuya labor sería reconocida por el propio Presidente Zelaya, quien nunca sospechó que aquellas "señoritas" francesas —recibidas en Corinto por doña Elena Arellano— fueran religiosas con todas las de la ley, pero sin hábitos.

XV. Los Salesianos

La Congregación Salesiana sería la tercera orden de educadores religiosos a la que doña Elena se vincularía muy estrechamente. Al mismo tiempo que trabajaba para introducir a las Oblatas del Sagrado Corazón, tenía el ferviente deseo de contactarlas en Santa Tecla, El Salvador, donde regentaban un Colegio. Y así lo hizo, a principios de 1902, viajando a ese país para tratar con el Padre José Missieri —Inspector General de los Salesianos en Centroamérica— sobre la llegada a Nicaragua de los hijos de don Bosco.

Esta era la segunda vez que intentaba dicha gestión: la primera había sido durante el entierro de don Bosco, en febrero de 1888; en esa oportunidad musitaba, de hinojos, una oración cuando al incorporarse se dirigió a ella un joven obispo de los allí presentes y le dijo en perfecto español:

—Su ruego ha sido escuchado. La casa salesiana será establecida en su Granada.

Aquél prelado italiano era Monseñor Juan Cagliero, el futuro misionero de Tierra del Fuego y civilizador de los indios Patacones.

La falta de personal, sin embargo, privó a doña Elena satisfacer su plan a finales del siglo

XIX. Por su lado, a principios del siguiente, la desconfianza razonable que inspiraba el régimen de Zelaya hacía que los salesianos no se atrevieran a establecerse en Granada. Comprendiendo esa posición, doña Elena visitó al propio Zelaya para convencerle de los beneficios que rendiría a las clases pobres la presencia de esa orden, ya famosa por sus oratorios y talleres. Zelaya se opuso rotundamente, pero en una segunda audiencia cedió su autorización.

Doña Elena, creyendo que ya venían los salesianos encabezados por el Padre Missieri a su ciudad, fue a recibirlos al puerto de Corinto y se alegró inmensamente al verlos.

Pero el Padre Missieri, quien había recibido una carta del obispo de Nicaragua Monseñor Siméon Pereira y Castellón prohibiéndoles la entrada (a su diócesis, que era toda Nicaragua), iba de paso hacia Honduras para abrir la primera casa salesiana en Tegucigalpa. Sencillamente, no tuvo tiempo de escribirle a doña Elena, pues la carta de Pereira y Castellón llegó pocos días antes de su salida de Italia.

El Padre Missieri hizo subir a doña Elena al vapor y la llevó al comedor para contarle lo sucedido. *"Cualquiera puede imaginar —comenta Alvarez Arcaya— el hondo sufrimiento que llevó a su espíritu la determinación del prelado. Pero he aquí un rasgo revelador de la envidiable discreción e imponderable respeto de doña Elena a sus Ministros: murió sin participar a nadie la determinación incomprensible del Obispo"*. Más aún: el Padre Missieri afirmarí después que esa decepción fue el principio de la enfermedad que llevó a la tumba a doña Elena.

Con el triunfo de la revuelta conservadora en agosto de 1910, que derrocó a Zelaya, las posibilidades del ingreso de los salesianos aumentó. Y la infatigable señora, a pesar de su edad septuagenaria, intentó una vez más llevar a cabo ese sueño, acaso el que más había acariciado. Para entonces su fortuna era inexistente: carecía en realidad, de recursos económicos. Por eso decidió obtener ayuda directa entre los vecinos de Granada.

"Un día me encontraba yo con mi padre don Constantino Marengo en su escritorio de tra-



Grupo de las Fundadoras y Primeras Alumnas del Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe

De izquierda a derecha

Primera fila: Lola Tijerino, Emelina Bermúdez, Carolina Veyre, Modestana Zelaya, María Medina, Eugenia Angevin, Aurelia Espinar, Elena Arellano, Catalina Stoehrer y Bernarda Colette.

Segunda fila: Carmela Sandoval, Sor Elisa Vijil, Celia Arana, Sor Berta Zavala, Mercedes Abella, Ester Martínez y Eva Robleto.

Tercera fila: María Mejía, Eusebia , Antonia Gómez, Lola Vijil, Matilde Monte de Oca y Juana Cabrera.



El primitivo y hoy desaparecido edificio del "Colegio Salesiano San Juan Bosco", de la ciudad de Granada, casa que era de doña Luz Arellano Vda. de Sequeira.

bajo —contó Alejandro Marenco— *cuando se nos presentó una viejecita de expresión evangélica y vestida con sobriedad. Mi padre saltó al momento del asiento para ir a recibirla cortés y respetuosamente, conduciéndola luego al salón de recibo, donde le obsequió con un vaso de vino y algunos bizcochos. Después de lo cual, dijo a mi padre:*

—Vengo, Constantino, en demanda de tu apoyo. Por tercera vez me propongo introducir al país la benemérita y benéfica Orden Salesiana; mi fortuna se ha agotado en tales intentos y ahora toca a ustedes afrontar el trabajo.

Mi padre ordenó —agrega Marenco— *entregarle de su caja fuerte doscientos soles a doña Elena, quien los depositó en una canastita que portaba una niñita de corta edad. Mi padre entonces, sospechando que la niñita no soportaría el peso, ofreció mandárselos a su casa; pero ella le respondió:*

-No, Constantino. Tu aporte estimulará a los demás.

Y así fue. Con esos fondos, doña Elena pudo construir al final del barrio de Jalteva —o de la calle Real— un edificio destinado, especialmente, para residencia de los Salesianos, el cual estaba listo hacia marzo de 1908. El 6 de ese mismo mes y año, en efecto, escribía Enrique Guzmán en su *Diario*: “Visito a la familia de José Ignacio Bermúdez. Fui en el tranvía porque viven cerca de La Pólvara, en una casa de dos pisos que mi comadre Elena Arellano hizo construir para los salesianos, que nunca vinieron”.

Mas, cinco meses después de su muerte, los salesianos arribaron a Granada y fue doña Luz Arellano viuda de Sequeira quien completó la obra de instalarlos y facilitarles todo lo que necesitaban. En marzo de 1912, pues, llegó a la ciudad una pequeña comitiva formada por el Padre José Missieri, el Pbro. José Dini, el estudiante Jorge Müller y el Hermano Esteban Tossini. Con este reducido, pero eficiente personal se abrió el Colegio “San Juan Bosco” el 15 de mayo del año referido.

XVI. La promoción y sostén de vocaciones sacerdotales

Resta, antes de que lleguemos al final de sus días, establecer un aspecto complementario de su personal, intensiva campaña católica: la promoción y el sostén de vocaciones sacerdotales.

Más de una docena sumaron los casos de jóvenes nicaragüenses que doña Elena se preocupó en educar, sufragándoles todos sus gastos. Uno de los primeros fue el leonés Francisco Aguirre Muñoz, formado en el Pío Latino Americano de Roma, de 1889 a 1896, y fallecido —aún joven— en la ciudad de Mérida, estado de Yucatán, México, en 1907.

Otro tuvo similar, o peor destino: Adolfo Zambrana Delgadillo, quien la acompañó en su último viaje a Europa, a principios de siglo. Pues bien: este adolescente, deseando ingresar a la orden salesiana, cursó el noviciado en España, pasó al acolitado y llegó a ser clérigo; mas, como era débil de salud, murió muy joven en Barcelona. Según el doctor Mena Guerrero, Zambrana Delgadillo fue el segundo salesiano de Nicaragua, y posiblemente de Centroamérica; el primero lo había sido Narciso Sequeira Arellano, sobrino carnal de doña Elena, cuya vida merece especial atención.

Entre los sacerdotes más destacados que formarían doña Elena, figuraron los insignes monseñores y doctores en filosofía y teología Cipriano Velez y Alejandro Almanza, ambos de importante labor apostólica e intelectual y, respectivamente, sub-director y Director —en distintas épocas— del Instituto Nacional de Oriente (INDO).

Velez ejerció otros dos cargos: secretario del Arzobispado de Managua y Capellán del Instituto Pedagógico de la misma capital; entre marzo y mayo de 1911 asistió a su lecho de enfermo al escritor Enrique Guzmán, a quien administraría los últimos sacramentos. Fallecido en 1945, fue recordado por sus fieles y amigos en un libro: *Homenaje a Monseñor Velez en el primer aniversario de su muerte*. (Managua, Talleres Nacionales, 1946).

Por su parte, Almanza impulsó en el INDO —alrededor de 1920— una Academia Literaria que publicaría la revista *Letras*; igualmente, fue autor de una obra sobre un tema científico estudiado desde la perspectiva católica: *El Evolucionismo* (Managua, Tip. Alemana, 1937).

XVII. Muerte, entierro y traslado de sus restos

Preciosa como la de los justos fue la muerte de doña Elena. Se hallaba en una quinta a principios de octubre de 1911, cuidando a su sobriñita Julia Arellano —enferma de un sarampión— cuando sintió un gran malestar en el cuerpo debido a un calentura que le acometió. Lleváronla a su casa y allí no disminuyó el malestar ni bajó la calentura; al contrario: aumentaron de un modo alarmante. Los médicos dieron pocas esperanzas de mejoría y este dictamen movió a los familiares enviar un telegrama al Nuncio de su Santidad en Centroamérica, Monseñor Cagliero, para que consiguiese a doña Elena una indulgencia plenaria *in articulo mortis*. Fue conseguido y llegó al conocimiento de la enferma, estando aún en plenas facultades.

El 11 de octubre de 1911 moría ella como lo había querido y recomendado a una de sus discípulas: sin la presencia de sus familiares, sólo con algunos sacerdotes que le rezaban las oraciones agonizantes. Suave y calladamente, pues, entregó su espíritu al Señor. Tenía setenticuatro años, once meses y veintiocho días de edad.

A su entierro concurrió, sobre todo, el pobre que le testimoniaba su gratitud. Y sus restos se depositaron en el pequeño panteón familiar del Cementerio. Veintiséis años más tarde, con los de su hermana Luz, se trasladarían a la capilla del "Colegio San Juan Bosco", donde reposan en el altar dedicado al fundador de los Salesianos, una a cada lado.

En esa ocasión, la ciudad celebró una brillante fiesta religiosa con motivo de las bodas de plata de ese colegio, fundado por ella y su hermana Luz. A las nueve de la mañana del 25 de junio de 1937, en efecto, fue iniciada con la conducción de los restos de las cofundadoras Iban en la procesión los colegios de la ciudad y los

cooperadores salesianos, numerosos fieles y una banda que ejecutaba las marchas fúnebres de rigor. A la puerta de la capilla, el bachiller Guillermo Torres Sanabria pronunció un discurso alusivo, y el Rector del colegio, Pbro. Missieri, les cantó el responso antes de introducirlos en la cripta citada. "*La ceremonia fue imponente —reseñó Alvarez de Arcaya— y marca una época en los anales de la historia de la fe granadina que tiene en esas gloriosas almas sus mejores columnas y sostén*".

Así, por primera vez, era reconocida doña Elena, *Turris Eburnea* no sólo de su familia —como la bautizaría, en 1961, Enrique Fernández Morales— sino de Granada.

XVIII. Testimonios de sus obras

A raíz de este reconocimiento, los granadinos que la conocieron dejaron testimonios de sus obras. "*Doña Elena, indudablemente —dijo por ejemplo Francisco Vijil, su primer biógrafo años después—, fue una mujer que se adelantó a su época, ya que ejerció entonces el Apostolado Secular, tan aconsejado por los Sumos Pontífices en los tiempos actuales. Sin vanos alardes de catolicismo, sin ostentación de piedad y fervor acendrado, tenía un claro conocimiento de las verdades de nuestra Santa Religión, de donde sacaba un gran deseo de la salvación de las almas, que hizo de su vida una perenne propagadora de la Religión Católica. Como el Divino Pastor, pasó por este mundo haciendo el bien que pudo, sin distinción de categorías sociales*".

Más parco, el entonces obispo de Granada Canuto Reyes y Balladares aseguró de ella: "*Olivada de sí misma, no pensaba en otra cosa que en Dios y en los prójimos. Sus bienes los empleó en socorrer a las necesidades de los que sufrían y en la educación de los niños a los que dedicó mucha atención*". Por su lado, el Pbro. Octaviano Rivera H. elaboró una "Remembranza" que, en parte, decía:

"La señorita Elena Arellano fue un ser caritativo, de alma ilustre y privilegiada que, con infatigable afán y celo, se consagró al servicio de la majestuosa reina de las virtudes católicas: la cari-

dad.

“Esta insigne señorita granadina era semejante a esas cimas luminosas de las más altas montañas donde se goza, en sublime perspectiva, de los vivos resplandores de un brillante sol majestuoso, que ondea en medio de un inmenso océano de luz, siempre sereno y resplandeciente. Esas cimas no son todavía el cielo, pero levantan nuestras miradas por encima de la tierra, para hacerlas penetrar en las esferas de las bellezas eternas, que forman el cortejo de la divina majestad.

“De esta preclara hija de Granada podemos afirmar que no hay acto alguno de su vida donde no haya ejercido la caridad, donde no haya penetrado su influencia, haciendo sentir su espíritu de amor, de paz y consuelo, de esperanza y alegría, de gozo y tranquilidad. Al compás de los designios de la Providencia, regulaba sus actos tendientes al fin de sus obras benéficas en este mundo y al término supremo de sus santas aspiraciones en el otro. Sólo lo que estaba inspirado en esta virtud, la Caridad, era para ella grande y generoso, capaz de imprimir en su alma el sello de la rectitud, de la nobleza y pureza incontrastables. Si aquí en la tierra no tuvo la recompensa, allá en el cielo donde está Dios, que es la justicia misma, recibió el premio del más colmado y eterno gozo”.

Y la Oblata del Sagrado Corazón, señorita Eugenia Angevin, trazó en pocas líneas una de las más completas imágenes de su personalidad: *“Con un alma tan humildemente inteligente —declararía en 1911— era fácil entenderse. Además, su espíritu de fe, de desprendimiento, practicando la pobreza voluntaria con heroísmo, su acendrado amor a Dios, a las almas y a los desheredados de la fortuna, su comprensión de la necesidad de la educación cristiana y en particular de la formación del corazón de la mujer, me dejaron admirada de su alma tan hermosa”*. Así fielmente, quedó retratada doña Elena por una de sus últimas compañeras de labores, quien la presentó como lo que fue esencialmente: una mujer extraordinaria en sus virtudes, proyectada en el aspecto civilizador de la educación y en el inefable de la caridad.

XIX. Su caridad heroica

El primer aspecto ya lo hemos detallado. Pero no el segundo en el que resultó, ante todo, una mujer de su tiempo. *“La caridad —sostenía el Padre Augusto Vijil, cura de Granada, en uno de sus famosos sermones— es el comercio más íntimo y elevado entre Dios y el hombre”*. Lo mismo, seguramente, pensaba doña Elena independientemente del hecho de haber oído ese sermón a los quince años de edad, pronunciado en 1851. Veamos, pues algunos ejemplos —pues son abundantes— de esa práctica que mantuvo a lo largo de casi toda su vida.

“Una mañana del mes de Abril venía paseando a caballo con mi hermano Miguel —cedemos la palabra, otra vez, al doctor Carlos Cuadra Pasos— y encontramos a doña Elena que marchaba a pie bajo un sol tórrido y sobre un camino no andadero. Llevaba colgando de una pequeña cuerda una pieza de carne fresca. La detuvimos y le pregunté:

—Para dónde va bajo este sol tan riguroso que le puede hacer daño?

—Voy a dejar esta carnita a un enfermo al cual el médico le ha ordenado tomar caldo sustancioso y no tiene con qué comprarla —me contestó—.

—Por qué no vino en coche —le repliqué—.

—Porque no tengo con qué pagarlo —contestó sonriendo—.

Le propusimos que nos esperara y que iríamos ligero a traer el coche. Ella, siempre sonriendo con malicia, nos contrapuso:

—Mejor denme aquí el pago de las dos carreras, y yo buscaré el coche desde la casa del enfermo.

Le dimos los dos pesos que valían las carreras, y burla burlando nos dijo:

—Mejor quedará ahora con el enfermo. Le llevaré la carnita y los dos pesos. Y Dios se los pagará a ustedes.

Dio la vuelta y se alejó, riéndose de nosotros, sobre el camino polvoso.

Miguel dijo:

—Mírala, qué ligero camina; nosotros, a caballo, no la podríamos seguir. Va como en el aire: no deja huella sobre el polvo.

Y agregué:

—No la podemos seguir porque va hacia el cielo.

Arrendamos los caballos hacia el mundo en donde travesaba nuestra juventud”.

Como doña Elena emprendía siempre esas acciones a pie, no faltaba quien le ofreciese pagarle el servicio de coche; pero ella nunca dejó de dar la misma respuesta, sonriendo y tendiendo la mano:

—Bueno, dame el dinero que le pagaría al cochero; lo llevaré a la casa donde voy y así ayudarás a suavizar tantas necesidades como padece esa pobre gente.

Era muy común, pues, ver a doña Elena caminar por las calles de su ciudad cargada de paquetes lejos de su casa o con un gran bolsón lleno de comestibles, destinados a familias que los requerían. Pero su sentido de la caridad, a veces, lo ejercía con intensidad, es decir: promocionaba a los sujetos con limosna para que ellos mismos salieran de su situación, o al menos la neutralizaran. Es lo que se desprende de la siguiente anécdota contada por su sobrina Julia:

“Una señora, a quien el reumatismo había paralizado sus piernas y manos, estaba imposibilitada de servirse a sí misma; pues bien, ella temprano le llevaba el café, se lo daba, la vestía y la peinaba, arreglaba la casita, la sentaba en un butaco y le ponía, ordenadamente, allí cerca: azúcar, café, maíz, frijoles y pinol, etc. . . ., jabón y otros pequeños productos, todo pesado y empaquetado para que pudiera venderse; incluso le dejaba dinero en menudo —monedas— para que los compradores pudiesen recibir el vuelto. Esto lo hacía para proporcionarle

el placer de sentirse útil en la vida. Además, con esta venta se distraía con las idas y venidas de los compradores”.

Sin embargo, no siempre predominó esa actitud en su caridad que, además, era previsor: en tiempos de carestía compraba grandes cantidades de víveres y medicinas para remediar su falta a los que no podían adquirirlas por su elevado precio. También la predicaba a los suyos: “Quería que ejercitasen la ayuda al necesitado. —escribió Juan Francisco Alvarez de Araya—, no como una obligación, sino más bien como un favor que les concedía el Señor. En el desayuno nos recordaba con frecuencia (cuentan sus sobrinos y sobrinas) que podríamos sacrificar algo de mantequilla, de dulce o de queso diciéndonos:

—Cuántos niños pobres serían felices con algo de lo que a nosotros nos sobra. Es un premio el poder llevar personalmente esos pequeños obsequios, siempre bien arreglados, y sentir el goce de dar”.

Dos testimonios más la recuerdan ejerciendo esas obras de misericordia: uno llevándole la cena a otros enfermos —como a Matías Boza, que vivía frente al cementerio, y a “una pobre que vivía por la Pólvora” o cuartel—; y el otro cortando telas de todas clases para coser a mano camisas, sábanas, etc. que distribuía entre los pobres: pero varios coinciden que, cuando no podía ejercitar la caridad por su cuenta, delegaba en una de sus discípulas más cercanas: Guadalupe Leal —o Castillo, según otros—.

“Cuando había alguna familia necesitada —señaló el doctor Pedro Joaquín Chamorro Zelaya— llegaba *Mama Elena* a su casa y le decía: Niña Guadalupe, tal familia está en necesidad, los niños no los pueden enviar al colegio por falta de calzado, etc. Vea qué puede hacer por ella y le ponía un paquete de dinero en la mano y se marchaba. No esperaba que tuviese tiempo de contarle”.

Por fin, su espíritu caritativo lo extendía a pobres vergonzantes o personas que, habiendo sido ricas, no se atrevían a mendigar. Se trataba de miembros de familias venidas a menos por las guerras, disturbios políticos. “Procuró encon-

trarles —anota Alvarez de Arcaya— *trabajos honrosos y puestos lucrativos*”. De esta forma, doña Elena se solidarizaba con quienes habían sido integrantes de su estrato social. Mas no guiada por su conciencia de clase, sino porque comprendía muy bien aquella máxima del Padre Vijil, y que ella por amor a Dios y al prójimo, aspiraba negar su contenido: *“Oh caridad santa y bendita ¡Cómo desdeña el rico hacer de ti su pedestal!”*.

XX. La encuesta de 1949

En 1949 una granadina que había conocido y amado a doña Elena, Petronila Argüello, se dió a la tarea de compilar lo que sus coetáneos recordaran de ella. Para tal fin, les pidió que lo hicieran por escrito y así obtuvo una buena colección de páginas útiles a la biografía que, desde entonces, necesitaba la protagonista.

Contestaron dicha encuesta dieciocho personas radicadas en Granada y en Managua, en el pueblo de Belén del departamento de Rivas y en la cabecera departamental del mismo nombre, en León y Matagalpa, Bluefields —a la orilla del Atlántico— y Los Angeles, California. Todas, de alguna manera, habían tratado personalmente a doña Elena y la consideraban una santa.

Natalia de Suárez recordaba que una vez la encontró en la calle, arrastrando un cajón vacío.

—Le ayudo doña Elena? —le preguntó— añadiéndole:

—Para qué quiere ese cajón?.

—Es para la Virginia —le contestó—. Enviudó y le estoy formando una pulperillita.

Rosa Barberena —una de sus alumnas— evocaba la *Escuela de Señoritas*, con muchachas de todo el país y buen profesorado. *“En la clase de costura —agregó— nos leía libros espirituales y en la noche nos contaba anécdotas que nos instruían”*.

Concepción Aguirre Muñoz, de León, no olvidaba las pocas veces que doña Elena, visitando esa ciudad, se hospedó en su casa. *“Cuando ella llegaba era motivo de júbilo; por la noche, reunidas a su lado en unión de mi mamita, rezá-*

bamos el rosario que enseñaba ella, con una pausa y devoción particular, que se sentía como estar al lado de una santa”. Precisamente, el hermano de esta señora había sido escogido por el obispo Francisco Ulloa Larios, durante una anterior visita de doña Elena a León, cuyo objetivo era educar en Europa a un alumno del Seminario San Ramón que dirigía, entonces, el Pbro. José Antonio Lezcano.

Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, el notable historiador y periodista, había oído referir que una mañanita doña Elena se hallaba cortando flores en su jardín para llevar un ramillete al templo donde asistía a oír misa y comulgaba. En eso entró una señora muy conocida, protegida suya, de un barrio de Granada.

—Niña Elena, le dijo. Acuérdesse rogar por mí ahora que va a la iglesia.

“La señorita Arellano respondió a la visitante que con mucho gusto lo haría ofreciéndole también la comunión. Pero ella, sin duda intrigada por la súplica, se dirigió a la casa de la señora y amiga para saber a punto fijo qué le pasaba. Cuál fue su sorpresa al encontrarse que en la sala se estaba velando un cadáver y que era nada menos que el de la señora que había llegado a verla esa mañanita. Los parientes le informaron que había fallecido la noche anterior.

La señorita Arellano enfermó de la impresión. Para nosotros —comentaba Chamorro Zelaya— esta es una anécdota que sólo le ocurre a la gente santa”.

Manuel A. Cuadra, padre de los hermanos Cuadra Vega, era bastante explícito: Tenía yo unos siete muchos años cuando un día vi llegar a mi casa una señorita de porte humilde, pero distinguido, acompañada de una joven, a solicitar a mi madre que todos los días me mandara a su casa para iniciarme en el catecismo a fin de que pudiera dar mi primera comunión. Después me dijo mi madre que aquella persona era la niña Elena Arellano. . . Desde aquel día fuí constante en llegar a su espaciosa casa en una esquina formada por las intersecciones de la Calle Real y de la Atravezada, convertida en colegio, donde los padres de familia entregaban el tesoro de su hogar . . . Cuando llegué, unos cien niños de ambos

sexos, divididos en varios grupos, recibían su instrucción catequística. Yo estuve bajo la dirección, no recuerdo bien, si fue de la señorita Felicitá o Rosita Lezcano, hermanas de nuestro actual prelado Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega. Ella se encargó de imprimir en mi corazón de niño los nobles y piadosos sentimientos religiosos que tanto bien me han hecho. . . Más tarde me pude dar cuenta que el nombre de la señorita Elena Arellano, como respetuosamente se le llamaba, se mencionaba en todos los hogares, especialmente en el de los pobres, en los que sólo su nombre era un consuelo. Su labor no tenía punto alguno de reposo, recorriendo esos barrios. . . Y como resumen de todo lo que he mal hilvanado —concluyó— sería gran dicha para mí si al morir se cerraran mis ojos encomendando mi alma a la que Dios mediante será Santa Elena Arellano”.

Otro de los encuestados contaba que en uno de sus primeros viajes a Europa, que hizo en compañía del matrimonio de don Jesús Argüello y doña Jesús Vargas de Argüello, doña Elena recorrió las calles de Nueva York con el sobrio vestido que usaba en Granada; por supuesto, a sus acompañantes les daba pena verla con ese traje y no se arriesgaban a salir con ella de nuevo. Recurrieron al Padre Felipe Cardella —uno de los jesuitas expulsados de Nicaragua e íntimo de la familia Arellano— para que la obligara a vestirse al estilo de esa inmensa ciudad. El Padre le hizo ver el ridículo que hacía e inmediatamente le obedeció: compró un traje, lo usó y, al regreso, lo guardaría para sus viajes futuros.

Alberto Argüello —hijo del matrimonio referido— anotó: “Mi madre me contaba que doña Elena dormía siempre en el suelo y usaba un silicio áspero sobre sus propias carnes”.

La encuesta, finalmente, reprodujo un testimonio del doctor Luis H. Debayle —quien la acompañó en su viaje de 1888— redactado veinte años atrás; se trataba de una dedicatoria manuscrita, en un ejemplar del libro *Luz y Amor*, para un allegado a la familia Arellano: “Al Dr. Dn. Ignacio Suárez, como muestra de estimación y antigua amistad y recordando a la excelsa Santa Elena Arellano. León, Noviembre 24 de 1929”.

XXI. Su vida espiritual

Como afirma el Padre Manuel Ignacio Pérez Alonso, es difícil hablar de *Mama Elena* —así se le llamaba, cariñosamente, entre sus familiares y vecinos de Granada— sin caer en lo anecdótico. Ello ha perjudicado la valoración de su intensa vida espiritual, opacada por las diversas historias y anécdotas —todas verdaderas y hermosas— que atesoró la tradición oral. Pero no debemos despreciarlas, pues fueron testimonios de su presencia viva en su ciudad por lo menos hasta el cincuentenario de su muerte. Más bien, veamos en ellas el oculto fuego de su pasión consagrada a Dios y al prójimo por Dios la mayoría de sus setenta y cinco años.

A esto puede reducirse, en palabras de Pérez Alonso, su vida. Al fin y al cabo, encierra toda la Ley Divina: *Amar a Dios y al prójimo como a tí mismo*. Esto, sólo en sí, es un honor que ella tuvo como quizás nadie, o muy pocos, en su tiempo y que muchos auténticos cristianos ambicionarían: vivir una vida que merezca escuchar de Dios, el último día, su palabra prometida: “*Ea, siervo bueno y fiel, pues que fuiste fiel en lo poco. . . entra en el gozo de tu Señor*”.

“*Pero si a esta felicidad* —en lo poco y en lo mucho— *se añade una esfera amplísima de acción* —continúa Pérez Alonso, aludiendo las numerosas labores apostólicas de doña Elena Arellano— *es lógico que pierda en intensidad lo ganado en extensión. Sin embargo, en la vida de algunos santos sorprende por eso mismo semejante actividad, diríamos casi universal, sin disminuir en calidad. Es que el Santo unido a Dios por una identidad de voluntades y desunido de todo lo criado que no lleva a Dios conserva íntegras las energías de alma, sin menoscabo alguno, para lanzarse en cualquier momento en la dirección que Dios le señalare*”.

Y doña Elena, limitada por las circunstancias de su época, procuró lanzarse siempre en esa dirección. En esto radica, en síntesis, el secreto de su prodigiosa actividad de mujer sencilla a quienes sus contemporáneos vieron solícita por las calles de Granada dando de comer al hambriento y agua al sediento, vistiendo al desnudo, enseñando al que no sabía, visitando los enfer-

mos y los encarcelados, y que siendo nacida en riqueza escogió ser pobre como Cristo y mereció por eso la bienaventuranza de poseer la tie-

rra: en vida por la paz de su alma, muerta por la veneración de quienes amaron y amamos sus virtudes.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

ABURTO, Ernesto: "Monjas Clandestinas cumplen 75 años aquí", en *La Prensa*, 10 de diciembre, 1977.

ALVAREZ DE ARCAÑA, Juan Francisco: *Breve reseña de la vida de doña Elena Arellano*. Granada, Editorial Magys, 1961; reproducido con el título de "Una posible Santa: Elena de Arellano", en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* No.81, junio, 1967, pp.13-23.

ARGUELLO SEQUEIRA, Petronila (recopiladora): "Testimonios sobre Elena Arellano". 38 páginas a máquina firmadas, entre otros, por Alejandro Marengo, Concepción Aguirre Muñoz, Manuel A. Cuadra, Onofre Sandoval, Natalia v. de Maespín, Octaviano Rivera, Juanita Moreira, Natalia de Suárez, Alberto Argüello Vargas y Rosita Ch. de Barberena.

BARBERENA PEREZ, Alejandro: "Colegio Francés" y "Colegio Salesiano San Juan Bosco", en *Granada*, Managua, Imprenta Nacional, 1971, pp.345-348.

BOLAÑOS, Pío: "Memorias", en libro del mes de *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, No. 69, junio, 1966, p.8 "Carta de Santa Cabrini escrita desde Granada", en *La Prensa Literaria*, 27 de junio, 1971.

CERUTI, Franco: *Los Jesuitas en Nicaragua en el siglo XIX*. San José, C.R., Libro Libre, 1984, p.286.

CHAMORRO ZELAYA, Pedro Joaquín: *Enrique Guzmán y su tiempo*. Managua, artes gráficas, 1965, p.141. *Corona Fúnebre de Emilio Benard Doubé*. . . (3a.ed) Managua, Editorial y Litografía San José, 1971.

CUADRA BENARD, Dionisio: "Don Enrique Guzmán, un hombre sincero", en *Juventud*, No.9. septiembre, 1943, p.10.

CUADRA, Pablo Antonio: "Francisca Javier Cabrini: una Santa en Nicaragua", en *La Prensa Literaria*, 27 de junio, 1971.

CUADRA PASOS, Carlos: "Elena Arellano, sus huellas sobre el polvo", en *Bodas de oro*, Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe. 1903-1953. (Managua, editorial "San Rafael", 1953), 4pp. sin numerar: reproducido con el mismo título en *Revista Conservadora* 13, octubre, 1961, pp.21-25 y en *Obras II*. Managua, colección Cultural Banco de América. 1976, pp.235-249.

FERNANDEZ, Francisco de Asís: "El Fénix" (fechado el 13 de marzo del 68), en *La Sangre Constante*, Managua, Colección CUUN, 74, p.63.

FERNANDEZ M., Enrique: "Floreccillas de la fundación del Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe", en *Bodas de Oro*, Op. cit., 5pp. sin numerar; y "Mama Elena Arellano": *Retratos*. Managua, Ministerio de Educación Pública, 1962, pp.41-43 sin numerar.

GUERRERO, Julián N.: *Granada* (Monografía Departamental), (Managua, 1978), pp.234-235 y 243.

GUZMAN BERMUDEZ, Enrique: "Doña Elena Arellano y don Enrique Guzmán", en Suplemento de *La Prensa*, 15 de octubre, 1961. "Informe sobre la enseñanza en el Colegio de la Rvda. Madre Cabrini" (Granada, octubre, 17 de 1892), en *Revista de la Academia de Geografía e Historia*, tomo VII, No.II, Managua, agosto, 1945, pp. 61-64.

ORTEGA DE HEUSO, Josefa: "La mujer de ayer y la mujer de hoy", en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, No.86, noviembre, 1967, p.76.

PEREZ ALONSO, Manuel Ignacio: "Doña Elena Arellano: Secreto de una Vida", en *Encuentro*, No.6, julio-diciembre, 1974, pp.27-29.

PEREZ, Rafael: *La compañía de Jesús en Colombia y Centro América*. Después de la restauración. Tercera parte (. . .) Valladolid, Imprenta Castellana, 1893, pp.545-546. "Pueblo de Granada. . ." Hoja suelta con el Programa de la celebración del cincuentenario de la muerte de doña Elena Arellano, fechada el 10 de octubre de 1961.

REYES HUETE, Alejandro: "Elena y Luz Arellano", en *Estampas de nuestra historia*. Granada, Tipografía de El Correo, 1956, p.119. .

TOLEDO DE AGUERRI, Josefa: "Galería de maestras: Elena Arellano Chamorro" (fechado en 1918), en *Revista Femenina Ilustrada* (1918) y, abreviado, en *Enciclopedia Nicaragüense*. Tomo II, Managua, Imprenta Nacional, 1932, p.265.

TOBAR y R., Enrique: "El viaje de la Madre Cabrini desde Nueva York a Granada", en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo VII, No.2, agosto 1945, pp.52-60.

VIJIL, Francisco: *Elena Arellano, Digno Ejemplo del Magisterio Nacional*, Managua, Editorial Católica, (1948) y "Doña Elena Arellano y Santa Teresa de Jesús", en *Revista Conservadora*, No.11, octubre, 1961, p.25.



COLEGIO “ VENERABLE JUAN BOSCO ,, GRANADA (NICARAGUA)

La piadosa señorita Elena Arellano, encontrándose en Turín en 1888, cuando todo el mundo estaba bajo la impresión de la muerte de Don Bosco, al presenciar los funerales de este gran apóstol de la juventud, concibió la idea de un colegio salesiano en su patria. De regreso a Nicaragua entusiasmó de tal modo a su hermana, doña Luz Arellano v. de Sequeira, que ésta tomó muy a pecho el asunto y

se constituyó principal fundadora de la obra.

Doña Luz mandó construir un edificio, dejó dos terrenos a disposición de los Salesianos, para sostener la obra, e hizo las gestiones necesarias con los Superiores de Turín y con el Inspector en el Salvador, R. P. Misieri; pero no se pudo abrir el colegio sino pocos meses después de la muerte de la mencionada bienhe-



Granada. — Interior del Colegio Salesiano.

= 41 =



Da. LUZ ARELLANO v. de SEQUEIRA

chora. Al entrar en el Paraíso obtuvo inmediatamente aquella gracia que en vida no había podido obtener.

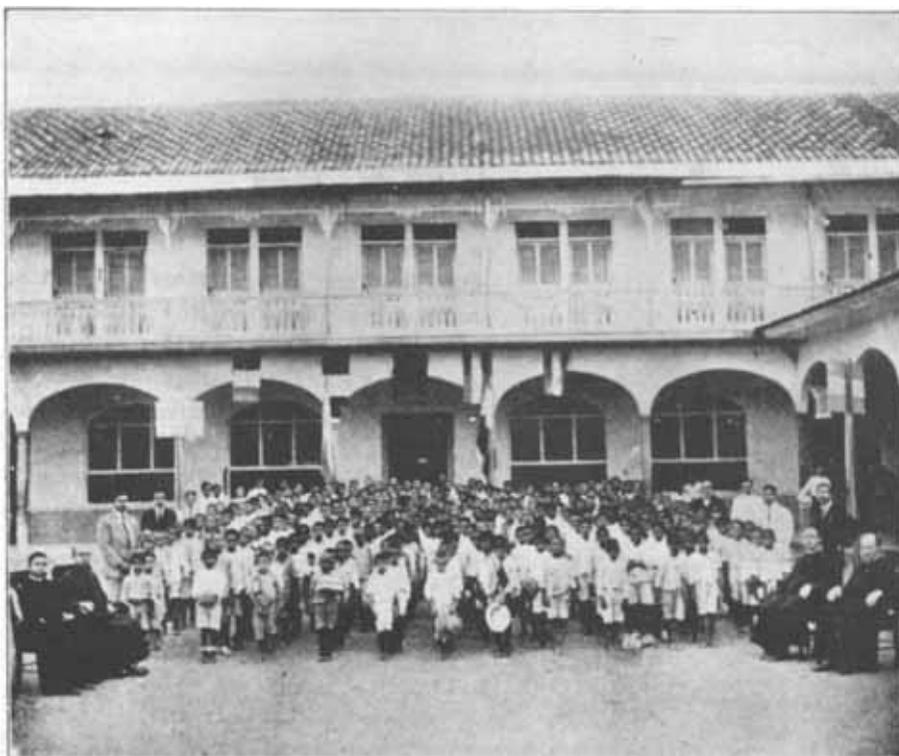
El colegio salesiano en Granada empezó a funcionar en marzo de 1912, época en que llegaron los primeros salesianos; como director quedó el R. P. José Dini y le sucedieron en la dirección respectivamente, los RR. PP. Baldisserotto, Misieri, Menichinelli y Bottari, actual director del Instituto.

El colegio poco a poco fué tomando mayores proporciones. Allí vemos escuelas

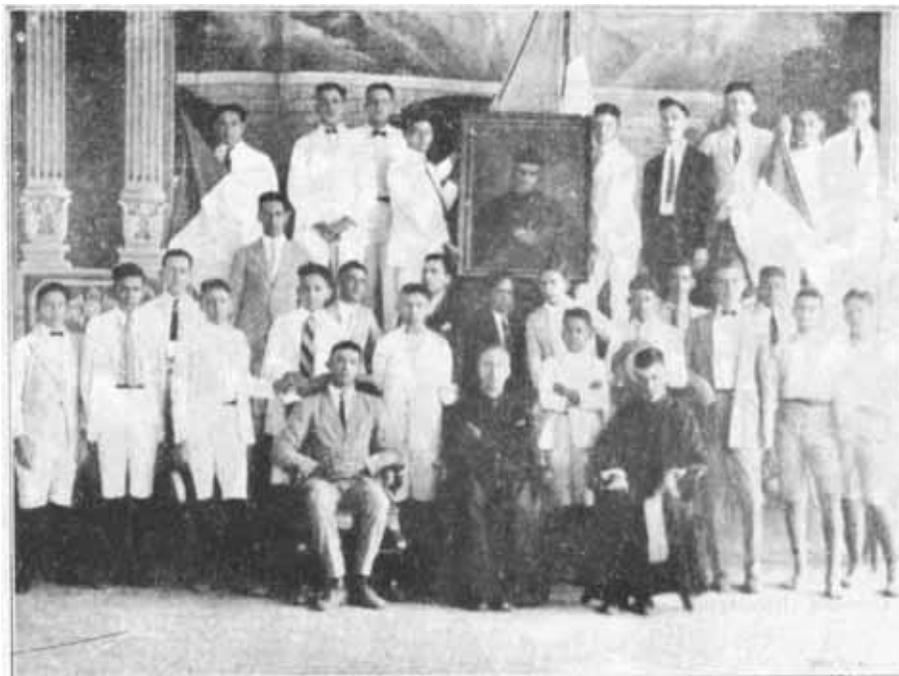


Granada (Nicaragua). - Autoridades civiles en el Colegio « D. Bosco ». — 1912.

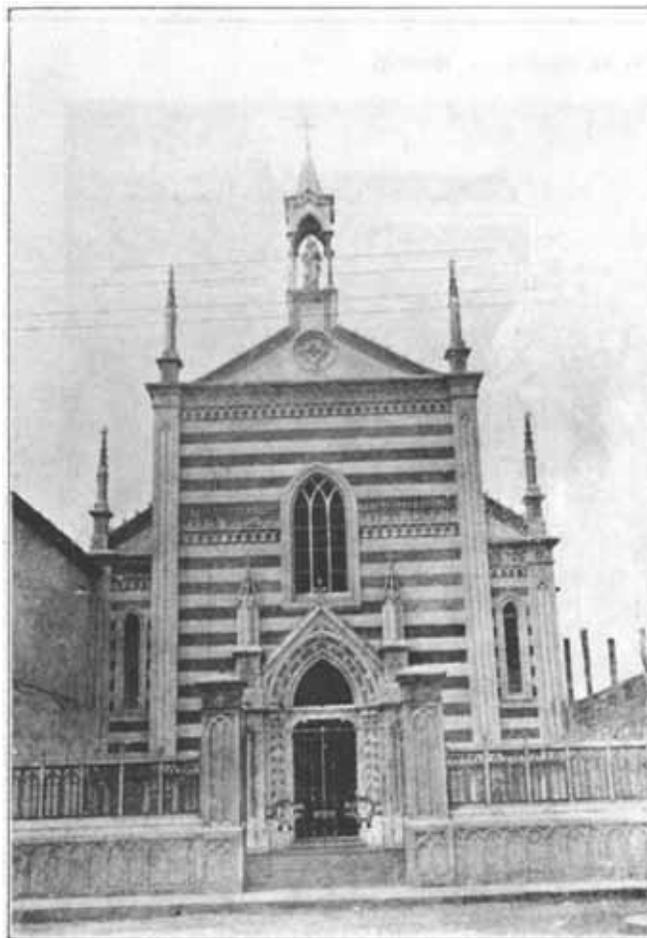
= 42 =



Granada. — Grupo de alumnos (1925).



Reunión de ex-alumnos. — 1925.



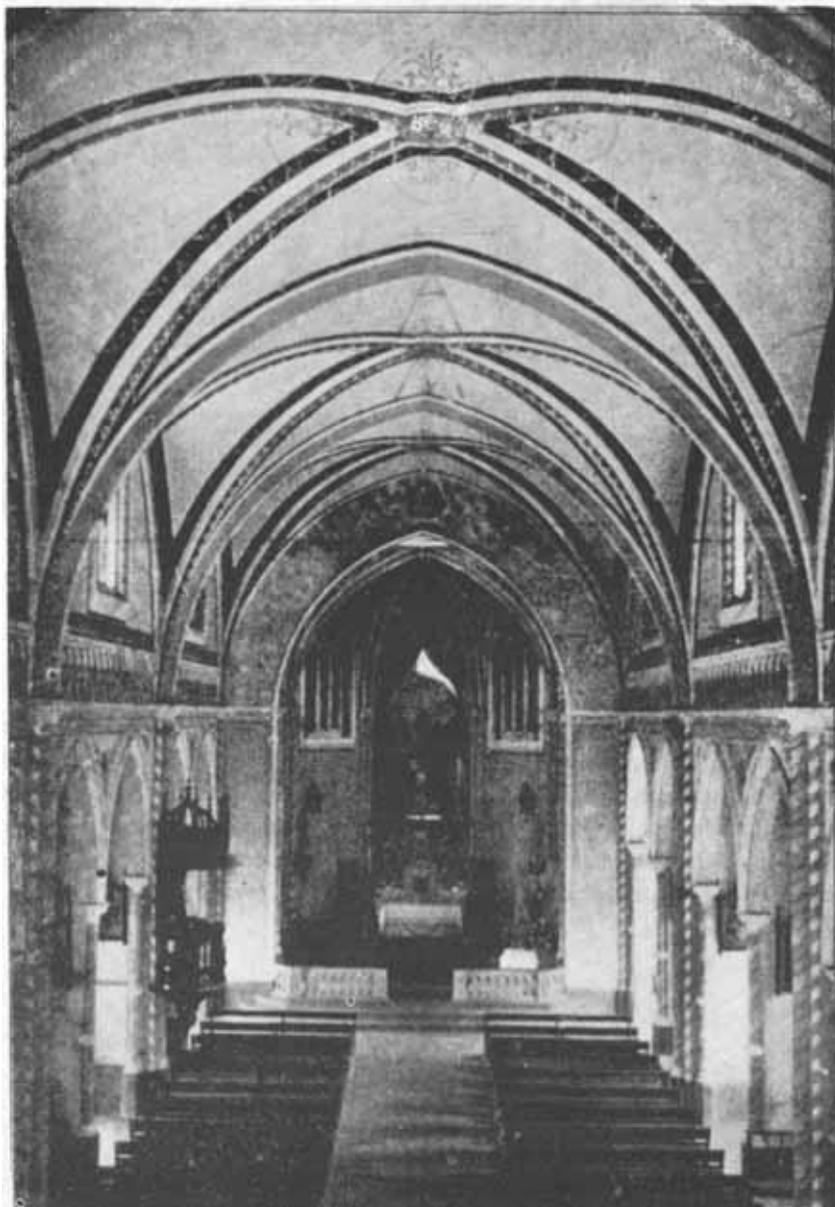
Granada. — Fachada de la Iglesia de María Auxiliadora.



Un particular de la Iglesia.

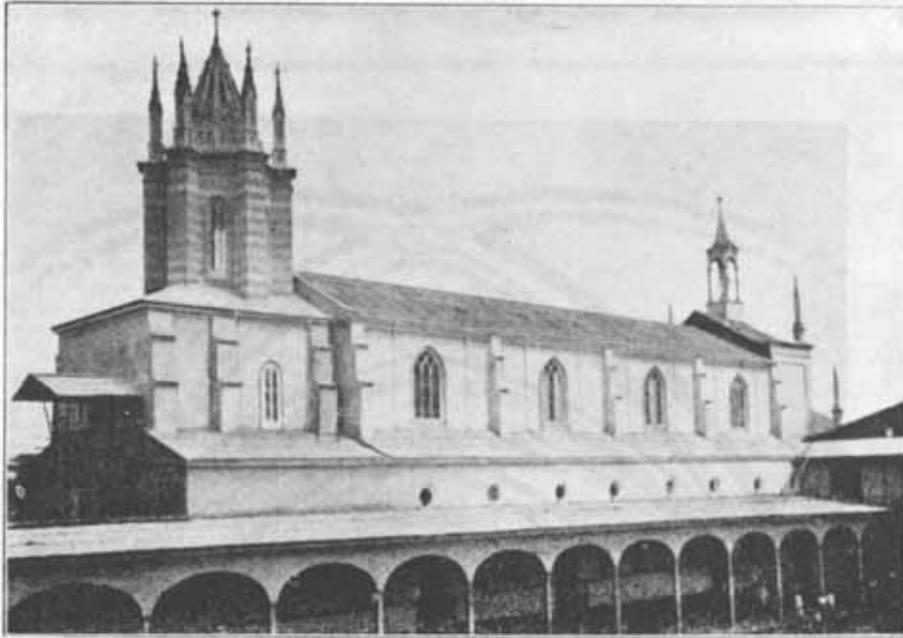


Granada. — Interior de la Iglesia de María Auxiliadora.



Granada. — Otra vista de la Iglesia.

= 46 =



Granada. — Vista parcial del Colegio « Ven. Juan Bosco ».

primarias gubernativas, cursos superiores, escuela de telegrafía, talleres, oratorio festivo y una hermosa iglesia dedicada a María Auxiliadora. La devoción a la Virgen de Don Bosco en nuestra iglesia de Granada tiene algo de portentoso : tanto

el pueblo como la sociedad van a post- trarse a los pies de la Auxiliadora con imponderable y constante devoción y no satisfechos aún, entronizan en sus hogares la imagen de nuestra Madre junto a la del Sagrado Corazón de Jesús.



= 47 =

SECCION ARCHIVO



SECRETARIA STATUS

Summus Pontifex
Ioannes Paulus II

in Consistorio, hodie mane habito, in Patrum Cardinalium Collegium cooptavit Excellentissimum ac Reverendissimum Dominum

Michaelem Obando Bravo
Archiepiscopum Managuensem

cui quidem, cum effusa caritate benedicit, superna lumina ac praesidia a Deo implorat ut ipsi collata dignitas ac incrementum meritorum pro sanctissima religionis causa abunde cedat.

Ex Aedibus Vaticanis, die XXV mensis Maii,
anno MCMLXXXV.

A. Card. Cerruti

Secretaría de Estado

El Sumo Pontífice

JUAN PABLO II

en el Consistorio tenido hoy en la mañana escogió para el Colegio de los Padres Cardenales al Excelentísimo y Reverendísimo Señor

MIGUEL OBANDO BRAVO
Arzobispo de Managua

para quien, mientras lo bendice con ardiente caridad, implora de Dios las luces y ayudas celestes para que la dignidad que se le ha conferido redunde en aumento de los méritos en pro de la santísima causa de la Religión.

Desde las Sedes del Vaticano, el veinticinco de Mayo de mil novecientos ochenta y cinco.

A. Card. Casaroli

IOANNES PAULUS EPISCOPUS SERVUS SERVORUM DEI

Venerabili fratri suo Michaeli S.R.E. Cardinali Obando Bravo, Archiepiscopo Metropolitae Managuen-
si, salutem et Apostolicam Benedictionem. Consueverunt Romani Pontifices egregius ius sacri ordinis Viris, quos in Purpurato-
rum Partum Collegium cooptaverunt, unum ex titulis assignare templorum, quae in hac alma Urbe vel eximia vetustate,
vel mirae artis operibus vel denique praecelatis rerum catholicarum coeptis excellent. Cuiusmodi titulo volentes etiam te, Ve-
nerabilis frater Noster, decorare, quem in sacro Consistorio, hoc ipso die habito, Apostolica potestate Nostri S.R.E. Presby-
terum Cardinalem renuntiavimus, templum S. Joannis Evangelistae in Spinaceto tibi concedimus et assi-
gnamus. Habebis scilicet omnia privilegia et facultates, onera quoque et obligationes subibis, quae Cardinalium tui ordi-
nis solent propria esse, postquam eiusdem sacrae aedis possessionem vel per te vel per alium a te delegatum vicum ad nor-
mam iuris communis acceperis. Dilectis autem filiis templi S. Joannis Evangelistae in Spinaceto rectori atque clero ceteris-
que omnibus, qui eidem sunt addicti, paternae suademus, ut laetissimo te animo suscipiant teque, qua par est reveren-
tia, colant et observent peramanter. Ceterum, Venerabilis frater Noster, summo dum gaudio afficimur quod, in ca-
tholicae Ecclesiae senatum allectus, ad suprema gerenda negotia Nobis sis auxilio Romanaeque Sedi honori atque
ornamento, enixas Deo preces admovemus, ut suis te cumulet donis, gratia et ope confirmet. Datum Romae, apud
S. Petrum, die vicesimo quinto mensis Maii, anno Domini millesimo nongentesimo octogesimo quinto, Pontifi-
catus Nostri septimo.

Ioannes Paulus PP. II



Luca Rossetti, Turcom. Apert.

JUAN PABLO, OBISPO SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS

al venerable hermano suyo *Miguel* cardenal de la Santa Iglesia Romana *Obando Bravo*, Arzobispo Metropolitano de Managua, salud y Bendición Apostólica. Acostumbraron los Romanos Pontífices asignar a aquellos varones ilustres del Orden Sagrado, a quienes hubiesen admitido al Colegio de los Padres Purpurados, uno de los templos que sobresalen o por su famosa antigüedad o por sus obras de arte admirable o finalmente por gestas ilustres de asuntos católicos. Queriendo honrarte con un título semejante, también a Ti, venerable Hermano Nuestro, a quien con Nuestra potestad Apostólica hemos proclamado Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana, en el sagrado Consistorio tenido hoy mismo, te encomendamos y te asignamos el templo de *San Juan Evangelista en Spinaceto*. Una vez que hayas tomado posesión del sagrado edificio tú personalmente o por medio de un varón delegado por tí a tenor del derecho comun, tendrás todos los privilegios y facultades y asumirás las cargas y obligaciones que suelen ser propias de los Cardenales de tu Orden. Al Rector, al Clero, a los queridos hijos del templo de San Juan Evangelista en Spinaceto y a todos los demás que pertenecen al mismo, paternalmente los exortamos, para que te reciban con mucha alegría, te honren y te reverencien con filial afecto. Además, venerable Hermano Nuestro, mientras nos llena de inmenso regocijo que hayas sido promovido al Senado de la Iglesia Católica, elevamos especiales preces a Dios para que Nos ayudes en la gestión de los asuntos más importantes, para que seas de prestigio y honra de la Sede Romana, para que te colme de sus dones y te fortalezca con su acción y gracia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el veinte y cinco de Mayo del año del Señor mil novecientos ochenta y cinco, séptimo de Nuestro Pontificado.

Juan Pablo II

Marcelo Rosetti, Protonot. Apost.

¿QUE SIGNIFICA HOY, UN CARDENAL?

Mons. Pablo Antonio Vega

Eminencia Reverendísima: Señor Cardenal Miguel Obando Bravo
Excelentísimos Señores Obispos:
Mons. Gregorio Rosa Chávez y Mons. Pedro Arnaldo Aparicio y Quintanilla,
Representantes de la Conferencia Episcopal de El Salvador.
Mons. Dimas Cedeño,
Representante de la Conferencia Episcopal de Panamá,
Mons. Luis Santos,
Representante de la Conferencia Episcopal de Honduras.
Excmo. Señor Encargado de Negocios de la Santa Sede: Mons. Paul Gobel
Excelentísimos Señores Obispos de la Conferencia Episcopal de Nicaragua:
Mons. Salvador Schlaefter, del Vicariato Apostólico de Bluefields.
Mons. Rubén López Ardón, Obispo de Estelí.
Mons. Carlos Santi, Obispo de Matagalpa.
Mons. Bosco Vivas, Obispo Auxiliar de Managua.
Pbro. Douglas Araica, representante personal de Mons. Pedro L. Vilchez,
Obispo de la Prelatura de Jinotega.
Presbíteros, Religiosos y Religiosas.
Hermanos en el Sacerdocio del Pueblo de Dios.

Cada momento, es para los cristianos, como una nueva encarnación del Espíritu de Dios en nuestra carne mortal.

Por el Espíritu, somos comprensibilidad y responsabilidad creadora de nuestro propio vivir, personal y colectivo.

Sin esa fuerza concientizadora y vivificadora del Espíritu, nuestro existir histórico, no sería más que tiempo para morir; para diluirse en el "no ser".

En Cristo, somos Revelación, Rescate Liberador, Regeneración humanizante del hombre, desde las Fuentes Eternas de la Vida.

* Saludo de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, al Cardenal Miguel Obando y Bravo, a su regreso a Managua después de su Inves-tidura Cardenalicia en Roma, durante la Misa Campal celebrada en el Centro Juvenil Don Bosco, el 15 de junio de 1985.

Para continuar, para activar y actualizar la Acción Soberana del Espíritu de Dios, que da vida, que salva y que libera al hombre de toda deshumanización y de toda opresión esclavizante, Cristo, estableció y articuló, en ordenada trabazón, un Cuerpo Ministerial: Su Iglesia, Pueblo de Dios.

Muchos se preguntan, y nos preguntan, qué significado tiene el nombramiento de un Cardenal, precisamente en Nicaragua?

No me voy a referir a las funciones específicas, que según derecho corresponden a un Cardenal. Tales como, la responsabilidad de participar directamente en la elección del Sumo Pontífice, o de asistir a determinadas asambleas de consulta, llamadas "consistorios".

Quiero fijarme en algo que hoy día, ha venido como a darle un más vivo y expresivo significado a la Presencia Universal de la Iglesia como Signo de Revaloración y Auto-

afirmación del hombre sobre el acontecer histórico.

Porque no basta *anunciar* a Cristo como Salvador; hay que *encarnarlo*, redescubriendo y liberando a todo pueblo, en las fuentes soberanas del Espíritu.

Tanto más rescatadora y regeneradora es la acción del Espíritu de Dios, cuanto más hace libres y concientemente responsables a los hombres frente a su propio medio concreto. El Espíritu no puede ser nunca un esquema de conformación o de sojuzgamiento de unos pueblos sobre otros, de unos grupos sobre otros. Es la acción creadora y vivificadora del *Creador del Universo*, que quiso hacer al hombre *participar* del Dinamismo Soberano que procede de su Divinidad.

Por eso, aunque el cardenato no confiere a los designados, ni una nueva, ni más amplia jurisdicción sobre las Iglesias locales, es sin embargo, como una mayor relevan-

cia del signo de la comunión participativa, que activa en el pluralismo

Por eso, aunque el cardenalato no confiere a los designados, ni una nueva, ni más amplia jurisdicción sobre las Iglesias locales, es sin embargo, como una mayor *relevancia del signo de la comunión participativa*, que activa en el pluralismo de las Naciones, la única fuerza soberana del hombre: *su grandeza espiritual*. Un mismo espíritu en una *única estructura de Iglesia*; pluriforme, en un solo y único ministerio: El Ministerio del Espíritu.

Por los Cardenales escogidos y designados, de ese pluralismo de culturas y de situaciones diversas de los pueblos, se hace como más expresiva la acción de un mismo Espíritu: Valorando, Dignificando y Liberando a cada hombre y a cada pueblo de las ciegas mezquindades de la carne.

Vengamos a Nicaragua y a nuestra Centroamérica

¿Quién no ha sentido como una brisa nueva, de aliento y de fortalecimiento espiritual, a la sola noticia de la elevación a la dignidad cardenalicia del Arzobispo de Managua, hoy Cardenal de la Iglesia Universal, Su Eminencia Miguel Obando y Bravo?

¿Quién no advierte en su ascenso, como un indicativo de los procesos por los cuales camina la auténtica liberación del hombre y de los pueblos? Procesos que reivindican y dignifican al hombre, en su calidad señorial sobre su historia, sin afanes antagónicos de unos contra otros: "Hacerse todo, para todos".

Desde aquella humilde y marginada región de Chontales, del viejo y gran Chontales, hoy dividido en tres: El Chontales del Norte, el del Centro y el del Sur, como decía un ilustre geógrafo de la región; pero siempre uno en su historia. Admirable en su paciencia y silencioso en sus luchas por recuperar a su mayoría campesina, a los irrenunciabiles derechos de participar, como

propia decisión, como seres libres, en todos los niveles de la vida privada.

Hay todavía quienes se asustan, de que se tenga que decir a campesinos y obreros, que tienen derechos sociales y políticos a expresarse, a organizarse, a poseer y convivir participativamente en la construcción de las bases de su Comunidad Nacional. Cuando se habla a campesinos y obreros se le da a la "participación", la equivalencia a sometimiento; a sojuzgamiento, por hambre y por decisiones de aquellos grupos que se privilegian y excluyen como con derecho de aplastar a los humildes. Explotándolos y privándolos de todo derecho personal y social.

Hoy los chontaleños, en la figura del Cardenal Obando, han adquirido ciudadanía universal.

El Cardenal Obando, es chontaleño de pura cepa. Su ascenso escalonado ha pasado por las gradas del servicio ministerial en los distintos pueblos de Centro América. Ha pasado del corazón de las montañas Matagalpinas a la probada Managua. Con su Carazo encantador, con su Masaya y su Monimbó. Allí donde lo mismo tabletean las marimbas, arrancando a la madera ritmos que invitan a la danza, como suenan también los cachos y los tambores, invitando a defender la dignidad indomable del nicaragüense; sus glorias culturales, su auténtico orgullo de nación. La soberanía de una nación se mide, inequívocamente, en la *Libertad y Voluntad* soberana de su pueblo.

Nicaragua es policromía de culturas, fortalecida y unificada en la soberanía indomable del Espíritu, recuperada por la Fe Cristiana: los Subtiavas indómitos del bravo León. Los Sumus, Misquiños y Ramas del Atlántico en su apasible vida, llena de ensueños de montaña y de arulllos fluviales; pero siempre en celosa e inquebrantable defensa de su identidad cultural.

Pero correríamos el riesgo de quedarnos en la euforia y en las efi-

meras grandezas, si al hablar del Deber Cristiano de rescatar al hombre y salvar al mundo, nos encarnamos en nuestras propias vidas y desconcertantes realidades, esa fuerza unificadora y regeneradora del Evangelio.

En su carta del 27 de febrero de 1982, días antes de su visita a nuestras tierras, el Papa Juan Pablo II, nos decía que, "su propósito era para venir a confirmarnos en la fe; en la comunión eclesial y en la acción que se encarna inspirando nuestras realidades existenciales de cada día". Esta, podemos decir, que es la Misión que corresponde a un Cardenal de la Iglesia.

En vano nos desvaneceríamos en cantos y alabanzas a Cristo, si no lo encarnamos, dignificando, valorando y liberando a nuestro pueblo en sus responsabilidades y derechos, en su participación en la soberanía del Espíritu que procede de Dios.

Por esta misma razón, permítanme entresacar de la carta del Papa Juan Pablo II, a los Obispos de Nicaragua, del 29 de Junio de 1982, tres grandes tareas, que hoy se reclaman con urgencia:

PRIMERA: "Reafirmar y fortalecer la identidad cristiana en la comunión eclesial que gira y se vivifica dinámicamente en torno al Obispo". Es por esta Iglesia, Pueblo de Dios, que se rescata y se rehace la Unidad Fundamental de la familia humana. Quitad al hombre esta raíz de la igualdad de todos los hombres en Dios, y volverá a quedar a merced de los egoísmos de clase" que crean las teorías de discriminación y de aplastamiento de unos sobre otros.

La discriminación ideológica es la más cruel y más tiránica de todas las discriminaciones. Porque va a la raíz de las concepciones que justifican luego los despojos de la calidad humana en sus contrarios. Descalificándolos en sus derechos a *participar libremente* en la gestión por el bien común de todos.

La SEGUNDA TAREA, está íntimamente ligada a la primera. El

Papa nos hablaba de una acción espiritual "en favor de la promoción humana, personal y colectiva de nuestra gente".

El primer gran pecado social que pesa históricamente sobre nuestros pueblos es *el no haber urgido suficientemente*, por diversos y múltiples impedimentos la *cualificación y valoración humana de nuestro pueblo en todos los niveles*.

A raíz de todas las injusticias sociales, económicas y políticas está la *injusticia radical* que se comete contra un pueblo o contra sus sectores mayoritarios, cuando se lo *descualifica humanamente*, para negarle todo derecho a su libre y soberana participación en los asuntos de su nación. La nación queda al arbitrio de unos pocos que se apropian de los bienes y derechos que son de todos.

Desde los viejos y no pasados tiempos de la conquista, los que buscaban la dominación y no la evangelización de nuestro pueblo, se opusieron a los valientes *misioneros y teólogos, que defendieron la calidad humana y social* de nuestros aborígenes. Aplicaban a nuestros indígenas los más denigrantes calificativos, equiparándolos a las "bestias", para atribuirse así, el derecho de dominarlos y explotarlos sin ley

ni divina ni humana. Para atribuirse incluso el derecho de matarlos y eliminarlos de la faz de la tierra.

No pareciera que hayamos avanzado mucho, de aquella época.

La TERCERA TAREA que el Papa nos señala en esta carta, como deber irrecusable para todo cristiano, es la de "Permanecer en plena disponibilidad a servir a la auténtica causa del pueblo".

El desconocimiento e irrespeto que se ha hecho siempre en nuestra historia, a la *identidad socio-cultural* de nuestro pueblo, como unidad pluralista entre iguales, nos ha hecho *dependen utópicamente o servilmente* de los "egoísmos partidistas" en el poder.

Ni se ha respetado, ni se ha cultivado, con realismo humano y verdadera visión colectiva, la identidad socio-cultural de los derechos igualitarios de todos los que integran una nación. Hemos sido víctimas de los "divisionismos partidistas" y de los "dependentismos", sin realmente estimular, activar y acatar la soberanía de nuestro pueblo.

Cristo, los cristianos, no somos un sistema; ni de izquierdas, ni de derechas, ni de centro. Pero sí,

somos, los valores que dignifican y liberan a los pueblos para que puedan construir fraternalmente en igualdad de derechos, sus propias nacionalidades; sus propias estructuras socio-políticas, que garanticen la dignidad y los derechos del hombre en todos los pueblos.

Señor Cardenal, Señores Obispos, Presbíteros, Religiosos y Religiosas, Cristianos todos, Pueblo Unido y fecundo en la espiritualidad que da vida y razón de ser al vivir histórico. Esta es una hora de acción por la liberación y la salvación de nuestros pueblos en la *dignidad, la libertad y unidad soberana de los hijos de Dios.*

"Hagámonos, todo para todos".

No nos engañemos ni nos dejemos engañar: Sólo quiere realmente la Paz, el que ama y respeta a su hermano. El que no lo priva ni lo explota en sus bienes y derechos. El que no busca su humillación ni su muerte.

La fe es vida. El materialismo es muerte.

Managua, Junio 15 de 1985

Mons. Pablo Antonio Vega M.
Obispo Prelado de Juigalpa
Presidente de la C.E.N.

PERMANEZCAMOS FIRMES EN LA FE*

Excmo. Mons. Gerald Lacerra, Vicario General y Canciller.

Ilustrísimo Padre Emilio Vallina

Padre José Paz.

Sacerdotes, Religiosos y Religiosas.

Hermanos todos en Cristo nuestro Señor.

Quiero dar un saludo muy cordial al pastor de esta Arquidiócesis de Miami,

Su Excelencia Mons. Eduard McCarthy; a sus Obispos Auxiliares.

Y quiero al mismo tiempo agradecer la presencia de los Monseñores y Sacerdotes que me acompañan en esta celebración eucarística.

Agradezco la presencia de todos los hermanos.

Agradezco a los medios de comunicación que han estado anunciando esta eucaristía.

Escuchaba por la radio que alguno de ellos decía: tengo la garganta cansada, que está a punto de explotar.

Agradezco a los caballeros y a todos los que nos acompañan en esta celebración eucarística

Estoy celebrando esta eucaristía por la intención de todos ustedes; por la intención de los que están sanos, y por la intención de los que están enfermos; por los que están alegres, y por los que se encuentran tristes.

Después de la celebración del Consistorio, tuve la oportunidad de celebrar la primera eucaristía en el altar de San Pedro, roca sobre la cual descansó la Iglesia. Allí en ese altar he pedido por todos los hermanos, por todos, porque somos hermanos en Cristo; he pedido por los que están en Nicaragua, y he pedido por los que se encuentran también fuera del país. Celebré la segunda eucaristía en la parroquia que el Santo Padre me designó, que queda en un lugar de Roma, Spina-chito. Allí también he levantado mi plegaria pidiendo por la paz de nuestros pueblos. La tercera eucaristía la celebré en Turim, en la iglesia de María Santísima Auxiliadora, la iglesia que levantó el mismo San Juan Bosco, y la cuarta eucaristía la celebré en el Colegio Don Bosco, lu-

gar donde vio la luz de la existencia el mismo San Juan Bosco, y la quinta eucaristía la celebro aquí con ustedes mis buenos hermanos, la celebro pidiendo por la paz, la concordia y la armonía.

Me alegra que esta eucaristía se celebre en un jueves, porque un jueves las iglesias de Nicaragua están repletas. Se celebra con gran devoción a Cristo eucaristía, y me alegra que esta eucaristía sea en la iglesia que lleva el nombre del Arcángel San Miguel. El patrono de la Arquidiócesis de Managua es San Miguel Arcángel. Y me causa mucha alegría que esta eucaristía la celebremos también en esta iglesia, que lleva el nombre del Arcángel San Miguel. .

San Pablo en el capítulo 11 de la Carta que escribe a los Hebreos dice: "La fe es la seguridad de las cosas que no vemos y la certeza de las cosas que esperamos" y comienza San Pablo citando una lista de hombres que se destacaron en la fe. Dirá que el sacrificio de Abel le agradó al Señor porque era hombre de Fe. Citará al patriarca Abraham que abandona la tierra donde vio la luz de la existencia y se marcha a la tierra que el Señor le propone. Citará después a Isaac, Jacob y una serie de patriarcas y San Pablo termi-

na: "La Fe sorprendió a esos hombres, o la muerte digo, sorprendió a esos hombres firmes en la fe".

Al celebrar esta eucaristía le pido al Señor que todos permanezcamos firmes en la Fe.

En Nicaragua la evangelización se dió y descansó en dos pilares: descansó en el pilar de Jesús eucaristía y en el otro pilar que es la devoción a María.

El pueblo nicaragüense es un pueblo de Marianos. Yo noto cuando el pueblo se encuentra triste, pero cuando uno nombra a María parece que ese pueblo cobra vida. Uno grita ¡Quién causa tanta alegría! y da gusto ver cómo responden 150,000 personas ¡La Concepción de María! Uno dice, ¡María de Nicaragua! y el pueblo responde en coro ¡Nicaragua de María!.

Que permanezcan firmes en la fe, pero para permanecer firmes en la fe, es necesario meditar la palabra de Dios, ya lo dice la Sagrada Escritura: "el hombre que medita la palabra de Dios y la pone en práctica es como un árbol plantado a la orilla de una fuente que dará muchos frutos a su debido tiempo". Que se alimenten con la eucaristía, sobre

* Homilía pronunciada por su Eminencia el Cardenal Miguel Obando Bravo en la ciudad de Miami ante la comunidad católica de residentes nicaragüenses en dicha ciudad.

todo los hermanos que se encuentran lejos de la patria donde nacieron.

Cuando el profeta Elías iba huyendo, evitando que le tomaran preso para darle muerte, va a través del desierto y se siente cansado, desalentado y hay un momento en que el profeta le dice al Señor: "Señor, mándame la muerte, porque ésta no es vida". Se entrega al sueño y un ángel le despertará dándole agua y un pan que había sido cosido en las brasas. El ángel le dice: come y bebe. El profeta come y bebe, pero está cansado y sigue durmiendo. Pero el ángel le repite: come y bebe porque tienes que dar una caminata de varias leguas, y el profeta come y bebe de aquella agua y tiene fuerzas para seguir caminando por el camino de la vida, en medio de las viscosidades, en medio de las dificultades, tiene que alimentarse de la palabra de Dios y del pan eucarístico, porque el que coma de este pan tendrá la vida eterna.

Nosotros debemos pedir en esta eucaristía por la reconciliación, pero les recuerdo que no habrá reconciliación mientras el hombre no tenga una verdadera conversión, y no puede haber conversión mientras el pecado grave anide en el corazón del ser humano.

El pecado produce una ruptura con Dios y después produce una ruptura con nuestros semejantes, y diría también que produce una ruptura en nosotros mismos. Estamos divididos y Dios le expresa a San Pablo: parece que hay dos hombres en mí: No hago el bien que quiero sino muchas veces hago el mal que no quiero.

Si somos cristianos, debemos pedir por la reconciliación. Cristo, dirá

la Sagrada Escritura, vino a derribar los muros del odio, del egoísmo, de los deseos de venganza y Cristo con su muerte destruyó el muro y unió a los pueblos que estaban separados y divididos.

El Santo Padre me decía o nos decía a los nicaragüenses que asistimos a la audiencia que él nos dió después del Consistorio, decía textualmente: "Es una tarea improrrogable que el episcopado de Nicaragua siga luchando por conseguir la reconciliación y la concordia entre todos los nicaragüenses, lo cual ayudará a la vez a consolidar una paz estable en toda la región centroamericana.

Nosotros, mis buenos hermanos, tenemos que trabajar; me refiero de un modo especial a los nicaragüenses, a los hermanos de Centroamérica. Tenemos que trabajar para construir una paz, pero una paz que esté apoyada en cuatro pilares: la verdad, el amor, la justicia y la libertad. La verdad es Cristo. El es el camino, la verdad y la vida. En el amor, porque si no hay amor, no hay caridad. Ya lo dirá San Pablo: de nada sirve que hable la lengua, la lengua que hablan los seres humanos y las lenguas angelicales. Si no tengo caridad no soy nada más que una campana que suena y un bronce que retiñe. La verdad sobre Cristo. La justicia, que es importante y sobre todo la libertad, porque Dios nos ha hecho libres y debemos de ser libres, y cada uno de nosotros debe trabajar, debe poner su granito de arena para que podamos gozar de una paz que esté apoyada en el amor, en la verdad, en la justicia y en la libertad.

el Santo Padre, el Santo Padre, me decía, como prueba del afecto, del afecto que siento por Usted Señor

Cardenal y por los demás hijos de Nicaragua a quienes llevo en mi corazón de modo especial desde mi visita pastoral a ese país os imparto mi bendición apostólica.

El Papa ora por nosotros, yo quisiera que nosotros siguiéramos orando y que le pidieramos a María que es reina de la paz, que nos ayude, que la invoquemos porque María, dirá Puebla, es el modelo perfecto del cristiano, es la imagen ideal de la iglesia y es la estrella de la evangelización. Que llevemos a María en los labios, pero sobre todo mis buenos hermanos, que la llevemos en lo más profundo de nuestros corazones.

Quiero terminar reiterando mi agradecimiento a todos mis hermanos nicaragüenses, cubanos y de todas partes de este país. Sé que todos han trabajado. Sé que preparar estas cosas implica sacrificios, implica tiempo. Algunos de ustedes han venido tal vez recorriendo varios kilómetros, han aguantado un poquito de calor, pero yo creo que el Señor va a premiar este esfuerzo que se hace para pedir la paz en esta oportunidad.

Agradezco al Señor Cura Párroco, a todos los sacerdotes que han colaborado para que pudiéramos celebrar esta eucaristía aquí con todos ustedes y yo, Dios mediante, mañana partiré para Nicaragua y pasado mañana espero celebrar la eucaristía con unos 150,000 personas y voy a pedir a las ciento cincuenta cincuenta mil nicaragüenses que van a asistir a esa eucaristía, que oren por nosotros, que oren por todos ustedes, porque somos miembros del cuerpo místico de Cristo.

Que sigamos unidos en Cristo, y les recuerdo que la unión hace la fuerza.

HAY QUE LOGRAR LA RECONCILIACION*

Después del consistorio he tenido la dicha de celebrar la eucaristía en el altar de San Pedro, y he pedido, en un modo especial, por todos ustedes.

La segunda misa la celebré en la parroquia de Spinaceto, parroquia que debo animar con mis consejos y con mi patrocinio. Allí también recé por mi pueblo, y también la comunidad de Spinaceto.

La tercera misa la celebré en Turín, en la Basílica de María Santísima Auxiliadora, basílica que fue construida por San Juan Bosco.

La cuarta eucaristía la celebré en el Colle Don Bosco, lugar donde nació San Juan Bosco.

La quinta eucaristía la celebré en Miami, y he pedido por la concordia y reconciliación de nuestros pueblos.

En esta eucaristía, que hace algunos días estoy anhelando celebrarla con ustedes, daremos gracias al Señor por los beneficios que nos ha concedido y pediremos por la reconciliación y la concordia entre los nicaragüenses.

EL BUEN PASTOR

Jesús es el buen pastor que da la vida por sus ovejas. Es el Dios compasivo, que permanece con nosotros, en los momentos de dolor y sufrimiento.

Desde el momento mismo en

* Homilía pronunciada por su Eminencia el Cardenal Miguel Obando Bravo, durante la Misa Campal celebrada en el Centro Juvenil Don Bosco, el 15 de junio de 1985, a su regreso a Managua después de su Investidura Cardenalicia en Roma.

que a Dios le llamamos Emmanuel, Dios con nosotros, estamos entrando en una nueva relación de intimidad con él.

El Dios con nosotros es un Dios cercano, un Dios que llamamos nuestro refugio y fortaleza, nuestro pastor.

Ese Dios compasivo que se nos reveló en Jesucristo, es un Dios que se hizo siervo, esclavo.

A nosotros nos resulta difícil comprender, que podamos ser liberados por alguien, que se ha hecho impotente; que podamos ser robustecidos por alguien que se ha hecho débil; que podamos hallar nueva esperanza, en alguien que se ha hecho débil; que podamos hallar nueva esperanza, en alguien que se ha despojado de todo atributo; que podamos tener un "líder" en alguien que se ha hecho siervo. Es algo que supera nuestra capacidad intelectual y emocional.

Parece que deberíamos esperar la libertad de parte de alguien que no estuviera encarcelado. La salud, de parte de alguien que no estuviera enfermo; las nuevas directrices, de alguien que no estuviera tan perdido y confuso.

Pero de Jesús se afirma que se vació de sí mismo y asumió la condición de esclavo.

Jesús no nos echa una mano desde arriba para arrancarnos de la esclavitud, sino que se hizo esclavo con nosotros.

La compasión de Dios es una compasión que se manifiesta en la servidumbre.

Se hizo uno de nosotros y más humilde aún que nosotros, hasta el punto de aceptar la muerte, y una muerte en la cruz.

No sólo se hizo humano, sino que se hizo el más abatido de los humanos. En esta humillación vivió Jesús hasta el fondo, las consecuencias de su decisión de vaciarse de sí mismo, para estar compasivamente con nosotros.

En su condición de siervo, Dios nos resulta desfigurado, ni actúa en contra o a despecho de su divino Yo. Es en su calidad de siervo, por el contrario, donde Dios decide revelárenos como Dios. Por eso podemos decir que el "abajamiento", tal como lo vemos en Jesucristo, no es un distanciamiento de Dios, sino un acercamiento a Dios, tal como realmente es: Un Dios que no vino a ser servido, sino a ser servido.

Si nosotros queremos ser discípulos de Cristo, debemos esforzarnos por tener los mismos sentimientos del Divino Maestro.

Pablo nos dirá: Tengan un mismo amor, un mismo espíritu, un único sentir, y no hagan nada por rivalidad o por orgullo.

La comunidad cristiana se une en el desarraigo, y al hacerlo descubre y proclama una nueva forma de estar juntos.

Son muchos los motivos por los que la gente se une. Las personas se unen porque comparten unos mismos gustos o unas mismas antipatías.

Tanto el miedo como el odio pueden crear unión.

Tras la resurrección de Cristo, los discípulos se hallaban juntos, en una estancia cerrada. "por miedo a los judíos" (Jn.20,19); mientras que los jefes, los ancianos y los escribas se reunieron en Jerusalén, porque compartían una misma irritación, con respecto a Pedro y sus

seguidores (Hech. 4,5)

Sin embargo, la unión de la comunidad cristiana, no es el resultado de una irritación o una ansiedad compartida, sino que brota de una profunda sensación de haber sido llamados juntos a hacer visible la compasión de Dios, en la vida diaria y concreta.

“Qué lindo ver por los montes los pasos del que viene con buenas noticias, que anuncia la paz, que trae la felicidad. . .”

Cristo es nuestra paz, el que de los dos pueblos ha hecho uno so-

lo, destruyendo en su propia carne el muro del odio, que los separaba.

Hizo la paz, reuniendo a los dos pueblos en un solo cuerpo y los reconcilió con Dios, por la Cruz, destruyendo el odio en su persona.

Vino como evangelizador de la paz, paz para los que estaban lejos, paz para los que estaban cerca.

Es una tarea improporrible, nos decía el Papa, que el episcopado de Nicaragua siga trabajando por conseguir la reconciliación y la concordia entre todos los nicaragüenses, lo cual ayudará, a la vez, a con-

solidar una paz estable en toda la región centroamericana.

El Santo Padre me decía: “Como prueba del afecto que siento por usted, señor Cardenal, y por los demás hijos de Nicaragua, a quienes llevo, en mi corazón, de modo especial desde mi visita pastoral a ese país, os imparto mi bendición apostólica.

Yo tengo la firme convicción, que con la ayuda de Dios y de María Santísima, nuestra madre, me mantendré fiel junto a mi pueblo, compartiendo sus gozos y sufrimientos, sus dificultades y aspiraciones.

This publication
is available
in microform.



**University Microfilms
International**

300 North Zeeb Road
Dept. P.R.
Ann Arbor, Mi. 48106
U.S.A.

30-32 Mortimer Street
Dept. P.R.
London WIN 7RA
England

Esta publicación
se puede obtener
microfilmada



**University Microfilms
International**

300 North Zeeb Road
Dept. P.R.
Ann Arbor, Mi. 48106
U.S.A.

30-32 Mortimer Street
Dept. P.R.
London WIN 7RA
England

VALOR DE SUSCRIPCION ANUAL

REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

		Aéreo	Superficie
Nicaragua	: C\$	400.00	C\$ 400.00
Centroamérica	: US\$	14.00	US\$ 12.00
Suramérica	: "	17.00	" 12.00
Estados Unidos y México	: "	17.00	" 12.00
Europa y Canadá	: "	18.00	" 12.00

**FIGURILLA DE CABEZA
ABIERTA**
Estilo Olmecolida
Periodo Ticomán, 200-300 D. C.
Nicaragua.



En esta meditadora figurilla precolombina no se advierte en verdad la titánica concentración de "El Pensador" de Rodin. Los trazos más bien evocan la somnolente laxitud de los Budas. Sin embargo, no asoma a los ojos mongoloides la interior mansedumbre de Gotama; en su frustrado entorno, pugnan la resignación y el ánimo insatisfecho. El oído atento pareciera recoger, fragmentados, los ruidos de un "divino y eterno rumor mediterráneo".